

R. EMILIO JIMÉNEZ

Biografía de Trujillo



EDITORIA DEL CARIBE, C. por A.

Ciudad Trujillo, D. S. D.

1 9 5 5



BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
REPÚBLICA DOMINICANA

Ex LIBRIS

The word 'Ex LIBRIS' is written in a large, ornate, blackletter-style font. It is centered between two decorative flourishes that resemble stylized scrolls or floral motifs.

Flora Reyes Duluc

COLECCIÓN

Al culto compatriota y
amigo Sr. Efraim Reyes Duluc,
Abogado Ayudante del Consul-
tor Jurídico del Poder Ejecutivo,
con deferente estimación.

P. Emilio Jimenez

Ciudad Trujillo, 11 de diciembre
de 1955.

21686-30



003828

BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

DONATIVO

Donado Por:

Dr. Reyes Duluc

Fecha:

2013



RD
293



Generalísimo y Doctor Rafael L. Trujillo, Benefactor y Padre de la Patria Nueva, a cuya magna obra de engrandecimiento nacional y de proyección mundial como apóstol de la paz y paladín de la concordia humana debe la admiración, gratitud y devoción del pueblo dominicano y el reconocimiento universal.

PREFACIO

21195-30 Inv. 2020/4L

BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
DONATIVO
Elegido por *F. R. / R. S. / D. H. -*
2013

Prefacio

Esta BIOGRAFIA DE TRUJILLO es mi aporte personal a la celebración del Año del Benefactor y Padre de la Patria Nueva, Generalísimo y Doctor Rafael L. Trujillo Molina, Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de la República.

Más que aporte, vale ella tributo al gran reconstructor de esta nación dominicana que estuvo expuesta de continuo a vicisitudes que la hicieron dramática por más de tres cuartos de siglo. Tragedia sin intervalo en la que aparecieron alternativamente invasiones, guerras fratricidas e intervenciones, de las que no se vió libre la República sino cuando, a los ochentiséis años de constituída, apareció en su escenario sombrío el hombre extraordinario que había de redimirla de su larga noche de infortunio.

Sentimientos profundos de admiración, de fe, de respeto y de cariño inspiraron ese tributo hecho libro. Subordinación a la realidad y amor a la verdad acrecentaron esos sentimientos. Yo viví parte del pasado trágico que a Trujillo correspondió cancelar substituyéndolo por el presente grandioso, en proceso de mayor grandeza futura para la República, y mido los alcances de esa transformación fraguada por quien en política ha hecho escuela, revolución e historia.

Este libro es un reflejo del otro inmenso libro de su vida y de su obra perennemente abierto en contenido de inagotable actualidad. El realismo humano de donde ha salido todo lo hecho por tan gran estadista y gran soldado, mantendrá en el tiempo su animado frescor. La moral no pasa de moda, y toda la obra de Trujillo está impregnada de un sentido ético profundo. Soldado de la Paz, tal vez no haya mano mejor destinada a la empuñadura de la espada, con más vocación de servicio generoso para la causa del pacifismo universal, que la suya.

Por las páginas de este ensayo biográfico hablará el alma de Trujillo captada con pluma fiel atenta sólo al dictado sincero de los hechos. Quien las lea serenamente encontrará esa gran alma y comprenderá el porqué de hombre tan discutido, la causa de sus grandes triunfos y la razón de su derecho a la posteridad.

Nacimiento de Trujillo.— Su grave enfermedad.—
Su autoeducación.— Su niñez soñadora.— La
tierra como escuela suya.— El medio físico y su
adolescencia.— Su primer destino público.

Nacimiento de Trujillo

El 24 de octubre de 1891 fué, para la villa solcada y pajiza de San Cristóbal, un día más en aquel primer año de la última década del siglo XIX. Nada fuera de lo normal presentóse. Muy lejos estaba aquel bello rincón de la antigua provincia de Santo Domingo —bello de naturaleza, pero feo de urbanismo— de columbrar que en la madrugada de ese día había venido al mundo el que treinta y nueve años después, no sólo sería el Primer Magistrado de la Nación, sino la figura de gobernante más excelsa de ella, a quien iba a deberle el pueblo dominicano la obra insigne que completaría y aún rebasaría las previsiones de nuestros patricios en su histórico Manifiesto del 16 de enero de 1844, y quien brillaría como uno de los más grandes estadistas de su tiempo.

Y no sólo no pudo presentirlo la población cristobalense, sino que ni el señor Administrador de Correos de esa humilde cabecera de común, ni su digna consorte, diestra en labores de costura,

con ser los progenitores del recién nacido, pudieron columbrarlo. Don José Trujillo Valdez y doña Altagracia Julia Molina de Trujillo, que tales eran aquel jefe del servicio comunal de correos y aquella joven señora, carecían de intuición profética para sondear lo porvenir, y el tercer hijo de esa ejemplar unión no lo dejó entrever tampoco al no llevar su estrella exteriormente sino dentro de sí mismo, que el genio, como el oro de la mina, conserva su esplendor oculto hasta que circunstancias propicias a su designio de alumbrar obren el milagro de su revelación.

Cuarenta y ocho días después, el presbítero Marcelino Borbón y Peralta y la abuela paterna del neófito, Doña Silveria Valdez, lo conducían al templo de la villa, de cuya pila bautismal salió cristianizado con el nombre que sería famoso e imperecedero en el correr de los años: Rafael Leonidas Trujillo.

Ningún suceso especial, en el orden natalicio, siguió en importancia al de aquel 24 de octubre de 1891 hasta el que tuvo su génesis el 16 de mayo de 1930. Nacía en esa otra fecha memorable la época ideal en que Rafael L. Trujillo iba a desposarse para siempre con la gloria. A esa época se le daría su apellido inmortal y se llamaría Era de Trujillo.

Su grave enfermedad

Hubo un momento crítico en la infancia de Trujillo. Llegó a temerse por su vida. Frisaba en los siete años cuando le sobrevino agudo ataque gutural. Un nudo de estrangulación difícil de deshacer agarrotaba al precoz niño. El temible ruido producido por la respiración en el órgano afectado—que en oídos franceses suena *crup*, a lo que debe esta enfermedad el nombre onomatopéyico con que se le designa vulgarmente— desconcertaba a los progenitores. En tales circunstancias, sólo la fe divina consolaba a la angustiada familia. “Si está de Dios su salvación, se salvará”, sentenció la Fe por labios de mujer.

Ante la gravedad de Rafael Leonidas se llamó al Dr. Ramón Báez, quien diagnosticó difteria, y ante lo que consideró irremediable dentro de los inseguros medios de curación de que se disponía entonces en el País para combatir tan funesto mal, declaró que nada había ya que hacer. A la sazón vivía en la capital de la República el Dr. Miguel Brioso Bustillos, de nacionalidad cubana y graduado en la Universidad de Madrid, recién venido a tierra dominicana desde Santiago de Cuba, y se resolvió llamarlo urgentemente. El caso apremiaba y no podía perderse tiempo. El padre del menor

montó ágil potro partiendo velozmente hacia la capital mientras la inquieta madre quedaba en oración.

Era un viaje a mata caballo exigido por las circunstancias en aquel tiempo sin carreteras ni locomoción aérea. Tres horas después José Trujillo Valdez y Miguel Brioso Bustillos estaban juntos. Sabía este último de la reciente llegada al País del suero antidiftérico, traído como muestra y que se hallaba depositado en la Aduana, y declaró que si se obtenía rápidamente se podía salvar al niño, lo que pudo lograrse gracias al noble interés puesto en ello por don Alvaro Logroño, propietario a la sazón de una farmacia. A marcha vertiginosa llegaron padre y médico a la polvosa villa. El seroso fluído penetró en el cuerpo febril como refuerzo de tropa al bando de la vida en la dura batalla que libraba con la muerte. Ciencia y Fe obraron de consuno en aquel hogar propicio a grandes determinaciones futuras, y el contento retornó al mismo lugar de donde había huído. ¡El niño estaba salvado! Fué entonces cuando una vecina, sin propósito de sondear lo venidero, cerró aquel momento de la vida de Trujillo con una frase inolvidable: “¡Quién sabe lo que le espera a este muchacho!”

La familia Trujillo guarda agradecida memoria del Dr. Brioso Bustillos por su notable empeño

en la curación de aquella tierna vida amenazada y por la decisión y agilidad extraordinarias que puso en adquirir el nuevo recurso de la ciencia médica, que acababa de llegar al País, y en recorrer en el más breve término posible a lomo de bestia los treinta y tantos kilómetros de distancia que lo separaban del sitio en que su presencia obedecía a tan ardiente reclamo.

Andando el tiempo, este episodio de la vida infantil de Trujillo se convertiría en el punto de partida de una larga serie de disposiciones trascendentales de provecho común en favor de la niñez dominicana, entre las que no faltaría la vacunación antidiftérica obligatoria, hoy providencia profiláctica de rigor en el País gracias a él.

Su autoeducación

No fué un niño díscolo, sino por el contrario, obediente. Tampoco inquieto y bullicioso. Abstraía-se a menudo y era enérgico en sus determinaciones. Aguijábale el logro de lo que despertaba su interés y no cejaba en su propósito hasta alcanzarlo. Aquí apuntaba su carácter.

Mal hace el maestro que, tomando por malcrianza la propensión del discípulo a salirse con la

suya en un anhelo caprichoso, reprime aquel brote de voluntad reluciente de investigación. Reconvenir al niño por actitudes semejantes es matarle en ciernes, o cuando menos perturbarle una condición de primer orden para el futuro hombre que aflora en una intrepidez infantil.

Pero ni sus padres ni su abuela materna doña Erciná Chevalier, su maestra de primeras letras, contrarrestaron en el niño Rafael Leonidas aquella cualidad del muchacho sobre el cual se levantaría a su tiempo el remodelador de su pueblo.

A menudo niños con estos rasgos de carácter pasan por voluntariosos a quienes se les debe frenar. No hay voluntariedad ni malcriadez en esos signos de revelación vistos como de rebeldía. Aunque en la infancia no se tiene noción clara de la verdad y la mentira, sino un concepto vago de ellas, por lo cual toma el niño por verdadero mucho de lo que sólo vive en su imaginación, el pequeño Trujillo fué precoz en ese punto. Le complacía decir en todo momento la verdad aunque su confesión pudiera hacerle expiar sus faltas o lo que por tales se tuviera.

Nunca negó lo que hacía ni se atribuía lo que no había hecho. Tampoco afirmaba lo que no había

visto ni ocultaba lo que vió. Su afición a la milicia apuntó apenas en sus primeros años. Nació militar. Su abuelo paterno lo había sido y su padre también, y se cumplía en él el influjo de su ascendencia por esa línea. Un buen día reunió a todos los muchachos de su barrio para que hicieran de soldados y se puso a su cabeza a gusto de los mismos, que de buen grado admitían la sumisión por las dotes de mando de que él daba vivas muestras dejando entrever lo que sería andando el tiempo.

Uno de sus compañeros de infancia, entonces su soldado aunque superior a él en años, refiere que una vez le vaticinó su porvenir asegurándole que llegaría a ser un general de verdad y que tendría mucho mando. Aquello fué un sondeo anticipado a través de la distancia cronológica que lo separaba de la jefatura militar. Castigaba las faltas de puntualidad de sus subordinados infantiles con recriminaciones y modos diversos de herirlos en su amor propio en ciernes. Enseriábase con algunos sin dejarles ver la causa y cambiaba de actitud sin revelarles el motivo del cambio. Ni en un caso ni en el otro solía dar explicaciones. El porqué había que adivinárselo. No aconsejaba, pero daba el ejemplo. No se quejaba de nadie, pero dejaba sentir su desaprobación. Hablaba poco, pero ¡qué elocuencia en

su silencio! ¿Qué habrá detrás de ese niño? —se preguntaban sus progenitores—; pero aquellas preguntas eran del linaje de interrogaciones a las que sólo puede responder en su oportunidad la voz del tiempo.

Su niñez soñadora

En su antiguo San Cristóbal enano y polvoriento aunque bello en su enmarque pródigo en paisajes, soñó con ver un día ennoblecido de progreso aquél humilde pueblo. Soñó eso el genial muchacho de ojo fino y mente despejada, pero sin columbrar que pudiera ser él el eje de esa transformación. No concibió que su modesta patria chica tuviera en ciernes, en él mismo, al libertador de su miseria urbana y rústica. Pero bastaba aquel sueño, aquel atrevimiento de imaginación infantil. Un buen día deparado por circunstancias imprevistas, San Cristóbal iba a ser llamada Ciudad Benemérita, y su aldeanismo evolucionado alcanzaría rango de capital de provincia, y ésta se llamaría Provincia Trujillo. Su sueño, hoy realidad, une a San Cristóbal con el mundo. Le seguiremos en su evolución trascendente. Veámoslo con enfoque biográfico en sus características.

La tierra como escuela suya

Aquella pobre aldea donde vino al mundo y los verdes campos que la rodeaban fueron el primer escenario de su vida. Su padre, además de empleado público, era agricultor, dedicado especialmente al corte de maderas preciosas, y ejercitaba a sus hijos varones en aquellas faenas. Notábase en Rafael Leonidas, junto con la eficiente ayuda que prestaba a su paterno tronco, el amor a la tierra y la pasión por el árbol. Los bosques de caoba de Nigua, Cambita de los Garabitos y otros lugares de la común homónima de su pueblo, alzados muchos de ellos sobre llanuras y montañas frente al mar, dábanle materia para hundirse en la meditación. Aquellas tierras no eran propias, sino arrendadas por su padre; pero con el trabajo podrían adquirirse y las amaba intensamente. Fueron lecciones de hacer riqueza las que de ellas recibía.

El que así aprendió cómo se hace riqueza y lo que valen al individuo, a la familia, al pueblo y al País la liberación de la pobreza, se propuso, al ser presidente de una nación, hacerla rica, sin deudas, y, consecuentemente, sin control extraño lesivo de su soberanía. Se lo propuso y lo alcanzó a plenitud uniendo conocimientos teóricos de economía a su

práctica y experiencia en el arte de crear riqueza, aprendido desde su niñez en tierra fértil entre el mar y la montaña.

El medio físico y su adolescencia

Nació destinado a ser patriota en grado máximo y se pondría en ese mismo grado al servicio de su patria. Pero no sería ésta, para él, la Patria vista en estrechez de aislacionismo, sola, inconexa, única, sino coexistente, elástica, en común. Por eso, en su oportunidad, abrazaría la causa de España ante la ONU, y la causa cristiana en mayor grado por cuanto ella tiene de flexibilidad y mancomunidad, uniendo más aún con la Iglesia a su país mediante Concordato.

En su formación, como autodidacto, Trujillo empezó por ser muy de su San Cristóbal, pero sin exclusividad cristobalense. Empezó en su recinto natal a no deberse a él por exclusión o excepción. Pronto vió su villa tutelar dentro de un deber armónico con otros deberes, o si se quiere, con un solo deber evolutivo por lo radicalmente expansivo. La Geografía dábafe, de niño, su primera lección objetiva de concatenación. Veía el nudo orográfico de San Cristóbal con Baní; el enlace hidrográfico

de ambas comunidades entre sí y con otras circunvecinas, y la concomitancia de clima, de vegetación y de paisajes. Andando más el niño en el potro del tiempo pasó de la naturaleza a la sociedad y la lección se hizo honda en el tránsito de la Geografía a la Sociología.

Resultado de todo ese aprendizaje práctico e ideovisual, intelectualizado luego por el respaldo teórico que le arrimó con el estudio, fué su interprovincialismo gran paso juvenil hacia otro paso más firme en la ideología de malla de los hilos motores del engranaje físicopolítico dominicano, del que ha sido aguja laboriosa. Gracias a esa concepción de conjunto en los puntos que han de buscarse por ley del todo en la conformación de los enlaces, muchas porciones de comunes han adquirido rango comunal, y muchas secciones de provincia, rango provincial. Retazos territoriales de diversas entidades de la geografía política se han urdido y compactado provincialmente, y los regionalismos con su secuela de odios y rivalidades han ido desapareciendo.

El provincialismo es negativo casi siempre, por ser más intransigente que flexible, más impulsivo que sereno, y esta política de crecimientos locales sin obstáculos interlocales, era la base de un nacio-

nalismo dominicano amistoso hacia idénticos nacionalismos vecinales, en sustitución de los que han venido siendo barreras de cercanía espiritual americana, y barreras, por igual, de aproximación espiritual de lo de más allá de América.

Trujillo vió, en la Geografía, que el aire une, que el océano une, que la tierra une, puesto que el mundo es todo unión en lo físico; pero que en lo moral, es casi todo desunión. El ámbito, azul o verde, sensible a los sentidos, se le abrió elocuentemente. En el libro mismo del paisaje, mezcla de belleza, de ciencia y de filosofía, hubo la lección. Naturaleza fuerte, expresiva, sugeridora, como la que le tocó en suerte como fondo de su ser; con tierra baja y llana, con tierra y mar a un tiempo, con cielo tan rico en celajes como la misma tierra de San Cristóbal en paisajes, iniciáronlo en el tema que a su turno debía desarrollar en amplitud de conveniencias humanas para dar al mundo, en ejemplos edificantes, la tónica del gran momento, del gran problema y del gran drama universal en el siglo terrible de las guerras mundiales. Visto Trujillo desde todos los ángulos del estudio, desde todos los módulos visuales, se halla en él la más descollante figura de pies sobre el campo de la realidad y de la necesidad imperiosas para llegar al pacifismo. La incógnita

del problema la ha despejado él en su visión moral de mundo nuevo sólo alcanzable por los únicos caminos que ha señalado con pulso firme de reorientación universal.

Su primer destino público

Corría el año 1907 y tocóle a Trujillo, aún imberbe, entrar en la órbita del esfuerzo productivo. Era el momento de su vida en que iba a ejercitar su temprana juventud en la acción; el momento mismo en que iba a ejercitar también su aptitud de deber y de responsabilidad; la hora en que iba a verse cara a cara con el trabajo, al parecer esclavizador, pero sin duda la mejor arma para la libertad; la que él emplearía para liberar a su Patria de la pobreza y de la subordinación lesiva al capital exótico.

La naturaleza señala esa hora humana con el signo púber de la vida. Trujillo entró a servir al Estado tras de haberse graduado con excelente nota de telegrafista de 1ra. Clase, como Operador de la Línea del Sur de la República en la oficina principal de ese ramo en la Ciudad de Santo Domingo, capital de la República, hoy Ciudad Trujillo. Y esto fué como arrimo de su destino a una fuente de actividad que iba a servirle de curso geográfico-

político mediante aquella red metálica del sistema Morse.

Con el doble auditivo en que rematan los alambres trasmisores, iba a auscultar buena parte de la población dominicana y a penetrar en sus interioridades. Así conocería mejor el hondo malestar político entonces prevaleciente en el País. Oído y vista, al poner en contacto la inteligencia con el medio físico, moral y social en que ella actúa, cumplen altos fines indispensables para la misma, y cuanto más dilatado sea por esos medios el radio de acción del conocimiento de la realidad circundante, más segura habrá de ser la capacidad de juicio llamada a producirse acerca de esa misma realidad con una percepción más clara y penetrante de la misma. Tres años captando y transmitiendo mensajes telegráficos al cabo de los cuales renunció, reveláronle conocimientos muy necesarios a su vida futura.

Durante la Ocupación Militar Norteamericana

Interesante es el estudio de Trujillo durante la Ocupación Militar norteamericana. Su patriotismo tuvo una revelación altamente significativa en los albores de su juventud. Apenas había celebrado sus bodas de plata con la vida cuando sobrevino la Ocupación Militar que nos fué impuesta en 1916, en plena Guerra Mundial, y que sufrimos durante ocho largos años.

Las circunstancias en que esta ocupación se produjo hicieron que nuestro pueblo se resignara a la dolorosa prueba que se le ofrecía. La incertidumbre de aquella hora crítica mundial y los sucesos políticos de nuestro país, sobre el cual pesaba lamentable deuda a los Estados Unidos de América, sirvieron a esa nación norteamericana de pretexto para consumir dicha ocupación. Aquel momento fué aprovechado como el más oportuno al verdadero designio de la misma, encubierto en la proclama del almirante Knapp, del 29 de noviembre de 1916, en la declaración de que dicha ocupación se hacía

para mantener la tranquilidad doméstica de la República.

Se creyó indispensable hasta donde esto pudiera no colidir con el honor, sobrellevar aquella amarga situación con la mayor dignidad y cordura posibles sirviéndole al País en el desempeño de cargos públicos para evitar peores males, como los que hubieran sobrevenido si se hubiese adoptado la consigna de no colaboración con las autoridades extranjeras.

No podíamos desentendernos de nuestras escuelas, tribunales y demás aspectos de la Administración Pública. Así prestábamos servicios a lo nuestro y preparábamos, no una revolución, sino una defensa moral y cívica del espíritu nacional, del sentimiento dominicano, de la dignidad coterránea. Lo contrario habría sido renunciar al deber de continuar dentro de la desgracia como guardianes celosos de nuestro derecho a la libertad, que íbamos a defender más tarde con sólo las armas que todo derecho lleva consigo en razón de su necesidad y expresión de su existencia, como resultó en efecto mediante el Plan Hughes-Peynado, que hizo posible la retirada pacífica de las fuerzas de ocupación a los ocho años de ésta haberse consumado.

Y la mayoría de los aptos para servir, servimos a la Patria en suspenso, pero no muerta. Aquel servicio era en el orden civil. En el orden militar no se pensó prestar servicio a la Patria. Parecía imposible poderlo hacer en este orden con la misma virtud y eficacia que en el otro. Pero Trujillo sí lo creyó posible y no tuvo inconveniente en ingresar en el cuerpo de la Guardia Nacional establecido por el Gobierno Militar de Ocupación, lo que hizo el 18 de diciembre de 1918 con el grado de Segundo Teniente. Tenía dicha guardia el carácter de policía civil militarizada para prevenir desórdenes que pudieran ocurrir, o sofocarlos si se producían.

Como se sabe, comenzaban a formarse pequeños grupos de campesinos armados en sitios de la región oriental del País, que fueron perseguidos por las autoridades militares de la Ocupación; pero se dificultaba su captura. Llegaban a un lugar, robaban, tiroteaban y se iban. El Gobierno Militar pensó que podía ser una revolución en ciernes y las consecuencias comenzaron a sufrirlas pacíficos y honrados campesinos. No se trataba de un movimiento nacionalista armado y dirigido, sino de un merodeo contra los mismos dominicanos más que contra los ocupantes. Trujillo previó la represalia que podía ser tomada contra la población a conse-

cuencia de aquellos desmanes y se prestó a salir en persecución de los merodeadores con el pelotón que tenía bajo sus órdenes, que le bastó para vencerlos, evitando así lo que de otro modo hubiera resultado contra un pueblo inerme, persuadido además el joven militar de que una actitud de violencia hubiera equivalido a un suicidio común.

¿Ayuda a la Ocupación? ¡No! ¡Defensa de la población ocupada por poderosa fuerza contra la cual no le era dable contender! En el corazón de aquel joven llamado a ser verdadera encarnación del patriotismo, no podía albergarse la traición a su madre mayor territorial y espiritual.

Debía y quería despejar la confusión que empezaba a manifestarse en la mentalidad del invasor acerca de lo que pudiera haber detrás de aquella pandilla de malhechores, y evitó que otros graves males se desencadenaran sobre el País aumentando su desgracia.

Pero no le han faltado a Trujillo detractores por tan elevada actitud. Contra ellos habla su patriotismo insuperable. Mientras unas personas salen de su país intervenido para vivir en otros ajenas a la salvación del suyo, hay quienes no lo abandonan porque haya perdido su libertad, sino que se quedan en él luchando por recuperársela, si no es posible

con la guerra, sirviéndole en la paz desde cargo público o privado, sin ver en lo primero colaboración con el enemigo sino con el país con cuyos dineros se cubren los servicios.

Cruzamiento de brazos y huída al extranjero no son posturas altas ni mucho menos puras, adoptadas por los creídos de que el menor contacto con el ocupante los macula. ¡No hay mérito en aislamientos infecundos y virtudes negativas!

Duarte, patriota integérrimo, no tuvo por denigrante para él y nuestra causa independentista contra la dominación haitiana que pesaba sobre nuestro pueblo, la colaboración prestada por nuestros patriotas al movimiento que con el nombre de revolución reformista se levantó en Haití contra el régimen del Presidente Boyer en 1843. La mira cívica dominicana, de favorecer nuestro designio libertador contribuyendo a la caída de aquel mandatario, no tuvo el éxito soñado, ya que los derroadores de Boyer fueron tan hostiles a nuestro ideal de redención como sus antecesores en el mando; pero algo se logró, ya que el paso dado sirvió para robustecer nuestra decisión inquebrantable de ser libre.

Los que le han reprochado a Trujillo esa levantada actitud tomándola por colaboracionismo

con dicha Ocupación Militar, son los que padecen miopía de justicia rayana en ceguedad para comprender los casos en que auténticos patriotas convierten la desgracia de su pueblo sometido por extraña fuerza, contra la cual no pueden reaccionar con las armas, en escuela aleccionadora del sufrimiento para no caer en ruin entrega a la inactividad y a la muerte voluntarias por renuncia de alimento material y espiritual. Noble escuela donde se aprende a tener contacto con el dominador sin comprometer la dignidad personal desde posiciones oficiales cubiertas con dinero del país ocupado, y desde las cuales el hijo de ese país actuará en resguardo de tradiciones, costumbres y demás peculiaridades nativas, lo que no puede hacerse con abandono de la patria ocupada, sino dentro de ella, desde el seno mismo de su desgracia.

Desde ese linaje de conducta se puede llevar la obra de defensa espiritual hasta el grado de inspirar al ocupante admiración al sufrimiento abnegado y a la dignidad laboriosa. Y más aún, mueve a vivo respeto la desgracia sufrida sin queja, ni arrogancia, ni desesperación, sino con esa dignidad a prueba de resistencia moral en el sereno dolor y en la cristiana fe que da nuevos alientos para el trabajo y permite mantener en el hogar nativo el

culto de la Patria, culto a la vista del ocupante, avergonzado muchas veces de su irrespetuosidad al sagrado derecho de ser libre.

Todavía no se ha valorado en toda su justa ponderación esta categoría de deber, propia de los que, si no rehuyen el servicio a la Patria cuando disfruta de épocas felices en medio de sus glorias, menos podrán rehuírlo en sus horas de infortunio, en que vive a la sombra de una bandera extraña.

Al mal no se le da la espalda sino el frente. La desventura patria hay que afrontarla con decisión. El contacto con los ocupantes de un país permite su defensa pacífica contra medidas enderezadas a quebrantar su espíritu. La defensa no se hace únicamente con las armas sino con las ideas y con el ejemplo en acción discreta y mesurada. Prescindir de toda clase de conexión con los agentes de la autoridad usurpada, con empeño ciego e irreflexivo de salvar el honor, es vano alarde de moral que no conduce a nada práctico y humano en provecho del país intervenido, por lo difícil de restarle actividad a un mal en completa ausencia de él.

De tal modo llegó a ser visto con respeto por las mismas autoridades norteamericanas de la Ocupación la levantada actitud de Trujillo, que el día en que, en histórica fecha patria y mientras se en-

contraba de servicio en la ciudad de Santa Cruz del Seibo, izó la bandera nacional al frente del pelotón de guardias dominicanos bajo su mando, con todos los honores militares correspondientes, las fuerzas extranjeras presenciaron con recogimiento y admiración aquel acto de un verdadero patriota que tan decorosamente luchaba por la reintegración de su pueblo a la vida libre e independiente.

Testimonio evidente de cuanto significaba para el País en tan dolorosas circunstancias la brillante actuación de Trujillo en el curso de aquel eclipse de nuestra libertad, fué el hecho singular de haber sido él el escogido de su pueblo para dirigir los destinos de la República ante el fracaso del Gobierno que advino tras la desocupación militar extranjera, y de ser él, como lo ha demostrado y revelado al mundo, no sólo el verdadero continuador de la obra de los Fundadores de la República, Duarte, Sánchez y Mella, sino el completador o amplificador de la misma, que le dió sólida expresión de vigorosa vida nacional y auténtica personalidad internacional, y más aún: fué un creador de nueva patria.

Nadie pensó que aquel joven resuelto y animoso, valiente y responsable, que se dispuso a servir a su patria dentro de los mismos cuarteles donde

hollaban el caro suelo nativo las botas militares de la Ocupación, sería —empujado por el futuro— el más conspicuo de sus gobernantes del ayer y el mañana de esta dramática tierra nuestra, tan incomprendida, y del más dramático aún pueblo dominicano, domador de vicisitudes a precio de incontables heroísmos, de donde surgió, para remate de su larga serie de cruces y cruzadas, es decir, de muertes y resurrecciones, el militar que no sólo habría de ser, andando el tiempo, el más grande de los militares dominicanos, sino el más grande también de sus civiles, porque en él se hombrean, como de montaña a montaña, el mejor armado para la guerra —si con la guerra hay que defender a su patria— y el mejor equipado para la paz, si por la blanca senda de la paz, que él tan magistralmente encarna, ha de conducirla —como viene haciéndolo con su política de excepción— a más sólidas alturas.

Más sobre la ocupación Militar Norteamericana:
Trujillo desde ahí en adelante.— La Común de
Los Llanos.— El caso de Cayo Báez.

Trujillo desde ahí en adelante

De ese momento en adelante, la figura moral de Trujillo fué vista por el gobierno extraño como un caso particular y privativo de hombre íntegro, incapaz de separarse un ápice del honor que constituía su vida toda dentro de la situación en que la Patria se encontraba. Su defensa era la de la verdad, y su reclamo el de la justicia. No engañaba a ninguno, y desde entonces se le vió con más respeto. Sabía el ocupante que, por encima de todo, el sentimiento patrio era la tónica dominante de aquel oficial. Todavía más: sabía que fué ese sentimiento el que le empujó a servir en el cuerpo de policía y a cursar estudios hasta obtener su graduación en 1921, en la Academia Militar de Haina, y que, por no ser patriótica la actitud de aquella burda gente, luchó duramente contra ella. Así, cuando él confesaba la inocencia del tenido por sospechoso, no se dudaba de su confesión.

No se le escapaba al Gobierno Militar que el castigo del malo no irrita a la bondad pública consciente del castigo; pero si se atropella la inocencia para inspirar miedo colectivo, es odio más que miedo el que se infunde, y una conciencia pública de odio por indignación proveniente de más injusticia sumada a la del infortunio de la situación de dependencia que le haya sido impuesta a un pueblo, no es lo más cónsono con el interés del ocupante frente al dolor del ocupado, de lo que son claros testimonios las desesperaciones heroicas de muchos pueblos por reacción moral de un odio justo, inmortalizadas como páginas de gloria.

No hubo, desde entonces, repito, dudas respecto de la austera y firme voz de Trujillo armado de verdad y patriotismo más que de la otra arma que llevaba a la cintura. La capitalización ética y cívica de esa conducta arroja un balance glorioso en favor de él. Para que mejor resalte la valía de esa actitud sin precedente conocido, trazo el siguiente capítulo a modo de pintura realista de la acción de Trujillo en el oriente dominicano durante el tercer eclipse de nuestra Independencia. Acción tan grande llena de fuerte colorido humano corresponde a uno de los tres sectores en que él operó durante la consabida

Ocupación. Aquellos tres sectores fueron Los Llanos, Hato Mayor del Rey y el Seibo. Basta la estampa relativa al primero para que se infiera lo ocurrido en los dos últimos.

La común de Los Llanos

En 1779, en que gobernaba la isla el Brigadier Don Isidro Peralta y Rojas, fué fundado el pueblo de San José de Los Llanos, que en 1810 pasó a ser parroquia del partido de Santo Domingo. En realidad es una serie de llanos con intermitencias montañosas de riqueza maderera, la conversión de los cuales en común data de 1822, de triste memoria por haberse hecho esta elevación de rango político y administrativo en plena ocupación haitiana.

Su carácter productivo es más pecuario que agrícola. El ojo colonial español seleccionó el oriente insular para ganado, por la conformación sabanera de la tierra, húmeda y herbórea, como para hatos, la de Los Llanos, y rica en mesetas con buenas arterias fluviales la del Seibo, y, como la otra, incentivo de ganadería. También fué hasta allí el ojo vivaz procedente del Africa, traído a la Isla durante la colonia en sustitución del aborígen.

Esta porción regional del Este, poblada en su mayor parte de familias descendientes de Las Islas

Canarias, sufrió días muy amargos durante el eclipse de patria de 1916 a 1924. Aquella gente arraigó en Los Llanos tradicionales hábitos y costumbres ejemplares, en contraposición a los oriundos de otras tierras, con hábitos y usos muy distintos, que allí se radicaron, y resultó lo que no se soñó que pudiera producirse en la encrucijada de aquellas dos corrientes raciales. Vientos saturados de gérmenes prolíficos suelen llevar su noble carga a suelos propicios a su arraigo, y vientos desfavorables venidos de otros sectores de mundo arrastran hacia los mismos suelos elementos negativos que hallan a su paso. Este fenómeno de la naturaleza es semejante al de la sociedad, donde bien y mal, de desiguales fuentes originarias, convergen hacia unos mismos medios que viven a la larga el efecto de esos elementos antagónicos de vida. Luego ambas sangres se buscaron y se hallaron, y la mezcla fué como las circunstancias lo quisieron: aquí, más florida que acerada; y allí, más acerada que florida.

Consumada la Ocupación Militar Norteamericana tocó al Este del País el problema más espinoso dentro del otro gran problema doloroso de la ocupación sufrida. Este problema fué el gavillerismo de la parte social dañada contra la parte social incontaminada. Contraste de luz y sombra. Los

gavilleros se enmontañaron como el perro jíbaro, alzado en los montes; y la porción sana y valiosa del lugar quedó en sus llanos accesibles, llenos de rica hierba de ganado, tierras abiertas, francas, cultivadas. Ninguna malicia, ningún ardid, todo claro y puro como el agua de los ríos que mezclan sus bondades a las del esfuerzo generoso en aquellas tierras bajas.

La astucia, la tortuosidad, el crudo instinto, buscaron el risco, la áspera ladera, y desde allí irrumpió el gavillerismo. Olivorio Carela, criminal que se hacía acompañar de unos cien hombres armados de carabinas y revólveres, con fama lugareña de brujo y a quien denominaban el dios Olivorio, y unos seis grupos más con sus respectivos cabecillas, eran el azote del hato, del predio agrícola y del hogar, al extremo de dejar a muchas personas en completa desnudez.

Arrasaban hogares llevándose dinero, joyas y prendas de vestir. Caían sobre el ganado como lobos, y sobre los frutos como plaga de langostas. En tan angustiosa situación, la presencia de Trujillo en aquellos lugares infundía seguridad.

Al principio la sufrida gente pacífica no le llamaba Policía Nacional Dominicana, (PND), como fué denominada por Orden Ejecutiva de 1921, la

llamada Guardia Nacional Dominicana, sino “Pobres Negritos Dominicanos”, (las siglas: PND), y así solía decirle a la porción de dicha Policía al mando de Trujillo, a la que suponía enviada por el régimen de ocupación como “de carnada” a la voracidad de las gavillas; pero a medida que éstas iban siendo vencidas con la suma de fe, de valor y de capacidad combativa que llegó a creerse sobrenatural en Trujillo, tuvieron a tan firme varón como el alma de la patria encarnada en un hombre. (1)

La persecución hacía la Trujillo a pie, nunca a lomo de bestia. Cabalgando, el matorral espinoso desgarraba el uniforme. En monte virgen no hay defensa a caballo. Su mejor práctico era José Gregorio Sosa, al que arruinaron los bandidos. Los otros eran Juan Santana y Gregorio Peña (a) Gogo. Los dos primeros, de las secciones norteñas; el último, de las sureñas.

(1) Por Orden Ejecutiva N° 47, del 7 de abril de 1917, fué creada la Guardia Nacional Dominicana. Por Orden Ejecutiva N° 631, de fecha 2 de junio de 1921, le fué cambiado a dicho cuerpo el nombre de Guardia Nacional Dominicana por el de Policía Nacional Dominicana. Por Ley N° 704, del 27 de junio de 1927, se le dió el nombre de Policía Nacional a la Policía Nacional Dominicana. Por Ley N° 928, el Cuerpo de Policía Nacional se convirtió en Ejército Nacional.

De vuelta a los caseríos tras de victoriosas persecuciones al mando de su grupo, la gente se le arrodillaba emocionada. A nadie demandaba recompensa y de ninguno recibía otro servicio que el espontáneo refrigerio indispensable a las fatigas por tránsito, intemperie, privaciones y vigili-
as, cuando no las de la lucha cuerpo a cuerpo.

El sancocho en bateas, y otros guisos en hojas de plátano, sobre un pedazo verde de sabana por toda mesa rústica, compartíalo aquel héroe con su guardia criolla, y permanecía en vela cuando ella dormía. Ningún jefe más exigente con su tropa, pero ninguno más solícito con la misma. Según José Gregorio Sosa, nunca comió Trujillo hasta asegurarse de que cada uno de los suyos lo había hecho, ni llevó el propio descanso más allá del que a ellos correspondía.

Más aún: hallándose en Las Sambranas, paraje de la sección de Los Jíbaros en la misma común de Los Llanos, vigilante mientras su gente se había entregado al sueño, percibió ruido de montura. Sin la menor alarma eligió sitio para el golpe repentino, certero y desorientador, si resultaban ser gavilleros, y esperó a poca distancia de su pequeño campamento. Por el ruido de las pisadas comprendió que eran dos personas a caballo, y por el silencio en que

venían, que no podían ser sino gavilleros. De repente saltó sobre uno de ellos derribándolo, y en seguida sobre el otro, intimándoles la rendición. Eran, en efecto, dos gavilleros que exploraban el campo. Al siguiente día los entregó para ser juzgados, salvando así a la común del peligro de aquellos malhechores, y a ellos de la muerte en que tarde o temprano caerían, de seguir como andaban.

Las Sambranas, sitio en parte llano y en parte montañoso cruzado por el arroyo Caganche, eran campo de trágicos encuentros entre la Policía Nacional y los gavilleros. Las Trancas, terreno semejante a aquél, formado de lomas y llanuras y regado por el río Guavita, afluente del Casuí, y éste, a su vez, del Higuamo en el sitio de Tabila, eran otro teatro de fiera lucha.

La común de Los Llanos vióse en aquel tiempo infestada de gavillerismo. Abundaban en ella bosques ricos en caobas, cedros y cabimas, refugios de mala gente. Eran terrenos comuneros, explotados más tarde, y hoy cañaverales de los ingenios Quisqueya y Consuelo. En uno de ellos, o en su vecindad, estaba la colonia La Mula, del sitio de Guerra, donde Trujillo estableció su campamento. Fué allí donde le avisaron el rapto que de dos muchachas del lugar hicieron unos gavilleros, y de allí salió

acompañado del práctico Gobo y de dos más en su persecución, hasta dar con ellos antes de que pudiesen por obra su designio. Esa misma marcha forzada emprendida en la dirección tomada por los raptos, le permitió darles alcance y rescatar los jóvenes, a cuyos padres entregó personalmente.

Así cerró Trujillo el negro capítulo del gavillerismo en San José de Los Llanos, jurisdicción de la provincia de San Pedro de Macorís. Como suelo labrantío desnudo de yerbajos, listos ya para la siembra, así quedó esa parte del oriente dominicano. Pero había más gavillerismo en el Este. La provincia del Seibo confrontaba el mismo fenómeno recién extinguido en Los Llanos, y la obra del valiente defensor de hogares, hatos y labranzas amenazados por instintos de rapiña, fué necesaria en esta otra porción de su territorio, más difícil de limpiar del merodeo y la rapacidad, por ser más montañosa y trezada de arterias fluviales de más copioso engranaje que la anterior.

Más vidas, mayores incentivos de lucha y superiores intereses había que defender en los campos seibanos en comparación con los que necesitaron del amparo de Trujillo en las zonas llaneras recientemente saneadas; pero él se había trazado una línea de conducta cívica; se había hecho un credo

de moral patriótica y debía cumplir este programa de vindicación social, de repudio a lo que en tan amarga desgracia política para el pueblo dominicano, como era la intervención extraña que sufría, ofrecíase como un hecho susceptible de ser utilizado por la nación ocupante como testimonio mismo de su necesidad.

El gavillerismo en tales circunstancias y proporciones ofrecía a la crítica que vela por la integridad de los principios sustentadores de la libertad y de la democracia, la apariencia de un caso típico de confusión interna de un país incapaz de regirse por sí propio, y desde ese punto de vista ganaba en el concepto de necesidad el intervencionismo consumado.

Una revolución patriótica contra esa ocupación militar extraña era inconcebible en aquel momento, y sólo en ambiente de serenidad y de trabajo era posible luchar por el restablecimiento de la soberanía usurpada. La hora crítica, amarga, despojatoria del bien más caro a los pueblos, el de la libertad, que más que un bien es la suma de todos los bienes, no era de desesperación, ni de locura, ni de suicidio. Atribuírle valor patriótico al gavillerismo, según han pretendido escritores de América como Daniel Cossío y Villegas, Ismael Arciniegas

y otros, de espaldas a todo examen, a toda serena consideración de la realidad dominicana que han dado a América una ejemplar contribución a su integridad y a la estructuración de una conciencia continental, y al mundo una comunidad humana firmemente orientada hacia la paz universal, no es servir ideales ni nobles causas, sino poner barreras entre el interés de conocer los hechos y los hechos mismos. En nombre de la libertad de expresión y de la independencia de juicio se puede decir todo, y conviene que se diga, pero siempre y cuando la verdad resplandezca en la exteriorización del pensamiento y no cuando éste se produce en pugna con ella, indocumentado y pasional, como hoja de espadachín esgrimida en vacío contra un fantasma de la imaginación o un engendro de la malicia y el egoísmo confabulados contra él.

Entre Trujillo y su obra no hay contraste. Sus sentimientos y sus realizaciones no contienden. Su vida es de una derechura de nivel hacia su objeto. Cuando ha creído la amistad en oposición con su política, ha sacrificado la amistad. Cuando en alguna forma exigencias familiares no concuerdan con esa política, se ha puesto en contra de la familia. La relación social que llega a serle hostil en el camino de su marcha, la abandona. Depone preferencias

caras a su alma si ha de transigir con ellas su conciencia de estadista. Nada ni nadie puede substraerlo de su propósito dominante y de su determinación enérgica. Ni la seducción ejercida por la carne femenina en condiciones subyugantes de los sentidos y del centro de su convergencia interior, con ser tan hecho a este género de seducciones, le frenan la voluntad al servicio de su obra. Sacrificará también, si fuera necesario, todo lazo con la belleza en su forma más tiránicamente seductora, para no comprometer la suerte de su causa.

En la misión que se impuso con sentido patriótico mal comprendido, y por incompreensión tan discutido, tuvo visiones de gracia de un poder irresistible, como saben darla nuestros campos; visiones capaces de haberlo debilitado en una acción tan absorbente como la que le había inspirado el patriotismo, de no haber tenido en su apoyo la fortaleza de ánimo que le mantuvo a toda hora en pie de decisión inquebrantable. Al amor echó también de su lado sumándolo a la lista de sus sacrificios. De ese modo el gavillerismo no lo halló jamás desprevenido ni cansado.

Su fervor cívico dió siempre la razón de peso en la balanza de su responsabilidad. Así pudo lograr el rescate de las muchachas secuestradas por los

gavilleros y ser amparo de las muchas que sin él hubieran estado a pasto de deseos en llanuras indefensas.

El aspecto social del civismo en ocasión de este gran hombre desde su plaza de oficial de policía en el poderío de ocupación militar norteamericana en que aparece en el presente enfoque biográfico, merece la consideración crítica más amplia que su importancia misma requiere en vez de pasar velozmente sobre él, como ha venido sucediendo. Se ha atribuído al parecer mayor interés a otros aspectos de menor contenido espiritual y moral cuando, bien mirado el asunto, la grandeza que mucho tiempo después iba a constituir la esencia de la Era de Trujillo, se inició en la actuación brillante de esta figura sobresaliente durante esa ocupación extraña. Fué en la resolución valiente y responsable de Trujillo, de hacerse miembro de la Policía Nacional bajo la dominación norteamericana en suelo dominicano primero, y realizar una labor de tan considerable magnitud después, donde hay que tomar a Trujillo en función de historia.

Allí empezó su revolución contra las fuerzas que ocupaban el País. Revolución con armas contra el gavillerismo, pero sin armas contra el intervencionismo que entonces nos sobrevino. Trujillo em-

pezó a levantar la fe de los dominicanos abatida con el eclipse de patria. Les enseñó doctrina de paciencia y de perseverancia en el esfuerzo sereno, con el ejemplo, que es cátedra viva; con la acción, que es magisterio sin verbo; y con la presencia en la desgracia contra la desgracia misma, que es de esencia cristiana profunda. El no huir del peligro, ni de la responsabilidad, ni de la desventura, sino hacer de ellos instrumentos de regeneración, es algo a cuyo efecto no se le ha dado justo precio en moneda de significación histórica.

Es más, todavía. Trujillo no fué llamado por los jefes de la Ocupación para que ingresara en la Policía criolla militarizada, sino que él mismo pidió plaza en ella. Los que le han censurado eso no tienen estatura crítica necesaria para medirlo con delicados instrumentos de juicio. Son muy enanos para esa clase de sondeo dimensional humano. Sabía él lo que hacía y lo que perseguía mientras otros huían a esconder su miedo y su inutilidad lejos del País.

Juzgar esta acción, esta conducta desde sectores extraños, con desconocimiento absoluto de los hechos; haber oído sólo voces de políticos opuestos a Trujillo, que se hacen pasar por perseguidos y

por apóstoles, cuando sólo son huídos y apostolizados, no es noble servicio a la verdad ni actitud de reverencia a la justicia, las dos matronas morales peor servidas y mayor ultrajadas por plumas que al conducirse de ese modo se señalan como enemigas de un hombre que todo lo ha consagrado a su pueblo, y en plano de diatriba contra un hombre que vive arraigado en el corazón agradecido de ese pueblo. Trujillo y el pueblo dominicano son ejemplos respectivos de hombre y pueblo ante la faz del mundo.

El caso de Cayo Báez

Cayo Báez, héroe o como quieran llamarle, por haber preferido sufrir las pruebas inquisitoriales a que fué sometido para que declarase dónde se hallaban los gavilleros, prefirió eso a dar sus nombres a la extranjera fuerza que los perseguía y señalar dónde pudieran encontrarlos; pero, ¿qué hubiera sido de un Trujillo que hubiese preferido ser otro Cayo Báez, en vez de convertirse, como lo fué, en el amparo de la sufrida gente de trabajo que ahogó en sudor su sufrimiento y a la que la imprudencia, la temeridad y el feo vicio del despojo de ajenas propiedades creaba grave situación conflic-

tiva, no sólo a honrados y pacíficos trabajadores, sino al pueblo dominicano cuando ante la dificultad de poner término a los desmanes que viciaban aquella zona oriental del País, la fuerza extraña la emprendiera contra todos, con drásticas medidas de exterminio?

Aquel rústico hombre sometido a suplicios tan crueles y resignado a morir antes que proferir palabras sobre lo que sabía del gavillerismo en acción, personificó, ciertamente, la virtud del silencio frente a la irritada demanda de la exótica guardia amarilla. Sabía que no eran patriotas aquellos convecinos; pero se decía: “¡Son dominicanos!, igual que si se hubiese dicho: “¡Son mis hermanos!”. Desde ese punto de vista, Cayo Báez procedía con la lógica del sentimiento patriótico absoluto, según la cual debía ocultar a los suyos aunque estuviesen procediendo como estaban y le perjudicasen y llevaran más adelante el perjuicio de tan ruin conducta.

Se recordará que esa actitud de Cayo Báez se valorizó como patriótica, y en cierto sentido pareciólo en su conciencia individual, pero de un modo muy romántico y sentimental de entender el patriotismo. Razonando con criterio patriótico, lo que las circunstancias dominicanas del momento exigían era otro linaje de patriotismo.

No podía pedirle otra cosa a la mentalidad rudimentaria de aquel hombre con visos de héroe, al que la fantasía intelectual que explotó el tema de los duros tormentos a que fué sometido dió en querer magnificarlo.

Siempre inspira devoción, cuando no veneración, toda víctima de un atropello hecho, en su persona, a la libertad, con mayor razón si se halla de por medio la Patria, como en el caso de este torturado, cuyas quemaduras producidas en su cuerpo con herramientas al rojo vivo, le valen condecoraciones morales, a que siempre mueven los actos de valor, en especial los inspirados en virtudes cívicas o en lo que por tales se han tenido, como en las circunstancias de este honrado y sufrido hijo de la tierra dominicana.

Y este buen hombre, que así concibió su deber y quien no hubiera sido capaz de cambiar voluntariamente palabras con ninguno de los componentes del Cuerpo de Marina de los Estados Unidos que ocupó al País, por temor a macularse al punto en que lo hiciera, fué visto como un prócer por los que así entendían la proceridad.

Trujillo, con mejor comprensión de su deber cívico y de su responsabilidad policial, prefirió defender a los dominicanos buenos, para lo cual no

podía proteger a los dominicanos malos. Los defendía contra los atropellos de los marinos exóticos y contra los de los gavilleros vernáculos.

A todos ayudaba desde su posición de oficial de la Policía Nacional militarizada de tan amargo ciclo de nuestra historia. A los honrados y pacíficos, a que se respetasen sus vidas e intereses; a los que tomaron sendas tortuosas, a que las desandaran; y a los que ejercían una autoridad usurpada sin más derecho que el de la fuerza, a conducirse del mejor modo posible con los dominicanos de buenas costumbres, mientras se procuraba, por medios pacíficos y justos, la devolución de nuestra soberanía usurpada.

En esa triple acción como oficial de policía, Trujillo era la encarnación del patriotismo vernáculo. En largos días de lucha severa y largas noches de vigilia en persecución del gavillerismo, consumió precioso tiempo durante el cual le nacieron canas prematuras. Familias distinguidas denunciáronle el apresamiento de imberbes mozos que no pudieron darles a los guardiamarinas rastros de malhechores, y Trujillo lograba devolvérselos. Pero hubo un momento en que, con el propósito de hacer escarmientos, le negaron la entrega de unos cuantos. Entonces impetró la gracia requerida, que

le fué denegada. Insistió en que sí y recibió un nó rotundo. No rogó ya: se quejó, y desatendióse su queja; mas, cambiando ésta por la protesta en nombre del reclamo preterido, de la inocencia burlada y de la justicia negada, el valiente oficial, jugándose la vida, rugió retador exigiéndolo como desiderátum. Había que batirse con él o entregárselos por inocentes, y tras la frase dilemática hubo un duelo entre marinos estadounidenses y policías dominicanos comandados por Trujillo, duelo en el cual corrió sangre de ambas partes.

El hecho fué considerado en las altas esferas oficiales. No es necesario revivir en carne de por menores arrancados a la autenticidad de los hechos que duermen en notas que no deseo mostrar al desnudo, el documento acusador; pero en la memoria lugareña vibra en todos sus matices recordatorios. Fué oído el oficial opuesto a que se involucrara con malechores a noble gente de trabajo que abominaba del gavillerismo, y se le colocó en puesto de honor entre dominicanos y americanos como una necesidad de aquella hora, que más que eso era el honor sin eclipse en el eclipse de la Patria.

Así las cosas, gozaba él de la confianza de los suyos como patriota y de la de los extraños como

hombre celoso de su dignidad personal, que no engañaba a nativos ni a exóticos, sin ocultar la fibra patriótica inspiradora de sus actos, y que armado de virtud antes que de instrumentos materiales de defensa, batíase con unos y con otros, con tal que fueran malos.

1930 el punto de partida de su nueva jornada gloriosa.— Un triunfo de Trujillo.— Su elección para Presidente de la República.— Discutido, obtaculizado, injuriado.— Sus primeros éxitos.—
La dura prueba del ciclón.

Un triunfo de Trujillo

Un triunfo de Trujillo fué la desocupación del territorio dominicano por las fuerzas militares de los Estados Unidos en virtud del Tratado de Evacuación en que se transformó el proyecto de retirada de dichas fuerzas, denominado Plan Hughes-Peynado; y lo fué porque sin la extinción, por él, de los desórdenes con matiz de vandalismo, que se produjeron en la parte oriental del País, las consecuencias de ellos hubieran sido en extremo funestas. Su acción en ese punto contribuyó poderosamente a fijar el concepto de la actitud general dominicana llamada a adoptarse y que hizo posible la campaña nacionalista pacífica que franqueó el ambiente par la terminación de aquel estado de patria en suspenso, y su resultado natural el restablecimiento del gobierno propio.

Encaminada de nuevo la existencia de la República por sus cauces de actividad constitucional, fué utilizada la capacidad militar de Trujillo por el

naciente régimen del General Horacio Vásquez, capacidad en el ejercicio de la cual dió tan señaladas pruebas de las dotes de mando que la perfilaban, que en 1924 adquirió, por riguroso escalafón, los grados de Primer Teniente, Capitán, Mayor y Teniente Coronel Jefe de Estado Mayor del Ejército Nacional; en 1925 el de Coronel; y en 1927 el de General de Brigada Comandante en Jefe de esa institución castrense.

Desde esa alta posición militar afinó Trujillo su facultad de observación del medio político dominicano; recorrió el campo historiográfico nativo; pesó circunstancias y acontecimientos; consideró la incongruencia entre el declamado civilismo y los hechos, entre la predicada economía y el despilfarro administrativo, y entre las promesas de obras y su no cumplimiento; y sin prevenirlo ni sospecharlo fué formándose en su espíritu esa misteriosa relación que suele haber a menudo entre la necesidad de transformación de determinados medios políticosociales y el destino de los que poseen las grandes cualidades susceptibles de ser, por obra de las circunstancias, el alma de una revolución salvadora.

¿Qué unidad había de tener, a través de los años, el acto primo de servir a la causa nacional durante una extraña ocupación de la patria dominicana y la futura suerte de esa misma patria, liberada pero desorientada, y en peligro después de su reivindicación?

Esa unidad de acciones, al parecer inconexas en el rodar del tiempo, pero con su hilo de enlace fuera del alcance visual íntimo, es la que irá dando, en el curso de este ensayo biográfico, las nuevas modalidades de la personalidad de Trujillo.

El que advino a la acción con tan firmes y definidos lineamientos de patriota, continuaría después el proceso de su destino histórico en la época iniciada el 16 de mayo de 1930, fecha memorable como punto de partida de su nueva jornada gloriosa.

Ya al frente de la vida pública dominicana como plasmador de ella en el crisol de un nuevo rumbo patrio, de enlace con el mundo libre en sus esfuerzos por una orientación definitiva de paz universal después de los desastres de dos grandes guerras desquiciadoras del orbe, lo seguiremos en su idiosincracia, en su carácter y demás rasgos peculiares de su vida en sólida articulación con la obra que tiene en esa vida el fundamento y la esencia que la hacen perdurable.

Su elección para Presidente de la República.—

Apenas se inició Trujillo en política empezó a ser discutido. Y no sólo discutido sino obstaculizado, y más tarde, injuriado. En tales circunstancias, natural era que como candidato presidencial sus primeras palabras dirigidas al pueblo fueran éstas: “No hay peligro en seguirme”.

Una especulación psicológica de esta sentencia con sabor a original plataforma daría mucho material a los curiosos, ya que apenas se tuvo conocimiento de su candidatura comenzaron contra él los ataques. “¡No puede ser!”, frase elíptica con sólo la palabra candidato suprimida, fué la forma estratégica inicial. ¿Pero por qué no podrá ser candidato? “Carece de condiciones, de personalidad, de significación”, era el motivo barajado en la frase por cierto laborantismo de “Parque Colón”.

A los seis partidos que apoyaron la candidatura presidencial de Trujillo: Coalición Patriótica de Ciudadanos, Unión Nacional, Obrero Independiente, Liberal, Republicano y Nacionalista, les intrigaba aquella frase; pero a sus jefes respectivos conveniales encontrar un candidato de coalición que atendiera a los intereses políticos de los mismos, fácilmente derrocable en caso necesario, y pensaron

que *sí podía ser* Trujillo el candidato, pero para ellos o para el que mejor hiciera por ganárselo después de su elección. Y discurrían de ese modo sin considerar que por encima de todas esas conveniencias partidistas había la conveniencia pública, la más influyente, sin duda, en la ideada elección del hombre nuevo que iría a los sufragios sin partido propio, y que por lo mismo de no representar intereses políticos de grupo, sería, aunque apoyado por seis partidos, capaz de abrazarse más al interés supremo de la Patria que a las particulares ventajas de agrupaciones que distaban mucho de ser partidos de principios. Y esto, más que nada hijo de esa honda penetración de los pueblos en la consecución de sus destinos, fué el factor decisivo de aquella determinación.

Trujillo, entretanto, silenciaba. No era silencio de malicia, ni de cálculo, ni de temores, sino el de la fe en sí mismo, que no es vociferable, por lo sabia y discreta. Era el silencio del hombre en diálogo interno con su deber y con su responsabilidad. Su hora no era de expresión, sino de reflexión, y bastaron sólo cinco palabras como expresión de fe: "No hay peligro en seguirme".

Nada mejor que estas palabras de profundo sentido hubiera podido pronunciar Trujillo en tales

circunstancias de expectación y recogimiento espiritual precursoras de la lucha tremenda que había de afrontar para servir a dichos partidos, para mantener la paz entre los mismos y para responder al reclamo imperativo de su pueblo.

El, de por sí silencioso —como se verá en el capítulo correspondiente a esa natural manifestación de su carácter— tenía que serlo más aún, colocado, como se veía, en esta encrucijada de un interés fundamental de vida con otros intereses de la vida, y avínose al mutismo sin examinar ninguna de aquellas frases hijas del ambiente interrogante del momento: *¡No puede ser!*, seca y cruda a su noble oído; *sí puede ser*, un tanto inexpresiva como reacción a la primera; y su alta, valiente y filosófica sentencia de que no implicaría daño alguno su elección: “No hay peligro en seguirme”.

Discutido, obstaculizado, injuriado.—

De Trujillo se han dicho muchas cosas, justas unas, injustas otras. Los que le juzgan desde un ángulo de pasión, le han juzgado pasionalmente y este linaje de juicio no interesa. Sólo vale, y como valedero dura, lo natural y realista. En este enfoque biográfico aparece el hombre en su original y

propia característica de vida, sin suma ni resta de su personalidad.

El lector sereno lo seguirá a través de una vida de pruebas airosas, de dificultades vencidas, de propósitos logrados; lo seguirá en una carrera de triunfador, que por serlo tenía que ir, alternativamente, sobre el suelo quebrado de toda lucha grande: por entre riscos y hondonadas.

Sus primeros éxitos

Vencedor en los sufragios, vinieron las celebraciones del éxito. Había triunfado, en el sentir de los partidos que al otro día del triunfo quisieron dirigirlo; pero el hombre nuevo observábales lo intempestivo del momento para las exigencias prematuras. Necesitaba concentrar su atención en la realidad de la vida nacional en crisis de ideas políticas y de problemas sociales, y no podía restarles los primeros instantes al primero en ser observado y atendido: el Pueblo, al cual pertenecían todos en conjunto, pero del que se separaban cuando entre ellos y él gritaba el interés personal ocupando el primer puesto, que es el de la comunidad.

Tal tesis no podía avenirse con aquel pasado reaccionario, culpable del estado de cosas que había

menoscabado la existencia del País y que también había abonado el terreno para la ocupación militar extranjera relativamente reciente que éste había sufrido, y estaban todos ellos en el deber ineludible de constituir un gobierno que fuera sacrificio común por la preservación nacional.

Pero como tales reflexiones no habían sido las pautas convenidas para el apoyo electoral, sobrevino el disgusto, soterrado, sordo, en trance de posibles violencias.

Trujillo comprendió la situación y se dispuso a afrontarla. Tenía en su apoyo la fidelidad del Ejército, que él había enseñado a respetar el orden constitucional y a sostenerlo íntegramente. No le extrañaba aquella situación y juró como Presidente de la República seguro de sí mismo al afirmar, lleno de sentido patriótico, que la bandera en sus manos “no podrá jamás ser menguada en su gloria ni mancillada en su honor”.

Esta expresión constituía una respuesta indirecta a los partidos disconformes con el nuevo orden de cosas; pero siguió la intransigencia de los mismos hasta su conversión en brotes subversivos en el Mogote y en Gurabo de Mao, que debeló el propio Trujillo al frente de su Ejército, y que costó la vida,

entre otros rebeldes al nuevo régimen, a Desiderio Arias, muerto en un encuentro de sus fuerzas con las del Gobierno a que perteneció como Senador de la República.

Trujillo, por natural impulso de piedad y de noble anhelo regenerador, hizo cuanto pudo por salvar aquel hombre del error en que vivía como político; pero éste, acomodadizo e impresionable por debilidad de carácter, en vez de avenirse con quien le ofrecía una amistad sincera, dió oídos a malos consejeros que acabaron por perderle. Nadie pudo darle mayores muestras de confianza que las que de Trujillo recibía. Supo éste que aquél había enfermado gravemente en su residencia de Valverde y le envió por cuenta propia médico probo y competente que le restituyó la salud; avisóle Arias que enemigos personales le habían hecho disparos en su finca y de que necesitaba armas para su defensa personal, y le envió Trujillo, entre otras armas, ametralladoras de mano con buena provisión de proyectiles. Y Trujillo hizo más aún: lo invitaba a fiestas especiales de las cuales se retiraba con un pretexto cualquiera antes que él. Y finalmente, ante una denuncia recibida, de que el favorecido se hallaba en actitud sospechosa, rodeado de sus parciales armados en la población

de Valverde, propúsole ir a verle sin compañía de nadie a dicha población, lo que cumplió cabalmente tras largo recorrido, con expectación general de cuantos le vieron arriesgar de esa manera su vida de estadista, rasgo singular que culminó en bella fiesta social a la que se llamó entonces una parte de la comitiva civil del Presidente, a la que yo pertenecía.

Con todo y eso, ocurrió el trágico desenlace que no tuvo otra causa que el ciego empeño del partidismo reaccionario, de malograr en flor aquella cruzada redentora cuyos lineamientos y matices desfilan por las páginas de este libro escrito sin pasión.

Entonces, el viejo caudillismo quiso exterminarlo a toda costa y le tendía emboscadas. Pero Trujillo, descubriendo toda maquinación en su daño, entregaba los culpables a la Justicia, a muchos de los cuales indultaba, y se les presentaba solo en ocasiones, tras su regalo de generosa libertad.

Así las cosas, los políticos profesionales fracasados como jefes de reaccionarios partidos, que no pudieron hacer de Trujillo un instrumento manejable al servicio de sus respectivos intereses, diéronse a conspirar contra él fuera del País, del que se ausentaron voluntariamente auxiliados en

la conspiración por el comunismo internacional a caza de oportunidades para su campaña agresionista y desnacionalizante contra el mundo libre, campaña especial contra Trujillo en la que se explotó, pretendiendo deslustrar su obra de estadista, la especie de que sirvió al Gobierno de la Ocupación Militar Norteamericana, lo que no tuvieron ellos por indigno de su persona cuando lo designaron candidato de la alianza que habían constituido para los comicios de 1930 opuesta a la que formarían los demás partidos contra los cuales lucharían.

Emigró entonces, para unirse con los otros exilados voluntarios, so color de falange de perseguidos apóstoles de la democracia, un grupo de los intransigentes con el nuevo rumbo salvador del País. Publicáronse en países vecinos periódicos, libros y folletos contrarios a la verdad que se pretendía disfrazar de crimen para ocultar el verdadero crimen que se estaba fraguando en ambiente americano, no sólo contra esta república de América, sino contra la América toda. Era una consigna de desintegración política del Nuevo Mundo y convenía al sovietismo en vela revivir en la República Dominicana la vieja política que Trujillo había hecho desaparecer como funesta a los intereses vitales de la Nación.

Serenamente lee Trujillo cuanto en el exterior ha urdido la insidia contra él. No se queja jamás ni gasta literatura defensiva. Actúa siempre sin detenerse en su prosecución. Deja que sus obras respondan por él. A un periodista norteamericano que le solicitó datos para demostrar que su régimen no era dictatorial, díjole sencillamente: "No me interesa que lo crean o dejen de creerlo. Lo que me interesa es seguir siendo lo que soy y haciendo lo que debo".

Los viejos partidos se desintegraron ellos mismos al peso de su propia inutilidad, y sus disgregados miembros fueron engrosando voluntariamente las filas del nuevo Partido fundado por Trujillo con el nombre de Partido Dominicano porque todos cabían en él, no importaba de donde vinieran, y todos juntos están celebrando en este Año del Benefactor y Padre de la Patria Nueva los éxitos de la única Revolución políticosocial a que debe el País el sentido de su libertad y de su personalidad, sin trabas financieras exóticas.

La dura prueba del ciclón

El ciclón del 3 de septiembre de 1930, acaecido a los dieciséis días justos de haber prestado Trujillo el juramento de ley como Presidente de la Repú-

blica para el período gubernativo 1930-1934, fué algo así como dura prueba que por designio sobrenatural les fué impuesta a su poder de voluntad y a su energía de carácter.

Todo en esta desatada furia de la naturaleza en desorden fué sorpresivo. Anunciado primeramente el huracán por las oficinas del tiempo como peligroso para Santo Domingo si no cambiaba de trayectoria; avisado un día después que ya no ofrecía peligro; y recibido por último otro aviso acerca de que se había deshecho, gran sorpresa fué el anuncio dado en la mañana lluviosa de aquel 3 de septiembre acerca de que había recurvado y que dentro de pocas horas azotaría a la ciudad.

No había ya tiempo suficiente para tomar todas las providencias requeridas, sino para unas pocas, y el funesto meteoro, que se acercaba con velocidad vertiginosa, sorprendió también por la intensidad diabólica de su movimiento, y más aún, por la inesperada calma y súbita claridad que por espacio de un cuarto de hora se produjo, causa de que muchas personas se lanzaran a la calle, desconocedoras de que el vórtice del huracán cruzaba por la misma ciudad, en consecuencia de lo cual se vió ella por breve lapso sin el tira y hala de los vientos. Así fué, en efecto, y el látigo impetuoso

volvió presto a la carga derribando lo que había quedado en pie antes de la tregua.

Fueron horas de suplicios inenarrables, y cerró la noche de aquel día sin que los supervivientes conocieran la magnitud de la catástrofe. Denunciaban sin embargo lo trágico del fenómeno los ayes que se filtraban entre los silencios intermitentes de las ráfagas.

El amanecer del 4 de septiembre mostró a Trujillo, que avanzaba abriéndose camino por entre los escombros en compañía de miembros de su gabinete y de otros funcionarios y amigos para medir con la mirada las proporciones del desastre, la tragedia más grande de origen ciclónico ocurrida en América. Y aquel hombre extraordinario afrontó, con solo medio mes de gobierno, la tremenda situación. Decretó la suspensión de las garantías constitucionales como medida previa inaplazable, y en seguida impidió el alza de precios de alimentos, medicinas y géneros ordinarios; organizó hospitales y brigadas asistenciales de emergencia; dispuso la incineración de millares de cadáveres y tomó las demás urgencias de socorro.

Alrededor de cuatro mil muertos y dieciocho mil heridos fué el trágico balance de aquel drama que atrajo, al difundirse su conocimiento por el

mundo, la generosidad de no pocas naciones con la nuestra en desgracia.

Desde entonces, Trujillo dedicó parte importantísima de sus energías y de su tiempo a la reconstrucción de la ciudad, reedificada gracias a su elevado empeño progresista a tono con las exigencias del urbanismo moderno. Hoy en día es ella verdadera urbe con grandes monumentos, Ciudad Universitaria, diversos palacios: el Nacional, el de Justicia, el de Comunicaciones, el de Bellas Artes, el del Partido Dominicano y otros más, así como hermosas plazas y avenidas, espléndidos suburbios residenciales y magníficos barrios de mejoramiento social con bellos locales para centros docentes, culturales y artísticos; con magníficas iglesias y con fábricas de nuevos productos industriales.

No de otra suerte se produjo la voluntad común en favor del cambio de nombre de dicha capital por el de Ciudad Trujillo, decisión pública entusiástica que recogió el Congreso convirtiéndola en ley como intérprete de la gratitud dominicana hacia el Benefactor y Padre de la Patria Nueva, lo que no quiso acoger Trujillo, rogando que le fuera mantenido a dicha ciudad su antiguo nombre de Santo Domingo de Guzmán, con que se la conocía desde su fundación. Pero la decisión legislativa

subsistió por haber antepuesto la conciencia pública su reconocimiento al gran hombre que no podía oponerse a las justas decisiones de su pueblo que así testimoniaba su amor, admiración y respeto profundos a su más grande bienhechor, y lo perennizó con piedra consagrada en forma de obelisco junto al mar Caribe, testigo de la más grande catástrofe que registra la historia de la meteorología antillana. El haber salido airoso de esta gran prueba a que lo sometió la Naturaleza, fué para Trujillo su primer título de superioridad que trascendió al mundo y del cual habla singularmente el obelisco.

Esta reconstrucción de la ciudad fué, especialmente, lo que inspiró al Congreso, como intérprete del sentimiento público, votar la ley por cuyo medio se honró al preclaro estadista con el título honorífico de Benefactor de la Patria.

Cinco aspectos de Trujillo: En la casa.— En el
Palacio.— En el Cuartel.— En su Hacienda
Fundación.— En el recinto festivo.

En la casa

La casa, el palacio, el cuartel, la Hacienda Fundación y el recinto festivo nos presentan a Trujillo en cinco distintas modalidades de su vida. La casa lo exhibe como modelo de hombre pulcro en sus respectivas relaciones de cónyuge y padre. Como esposo no interfiere en gustos, hábitos, modas, vocaciones y cosas propias de la feminidad. Respeta la independencia de criterio de su compañera de hogar y de gobierno doméstico aunque discuta con ella acerca de temas que atañen al mundo femenino, así como de otros temas diversos, sin imponerle normas sobre nada.

La vocación poética y la artística en general, que perfilan el temperamento y la sensibilidad creadora de su ilustre consorte Doña María Martínez de Trujillo, no las ve con frialdad, antes bien las estimula, y con independencia mental y libre fantasía emprende ella vuelos líricos y obras de senti-

do moral llevadas al campo del teatro en su loable empeño hacia el amor al bien y la devoción a los principios, obras destinadas a influir en el mejoramiento de las costumbres de su pueblo y del mundo, noble labor con que presta tan conspicua dama colaboración muy valiosa a la extensa obra de educación y de cultura que es parte esencialísima de la política social de su ilustre esposo.

Como padre, áureo filón de pedagogía intuitiva transparentase en su delicado trato con los niños. Su voz es suave, aterciopelada de cariño y de cordialidad. El tono fuerte, acre, regañón, no afluye a su palabra. Conoce el inaprendido arte de jugar con los chicos achicándose en naturalidad y sencillez. Transige con las cosas propias de ellos; está pendiente de todo cuanto pueda dulcificarles los instantes y se conduce en medio de los niños como un hombre niño, alejándoles todo lo que pueda turbar, al capullo de vida en que se hallan, la serenidad de su inocente estado, y perfilándolos como niños-hombres y no a la inversa, como suelen hacerlo muchos padres complacidos en insuflar a sus pequeños hijos la madurez que quisieran ver en éstos, a semejanza de esos frutereros que a fuerza de mala industria logran la engañosa amarillez del fruto verde.

En esta paternidad del mejor linaje de sabiduría en problemas de educación infantil, Trujillo no sólo ha puesto su conciencia de padre de familia en el mayor grado de ternura, sino su alma de poeta en la más fina expresión de espiritualidad.

Pero hay algo más que no debe pasar inadvertido en este trazo del gran hombre fotografiado literariamente, y es su condición de superpadre, o sea de abuelo. Trujillo es, como segundo padre, la misma figura paternal elevada a mayor categoría de acercamiento a lo perfecto: un abuelo convertido en juguete para el nieto. Todo abolengo en sí ha de ser eso: el mejor juguete para su hijo más lejano en la sangre pero más cercano a él en parecido y en retorno a lo ancestral. El padre procura juguetes a los niños directamente ligados a él, pero se convierte en juguete de los que son sus hijos indirectos. Y tanto más y mejor abuelo es el digno de este nombre, o de este título, vale decir, cuanto más fina es su conciencia agudizada en la virtud del tronco que se mira en sus ultrarretoños.

Y hay que ver a este abuelo en casa para comprender qué modelo de lo mismo es, y para comprender más aún, cómo, quien así se perfila y destaca ejemplarmente en el hogar, dando una emoción de gobierno tan pura, tenía que ser un modelo de

la gran familia dominicana que por fortuna para ella le ha correspondido tener a su cabeza al hombre que ha transformado un pueblo y afianzado una patria que hoy lo admira y lo venera. Un mal padre de familia no puede ser buen conductor de pueblos.

La consecuencia de todo eso es el beneficio material y espiritual de todos los niños, criollos o extraños, por quienes él se interesa a través de instituciones de salud y educación, y de centros filantrópicos destinados a la seguridad presente y futura de los mismos, viendo en esos niños simientes humanas cuya sola necesidad debe constituir el mayor acicate de amor y de deber hacia el triunfo de la paz sobre la barbarie de la guerra.

Encanta la manera de ver crecer y de formarse al calor del estudio y al favor de tan propicio ambiente solariego, la trinidad de vástagos que integran Rafael Leonidas, María de los Angeles del Corazón de Jesús, (familiarmente Angelita) y Leonidas Rhadamés, frutos de la feliz unión Trujillo-Martínez.

El caso de Rafael Leonidas, ya adolescente en 1943, habla por sí solo de la excelencia de este hogar. Había recibido, desde temprana edad, el grado de General de Brigada del E.N., con que le distinguió el entonces Presidente de la República, Dr.

Jacinto B. Peynado, conforme a la tradicional costumbre de honrar de ese modo a los hijos de altos personajes políticos, y el simpático niño no mostraba el menor indicio de conformidad con esa investidura honorífica, hasta que de repente, tras de haber permanecido concentrado en algo que ocupaba preferentemente su atención, tuvo cierto día un arranque inesperado traducido en estas significativas palabras dirigidas a su madre: "No quisiera que me llamaran General. Cuando llegue a hombre y quiera ser militar también como mi padre, me gustaría ganarme ese grado por esfuerzo propio, como él hizo, y quisiera pedirle que me lo cancelara". La madre, conmovida, premió con un beso emocionado tan noble rasgo en que apuntaba el carácter de su hijo, quien, con el apoyo de ella, dirigió a su padre la memorable carta ⁽¹⁾ que aparece en nota aparte

(1)

Ciudad Trujillo,
Distrito de Santo Domingo,
31 de agosto de 1943.

Generalísimo
Rafael L. Trujillo Molina,
Honorable Presidente de la República.
Benefactor de la Patria.
Ciudad.

Honorable Señor Presidente:

En fecha 26 de agosto de 1938, por Decreto N° 16, el Presidente de la República, Doctor Jacinto B. Peynado,

junto con el misivo pliego en que acogía, orgulloso de su vástago, aquella determinación que motivó el decreto del 1º de septiembre de 1943, por cuyo

me nombró General de Brigada del Ejército Nacional, parece que como un acto de simpatía a mi niñez.

Muchas personas me han informado que era una costumbre tradicional expedir nombramientos a los hijos de personajes políticos, atribuyéndoles grados militares.

Esta carta se encamina a pedir al Ejecutivo Nacional la derogación de aquel Decreto. Si yo resolviera en el futuro abrazar la carrera militar, trataría de que mis ascensos fueran conferidos por mi propio esfuerzo, y jamás como hijos de un privilegio.

De usted respetuosamente,

RAFAEL L. TRUJILLO MARTINEZ

Ciudad Trujillo,
Distrito de Santo Domingo,
1º de septiembre, 1943.

Señor
Rafael L. Trujillo Martínez,
Ciudad.

Mi querido hijo:

Si como Presidente de la República me veo en el caso de acusar recibo de tu carta de fecha 31 del próximo pasado mes de agosto, para acceder a tus deseos de que sea derogado el Decreto por el cual el Presidente Peynado te nombró, como un acto de simpatía a tu niñez, General de Brigada del Ejército Nacional, en mi calidad de padre te expreso el orgullo que me ha producido tu noble gesto.

A este orgullo uno la sincera complacencia con que acojo tu decisión de alcanzar, si resolvieras abrazar oportu-

medio fué anulado el anterior en virtud del cual se le había otorgado la graduación privilegiada.

Aquel precoz muchacho es hoy el joven abogado Rafael L. Trujillo hijo, doctor en Derecho de la Universidad de Santo Domingo y Jefe de Estado Mayor de la Aviación Militar Dominicana con el grado de Mayor General del E.N., a que llegó por riguroso escalafón desde su ingreso en la Academia Militar como Cadete y tal como él lo previó en su carta con sentido profético dirigida a su padre y Presidente de la República, y, como su padre, adquirido por méritos de servicio en la carrera de las armas.

El mismo amor al estudio y devoción a la cultura siguen los otros dos vástagos María de los Angeles del Corazón de Jesús y Leonidas Rhada-

namente la carrera militar, tus ascensos por tus propios méritos y no por la ayuda que te pueda ofrecer una situación privilegiada.

En virtud del Decreto de fecha de hoy número 1369, del cual te envío copia, queda derogado, de acuerdo con tu solicitud, el Decreto emitido por el Presidente Peynado en agosto de 1938.

Te bendice tu padre,

RAFAEL L. TRUJILLO.

més, la primera de los cuales obtuvo el bachillerato en Artes y Letras y en la actualidad hace en el hogar un curso de idiomas, (Inglés, Francés e Italiano), y recibe clases de piano, delicado sér en quien se entrelazan de admirable modo talento, gracia, afabilidad y belleza, que le han valido la designación unánime que de ella se ha hecho como Reina de la Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre, que se celebrará a fines de 1955 y principios de 1956 en Ciudad Trujillo; y el último cursa la enseñanza Primaria Superior y descuella en Educación Física, principalmente en el ramo deportivo, y en especial en las justas de polo, como Capitán de un conjunto juvenil denominado "Guitarra". Así, en el hogar Trujillo-Martínez se respira, en medio de espléndidos jardines cultivados con especial esmero, el ambiente humanístico favorable a la concepción de tan sabias providencias de bien público a que debe el País muchas de sus obras trascendentes y que ha dado temas a obras de renombre continental como "Meditaciones Morales" y "Falsa Amistad", salidas de la pluma de la ilustre Primera Dama de la República Doña María Martínez de Trujillo, a quien la Universidad de Santo Domingo ha conferido recientemente el Doctorado Honoris Causa

en Filosofía, por consenso general y a solicitud del Consejo Nacional de Mujeres.

Como hijo, Trujillo no deja, por más ocupado que se halle, un solo día de acercarse a su madre, noble mujer edificada en deberes y embellecida en virtudes. Para él es un regalo diario de Dios la presencia de su madre; y para ella, idéntico regalo divino cotidiano aquella visita filial. El abrazo que deja a cambio del que se lleva con adobo de bendición de Dios a él a través de ella, es como un escudo espiritual que lo acompaña a todas partes. Y conmueve esta nota sentimental de su vida, en la que evoca a su excelente padre Don José Trujillo Valdez, fallecido el 10 de junio de 1935, que para él es como si aún existiera, de tan vivo como tiene su recuerdo. En esta diaria visita a su cara madre Doña Altagracia Julia Molina Vda. Trujillo, reproduce el hogar de aquella unión modelo, frutos de la cual son, por orden de nacimiento, estos once vástagos: Flérida Marina, Virgilio, Rafael Leonidas, Rosa María Julieta, José Arismendy, Amable Romeo, Aníbal Julio, Nieves Luisa, Pedro Vetilio, Ofelia Japonesa y Héctor Bienvenido, grupo del cual son él y este último los dos Presidentes que tan ilustres troncos han dado a la República.

En el Palacio

Dejando al hombre de casa caemos en el hombre de palacio. El trabajo le absorbe de continuo dándole cierto aire de gravedad y de recogimiento en un esfuerzo disciplinado y sereno que tal vez no tenga par.

Tal actitud severa de trabajador ha sido interpretada erróneamente, por los que no le conocen, como dureza de carácter. Es en el trabajo de oficina, y en general en el de todo sitio donde ejercite sus poderes físicos o mentales, donde más económico de palabras está siempre. Su formación militar influye en este silencio fecundo. Llama eléctricamente y el que se le presenta se limita a recibir órdenes breves y precisas y a darle respetuosamente la espalda con la orden apresada en el nudo de la atención semejante a un objeto llevado en el puño apretado como para que no se escape.

Su laconismo es separatorio como un aislador. A ningún subalterno se le ocurre sobrepasar en su presencia el motivo de una llamada. Se expone a no ser escuchado o a ser reprendido.

No acepta puente de comunicación entre él y el interesado en verlo, proponerle o solicitarle algo. Nadie puede, por consiguiente, servirle de

punte o de escalera a nadie para acercarse a él por vía de mediación. El puente sólo puede ponerlo él y quitarlo él mismo también. La ignorancia de esta condición temperamental suya ha puesto fuera del rol de gracia de los elegidos a no pocos resentidos en cojeras de observación y de experiencia.

En el cuartel

El cuartel nos perfila un Trujillo más silencioso aún que el de palacio. La milicia es de por sí severa de expresión. Mando y obediencia, órdenes y observancia, sequedad y rigidez. Nada más inexpressivo que el cuartel. Exige y no transige; pero en compensación de tal dureza de vida está la forma trina de la alegría en la bandera, en el uniforme y en la banda militar. Todavía hay un elemento compensativo mayor, pero de orden moral: la justicia del cuartel, así en el castigo como en la recompensa. En esta última fase de la vida militar, Trujillo es la personificación de la justicia castrense. Para serlo hay que amar la carrera de las armas, y él la encarna; y por último, hay que ver en el cuartel el punto de apoyo más firme y seguro de la Patria, y no sólo lo ve sino lo vive. Con esta suma de condiciones esenciales a la ciencia de las armas,

Trujillo tenía que llegar a ser, como lo es en grado máximo, un gran soldado.

Por eso ha podido crear las tres Fuerzas Armadas que constituyen un verdadero orgullo patrio por su organización, por su adelanto, por su eficiencia y por su lealtad. La vieja amarga práctica de cuarteladas y motines es ya libro cerrado. Nadie se queja de injusticia. Los grados se suceden por méritos de servicio y no por preferencias interesadas. La academia del ramo es el cimiento de la institución.

• *En su Hacienda Fundación*

El cuarto de los aspectos de Trujillo comprendidos en este capítulo es el que lo caracteriza en su Hacienda Fundación, localizada a poca distancia de la Ciudad Benemérita de San Cristóbal. Alterna su laboriosidad de estadista con su triple acción de agricultor, ganadero e industrial. Su hacienda es modelo de técnica agropecuaria y de elaboración de productos de origen vegetal y animal. Allí rompen empirismos elementos más industriales que industriales. Van allí de excursiones las escuelas en busca de conocimientos teóricos de las Ciencias Naturales aplicados a fines productivos, y del acicate necesari-

rio a la unión de la utilidad y la belleza, de gran valor docente como estudio de esta necesaria conexión para la vida.

En la ejemplar Hacienda, encastes y medios selectivos por un lado, y mejoras y economía por otro, despiertan amor al campo y aficiones a la vida agraria.

Trujillo comparte su precioso tiempo y su gran actividad entre el hombre de Estado y el creador de riqueza nativa en él fundidos en una sola pieza. Y veámoslo como hacendado. El medio le es propicio por su misma adaptación al medio. Ni de uniforme, ni de civil, sino de rural, viste en su predio. Ley del campo es brindarse al que lo busca campechanamente; al intérprete de su llaneza y sencillez; al que lo sigue en su naturaleza libre y generosa. Trujillo allí trabaja más que manda. Ahora no es el Jefe, sino jefe de sencillos trabajadores. El pconaje fiel lo mira allanarse a trato más cordial. Con aquel personal es flexible y comunicativo. En ocasiones bromea con unos y franquéase con otros, como si se igualara a ellos, de tan liberal con los mismos, y es que en el social ambiente del trabajo se aparta de sí propio, olvidado de todo lo que es. Este trato, más que el de un jefe de trabajadores para con sus subordinados, es vínculo de amistad

y no extraña que haya dicho que los hombres de trabajo son sus mejores amigos. Ocúltales su autoridad sin desautorizarse, y ellos no pueden ocultarle su agradecimiento por tan noble trato, porque, como afirman con el sentido que dan a sus palabras: “No nos trata como gente, sino como personas”.

A su hora cabalga en la finca como buen jinete, y la equitación alternada con jornadas pedestres lo devuelven entero a la ciudad. El campo es, de ese modo, su mejor desquite. En él hace y se rehace. Su infancia le brota entonces por las porosidades del recuerdo, en rumia de lejano disfrute, y este retorno a su distante ayer es reparador en sumo grado. Pero no sólo está dotado Trujillo de flexibilidad de trato para con aquella buena gente. Lo está también para con toda bestia de la Hacienda: bovina, equina, asnal, en dulce pago de miradas cuya ternura hace escala ascendente a la medida de su paso hacia ellas. Y con más acopio de espontaneidad y de viveza muestran su regocijo ante él animales por naturaleza simpáticos y orgullosos de su misión policial, como los de raza canina.

Sus días campestres son todos laborables para Trujillo. Los feriados le son impropios para la juerga agreste. De ahí su fuga de la Hacienda hacia la ciudad los domingos y demás días colendos, en

los que alterna labores de Palacio con sus gozos en el “Perla Antillana”, adonde va a presenciar deportes, de preferencia hípicas, sean éstos de carreras o de juegos de Polo, porque el caballo es el animal de su predilección. El Trujillo a la jineta es el más adecuado para su exaltación en bronce y mármol, y así aparecerá en los respectivos monumentos que pronto le serán erigidos en San Cristóbal y en Ciudad Trujillo.

Pudo habársele escogido de pies para ese monumento si el propósito exultatorio se hubiera inclinado más hacia el creador de la nueva fisonomía cultural del País; si se le hubiera visto especialmente a través de la obra que arranca desde la alfabetización total hasta la Universidad orientada hacia los verdaderos fines de la alta cultura y del profesionalismo adaptado preferentemente a las necesidades del medio. Pero esto no habría abarcado a Trujillo en toda su magnitud como visto sobre ágil potro, por haber sido ésta la actitud en que recorrió todo el territorio dominicano en el estudio personal de los problemas vitales de cada región. A caballo salvó ríos, trepó montes y recorrió llanuras que son hoy en día emporios de riqueza, y a esto débese sin duda su celebrada frase “Y seguiré a caballo”, con comentario especial a continuación.

Peculiar de todo grande hombre de acción son determinadas frases que en un raptó de entusiasmo le brotan y caen en la jurisdicción de lo histórico. Una de esas frases es la pronunciada por Trujillo en memorable día en su Hacienda Fundación: "Y seguiré a caballo". Como todos los impelidos por el genio de que están animados, Trujillo, que en su ya referida hacienda anda comúnmente de esta guisa, no se refería a la equitación de sentido físico, sino a la de sentido moral. El caballo para él, en esta frase que considero su temperamento reflejado en el lenguaje, es imagen de su firme propósito de lucha. La Patria y el orbe, necesitados de una nueva visión geográfica en la que lo separatorio y divisionario se mire del modo en que debe considerarse la Patria como vinculada por ley natural y humana a las demás patrias, y el mundo como patria común de todos los hombres, es algo vivo en el ánimo de Trujillo. Hay que empezar a ver este sentido geográfico de nación y de colectividad de naciones en las mentes y en los espíritus más que en la superficie del globo terráqueo.

Toda la actuación política de Trujillo está inspirada en esa visión, según la cual debe lucharse contra las separaciones que han costado batallas de

siglos. Algo interesante lleva hecho él, pero continuará en su lucha hacia esa finalidad, montado a la jineta idealmente, es decir, y SEGUIRA A CABALLO, como con tanta viveza de color imaginativo lo ha expresado en aras de la paz universal.

En el recinto festivo

Pero Trujillo tiene su momento especial para la charla y aún para la broma. Veámoslo en el último de los cuatro aspectos de su vida abarcados en este capítulo: en el recinto festivo. En este punto del hombre cuyos trazos individuales hablan por su vida, el que sin conocerlo a fondo lo haya visto solamente en casa, en palacio y en plaza militar, se asombrará cuando lo enfoque en ambiente de expansión. “Es otro hombre”, dicen algunos. “Quien lo ve ahora no lo conoce”, exclaman otros. Pero no es eso. Es que sabe adaptarse a cada medio y circunstancia. Trujillo es el adaptable, por temperamento y educación, de mayor relieve que conozco. Tal condición es uno de los recursos de su fuerza y de sus grandes éxitos.

Desde este ángulo de vida toda la sal de su humorismo le brota en frases que rompen con el habitual laconismo y gravedad propios del hombre

de mando y de trabajo que mató a la tertulia de oficina y enterró al expediente de cuentos y murmuraciones que se engullían el horario oficial.

En este otro ambiente, en que desaparece por completo el Trujillo de la acción, es galante con la dama y con el caballero, inclinado al chiste y a la intriga fina de salón, fácil a la copa, que le suelta la lengua, y dueño de un control extraordinario de sí mismo, en ningún momento abandonado. En esa disposición de ánimo baila felizmente, prefiriendo en el arte de la danza al merengue, lo más genuinamente típico de la coreografía dominicana, gracias a él cultivado por jóvenes maestros y difundido fuera del País por orquestas nativas en giras de buena voluntad como lo más característico de este medio en sus varios géneros musicales.

**Temperamento.— Parquedad oral.— Poder de
atención.— Trujillo y los problemas.**

Su temperamento

El temperamento de muchacho verídico del Trujillo de la infancia, que dejaba presentir un mañana extraordinario, es el mismo del gran hombre que se alzó maravillosamente sobre la piedra angular de su niñez con la sola diferencia del paso trascendente de la gota al océano. Hoy, Trujillo hombre actúa a la manera de Trujillo niño. Entre su ayer y su presente hay una diáfana conformidad psicológica. Es un caso típico de personaje consecuente consigo mismo y que, por la misma fijeza de lineamientos y perfiles característicos de su recia personalidad, es fiel con sus ideas, con sus sentimientos y con su política, que no cambia en ningún instante y por lo cual sus primeros discursos pudieran ser también los últimos.

Su parquedad oral

Trujillo no es un caudal en palabras sino en obras. No se multiplica en acentos sino en aciertos.

Es dueño de una facultad de silencio fecundo que acaso no tenga par, de tan copiosa como es en categoría de elocuencia sin expresividad de labios. El hablar poco tiene mucho que ver con su carácter. Es corto en promesas. Por lo regular no ofrece. Se compenetra de las necesidades públicas y sorprende a menudo satisfaciéndolas.

Es propio de aspirantes a gobernar, por hacerse de simpatías, y de los que ya gobiernan, por no perderlas, el ser prometedores. Trujillo es, en ese punto, una excepción. Esperanzar, darse en futuro, no ha sido nunca letra de sus programas de estadista. Hay también el tipo de hombres de gobierno que todo lo refieren a lo que han hecho. Estos no se dan a crédito de esperanzas, como el otro tipo ya referido, y hablan mucho, también, pero con relación a lo que dejaron atrás como garantía o respaldo. Trujillo, en cambio, ni se detiene en recordar hechos y obras ni en anunciarlos como heraldo de lo porvenir. Su fuerza es lo presente, lo actual, y como la actualidad es toda vibración de acto, sobran las palabras en los actos. Esta es la razón psicológica de su economía de palabras.

En la ocupación, como de aguja activa, de la mente creadora, hay mucha economía de palabras,

tanto mayor cuanto más intensa es la faena constructiva. De ahí que el urgido en obras que van saliendo de su poder vivificador se conduzca como reacio al exhibicionismo verbal. En el recuento de lo hecho se habla mucho, y en la fiebre de incubación, mucho más. El ayer y el mañana vestidos, respectivamente, de historia y de sueño, reclaman abundante discurso. Los que hablan por el uno y los que hablan por el otro, viven indistintamente momentos de recuerdos y de promesas que hacen imprescindible la elocuencia oral. Es que toda suma de voluntad y de capacidad de lucha actúa sin derroche elocutivo, según la cual el luchador da, no ofrece; produce, no evoca actuaciones que tuvieron su hora y su lugar.

Esta es la clave del silencio que se nota en Trujillo. Son precisamente los palabreros de la política los predicadores de una acción que casi nunca se cristaliza en resultados positivos. A tan natural condición de su carácter obedece la frase preferida a principios de su primera administración pública, cuando se le rogó que colocase la primera piedra de un edificio que iba a ser construido por iniciativa suya: "No me gusta colocar la primera piedra de los edificios, sino la última".

El poder de su atención

A tono con esa misma medida verbal es la esmerada atención que presta Trujillo a las personas con quienes habla. Es todo oídos para ellas. Su cualidad de saber oír responde a una disciplina personal. Retiene cuanto se le ha dicho en una formal entrevista o en la más simple conversación. A nadie interrumpe en el uso de la palabra. Así puede hacer observaciones de tipo global conforme a las apreciaciones de conjunto que le permite su paciencia auditiva.

Lo he visto en consejos de gobierno referirse, en el mismo orden en que fueron sometidos, a los informes en ellos presentados, y hacer las observaciones pertinentes con rigurosa observancia de método. Porque la disciplina de Trujillo no es sólo regla de conducta oficial sino de ordenación mental. De ahí la sorprendente facilidad con que capta las incongruencias en que suelen incurrir muchos de los que en determinado momento opinaron respecto de cosas sometidas a la elevada consideración de él y luego exteriorizaron criterios diferentes sobre las mismas cosas en igualdad de circunstancias. Tal inseguridad de juicio de algunos de sus más cercanos colaboradores ha sido la causa de que los haya

substituído por otros más cuidadosos de no enredarse en contradicciones reveladoras de la falta de criterio propio o de la ausencia de convicciones con que actúan.

A esta misma cualidad de saber escuchar con paciencia al que ha sido cuestionado por él, debe su mejor fuente de conocimientos acerca de hombres y de cosas. El poder de la atención es un recurso valioso desconocido de tantos dirigentes empeñados más en hablar mucho y ser oídos que en hablar lo indispensable y poder escuchar a los demás.

Su mejor fuente de datos acerca de personas y hechos es su propia observación, que la prefiere a toda otra recibida por los canales informativos. A menudo comprueba por sí propio la revelación suministrada por toda vía indirecta de noticias, sabedor de que, aunque haya fidelidad de recuento, pueden ser confundidas con la verdad misma las apariencias de ella. Por eso es tan difícil engañarle como difícil engañarse. Después que él ha penetrado en la maraña de lo ocultado con malicia profesional, la realidad no se le escapa. Su modo de interrogar provoca las respuestas de que se sirve para nuevas interrogaciones con que hace luz en las sombras del secreto. Oyéndolo inquirir se pasman muchos buceadores de almas de cómo cada pregunta que él

hace es un foco que se adentra en lo desconocido. No recuerdo una sola vez que haya asegurado, en esfera nacional o internacional, la existencia de algo soterrado con fines perturbadores de la americanidad, que no haya sido comprobada. Las dudas las disipa con pulso de rayo solar en lo brumoso.

“No creo —confesó en esta ciudad un miembro de la OEA después de haberle escuchado el 3 de junio de 1949 acerca de las causas determinantes del malestar político antillano de origen comunista— que haya otro estadista mejor informado que él sobre las particularidades de la conspiración centroamericana y antillana de estos últimos años”. Y es que él lo veía todo, lo preveía todo y lo sabía todo en relación con ese movimiento de penetración no americana en el mundo americano, que contaba con el colaboracionismo de dentro en sus planes de invasión al continente occidental.

Trujillo y los problemas

La vida está tejida de problemas y urgida de soluciones, pero los seres humanos, en ese tejido complicado, ofrecen distintos aspectos. Hay los que no saben de problemas, para quienes éstos son como si no existieran. Hay quienes, sabiendo de problemas, ni los afrontan ni les preocupa que los haya,

de tan desentendidos como se hallan de los demás y aún de sí mismos. Una tercera clase de personas constituye el grupo, de escasa minoría, consagrado a la solución de los problemas que afectan a su patria y al mundo, lo que hacen amparados en la trascendencia de tan noble misión social. Hay, finalmente, los que sólo vienen al mundo a ser problemas, a complicar la vida con el peso de sí propios y a ocupar la ajena atención en ellos mismos, como seres de los cuales no puede prescindirse, ya que constituyen mayoría, y por esta razón lo que por ellos se hace es obra de provecho social.

De los hombres-soluciones frente a los hombres-problemas, Trujillo ocupa plano de excel-situd, y su vida y obra tienen, por tanto, sentido profundo de deber.

Frecuente es ver a Trujillo en el estudio de cuestiones que absorben sobremanera su atención. Cierta día, durante su último período de gobierno, le oí decir en el caso de un jefe departamental que le había sometido determinado problema sin el correspondiente proyecto de solución, estas palabras reflejadoras de un peculiar matiz de su carácter: “¡Peregrino procedimiento! Someterme una cuestión sin proyecto de solución anejo. Me gustan los funcionarios que me presenten problemas con me-

dios resolutorios. Yo acojo o no las soluciones propuestas, y de no acogerlas, se las busco yo mismo, satisfecho, no obstante, de saber que ellas me fueron sometidas aunque no las aceptara”.

A Trujillo no se le escapa ningún problema. Lo saca del bajo fondo en que ha hincado sus garfios en la realidad dramática y cae sobre ellos con empeño generoso. Muchas dolorosas situaciones de vida social no vistas como problemas de solución urgente, no han escapado a su penetración. La beneficencia no es problema del Estado y hay que sustituirla por la previsión social y la asistencia social. La necesidad de un pedazo de tierra donde levantar techo propio, ara doméstica y predio solariego para subvenir a las necesidades primarias, aprieta más el vínculo patrio. Que el nativo sólo tenga tierra para su cuerpo cuando éste yazga inanimado, es algo que debe remediarse, y Trujillo procura satisfacer esa necesidad.

**Trujillo y la Economía.— Su discurso en el Ateneo
Dominicano.**

Trujillo y la Economía

Trujillo sabe que el caballo de batalla tanto del comunismo como de toda otra similar doctrina en el empeño de sus propagadores dirigentes por hacerse de prosélitos, es el de ofrecer a las clases pobres medios convenientes de vida: techo propio, mesa segura, instrucción fácil y otros más. Por eso recomienda la provisión de tales medios como la primera y mejor arma contra esas pautas extremistas.

Cuanto ha señalado para ser puesto por obra ha dado resultado magnífico. Su experiencia de las cosas es su mejor recurso para recomendar lo que más conviene hacer. Bien conocida es su política de trabajo. Sabe, por propia observación, que el desempleo como problema social que preocupa a los gobiernos, se resuelve mediante mayor capacidad productiva que permita dar ocupación a todos los que por carencia de trabajo recurren al empleo en oficina pública o privada, industria o comercio,

taller del Estado o particular. Lo primordial de su política fué la de una cruzada económica intensa. Producir en cantidad considerable para suplir necesidades perentorias y crear ambiente de sosiego fué su divisa primigenia.

Un día en su Despacho presidencial le oí de viva voz las líneas generales del discurso con que iba a inaugurar el Ateneo Dominicano, que existió con otro nombre en anteriores años a los de este nuevo ciclo gubernativo, pero que desapareció por inactividad. Por primera vez percibía yo, de labios de un dirigente dominicano, conceptos tan macizos de ciencia económica emanados de una intuición tan poderosa como la suya, supletoria de las disciplinas académicas que no ha necesitado para ser lo que es: el remodelador de la patria dominicana, hoy verdadera patria con todo lo que hace a una entidad nacional digna de ese nombre, acabada en su contenido de civilización y de cultura. Ese discurso, pronunciado el 23 de enero de 1932, y que transcribo íntegro, es una síntesis de todo el engranaje estructural de su política. No hay sino ver cuánto se ha edificado con espíritu creador sin precedente en nuestro medio, y examinar lo que constituyó un verdadero programa político de altura, como es dicho discurso, para reconocer la razón que lo animó

y la verdad de cuanto dijo en él hace justamente 23 años. Es, tal discurso, su autorretrato interno, su cerebro y su alma a la altura de su patriotismo. Lo que entonces dijo está corroborado por los hechos. Todo va cumpliéndose a la medida de su genio creador. No podía faltar en este ensayo biográfico tal macizo ideológico, que lo presenta en la talla de su interioridad anímica y mental.

*En la inauguración del Ateneo Dominicano,
el 23 de enero de 1932*

Acepto, señor Delegado, la investidura, honrosa por demás, de dejar inaugurado el Ateneo Dominicano, renaciente en esta hora después de largos años de eclipse por una de esas caídas dolorosas que sufren a menudo nuestras instituciones culturales.

Compláceme en extremo presidir ceremonia tan bella y significativa, porque sé que, así como en la vieja Roma de los Césares, actos de esa naturaleza no podían celebrarse sin la venia de los dioses, en esta inauguración del Ateneo Dominicano los manes de los próceres dormidos para siempre bajo el polvo que santificaron con su sangre, asienten a la celebración del acto en que se deja consagrada, para servicio del pensamiento y culto de

la verdad y del espíritu, esta noble institución académica.

Y ya que, por mi elevada investidura, a una cortesía de la Junta General Directiva, de la que sois digno portavós, debo, señor Delegado, la honra de inaugurar este templo erigido a la santidad de la cultura, séame permitido hacer pública declaración de mi sentir como gobernante interesado en la noble difusión de las ideas.

Yo tengo, señores, aunque en modesto grado, la pasión griega que hace sabios y quijotes. No puedo ser indiferente a la obra de cuantos, con justas credenciales, crearon universidades y academias. No pocas veces, en horas propicias a los sueños, me he sentido, si no tocado de la magia del arte, cerca al menos de todos los que por virtud de dones y atributos animan lienzos, divinizan cuerdas y eternizan mármoles.

Para favorecer el movimiento y difusión de la cultura, como hicieron Septimios, Pericles y Alejandro, es para lo que quiero impulsar el desarrollo de nuestras fuentes de riqueza.

Estamos en un país pobre con los medios latentes para conjurar la pobreza; país agrícola, no minero, ni fabril, ni industrial propiamente dicho. Pisamos una tierra privilegiada acaso como ninguna

otra para ostentar el cuerno simbólico de la abundancia. Y ante nuestra miseria, nuestras impaciencias y nuestros pesimismo, por las dificultades del presente y los temores del futuro, se abren campos extensos que no han sentido aún la fiebre abrasadora del machete, grandes montañas vírgenes e inmensas llanuras despobladas. Y frente a ellas, esta amarga realidad que viene preocupándome incessantemente: crisis de profesionales liberales por falta de clientela. ¡Qué de birretes y togas sin destino!

Es éste un problema que ha ocupado la mente de no pocos economistas en aquellos Estados en los cuales las profesiones han sobrepasado los términos de la necesidad que hay que satisfacer y caído en el parasitismo.

La experiencia me ha enseñado, mejor que los libros, la ley de la justa proporción. Es la capacidad económica y financiera de un país armónico con sus necesidades, la que favorece a los hombres de carrera profesional. En las sociedades humanas, como en la naturaleza, todo ha de obedecer a un equilibrio. Así como en determinados países el número de soldados es proporcional al de sus habitantes, la misma correspondencia debe haber entre la capacidad de población y de riqueza y la cuantía de títulos universitarios. ¿Qué va a ser de la

copiosa suma de médicos, abogados, ingenieros y farmacéuticos que arroja año por año la Universidad, si paralelamente a ese número no hay desarrollo agrícola e industrial en el país? ¿Cuál sería, de ese modo, la suerte de la dignidad profesional, expuesta de continuo a graves contingencias?

Yo no soy contrario a la existencia de la Universidad de Santo Domingo, que jugó destino tan hermoso en los tiempos felices que dieron a esta ciudad histórica el sobrenombre de Atenas del Nuevo Mundo; pero entiendo que más se necesitan escuelas de artes y oficios, que nunca hemos tenido, las cuales vendrían a satisfacer una necesidad de orden primario. (1)

La vida del taller es harto precaria en la República. Se prefiere en toda ocupación manual al

(1) El primero de estos establecimientos docentes vocacionales fué creado por el Generalísimo Trujillo, como Presidente de la República, el 3 de diciembre de 1946 mediante contrato suscrito entre el Gobierno y la institución salesiana representada por Monseñor Ricardo Pittini, y sus frutos son opimos. El segundo fué creado también por él el 2 de junio de 1952 mediante Proyecto-Acuerdo de Educación Vocacional del 1º de noviembre de 1951, ambos radicados en Ciudad Trujillo. El tercero, denominado Instituto Politécnico "Loyola", se creó por el mismo Presidente, Generalísimo Trujillo, el 23 de julio de 1952, en Fundación Generalísimo, San Cristóbal.

obrero exótico, generalmente mejor preparado que el criollo y con más noción de responsabilidad por la clase de instrucción que ha recibido. Se prefiere, asimismo, el zapato importado al que se fabrica en el país, no ya por desamor a las industrias nativas sino por la comodidad del primero, en cuya elaboración intervino mayor gusto y competencia logrados en escuelas de artes y oficios. Como consecuencia de lo mismo el obrero nacional prepara a sus hijos para las profesiones liberales. Pocos se interesan por enseñarles un oficio, aún cuando tengan para ello marcada devoción, y no porque en rigor quieran hacer de ellos buenos médicos y mejores abogados, sino porque entrevén así el modo de que adquieran ventajosas posiciones políticas al amparo de un diploma profesional.

El conocimiento de esta amarga realidad de nuestro medio, que ha venido envolviendo en brumas de incertidumbres y temores el porvenir de los dominicanos, ocupa mi mente en la hora inquieta que vivimos, en que la Patria espera de mi esfuerzo la obra viril que necesita para que no mueran en sus primeros años instituciones como ésta que me ha cabido en suerte inaugurar, y que no debe morir por falta de medios que aseguren su vitalidad y su esplendor. La misma Grecia monumental de la

Acrópolis, el Partenón y las estatuas, madre del ritmo y señora de la belleza, eternizada en la blancura impecable de los mármoles, tuvo, al lado de sus cánones estéticos, sus leyes económicas sin las cuales no hubiera sido jamás la villa clásica del arte, fuente de luz y patria de los dioses. A la gracia de los cantos y las líneas armoniosas respondía la gracia de la tierra fecundada. Por eso mi política está en interesarme más por el país que por mí mismo. Política nacional antes que personal. El pueblo antes que el hombre!

Mis ojos, por tanto, se fijan en la tierra, oriente de mis actividades, esperanza y salvación de los dominicanos. De ahí la intensidad de mi campaña agrícola, mi sueño de colonias, con un principio de ejecución que no se escapa a mis oyentes; colonias en las cuales el Ejército dominicano dará el ejemplo de cómo pueden y deben estar aliados para la obra del progreso el arma que destruye a los enemigos de la paz y garantiza las instituciones, y la que fecunda el suelo trocándolo en apoyo del bien inapreciable de la ciencia.

Con amor acepto, señores ateneístas, la colaboración que me ofrecéis por órgano de vuestro digno Delegado, para la reconstrucción nacional en que me ocupo. Esa labor reestructora no será

jamás obra exclusiva de mi esfuerzo. De todos ha de ser, y principalmente de quienes han preparado mejor su inteligencia para el destino de las grandes causas o gozan de ventajosa posición política o social. A mayor nivel intelectual y moral, mayor suma de deberes y responsabilidades en el porvenir de las naciones.

Desearía que hubiera, entre todos nuestros hombres dedicados a labores mentales, sinceridad para el común esfuerzo. Falta sentido de comunidad como lo demuestran las diferentes sociedades que persiguiendo el mismo fin, no fraternizan, sin embargo, los grupos respectivos que las forman.

Y se echa de ver, asimismo, cierto empeño en querer aplicar a nuestro medio procedimientos de naciones más adelantadas que la nuestra, que los adoptaron mediante un proceso lento de desarrollo integral.

Simpatizo con la autonomía de la escuela, y una de mis mayores ansias de bien público es llegar a ver el país suficientemente preparado para el goce pleno de esa autonomía; pero no soy partidario de que eso se festine, de que se alcance gradualmente a medida que vaya siendo más espontánea y sincera la colaboración que se me ofrezca en el empeño de asegurarle bienestar a la República.

Esa desinteresada colaboración será más eficaz, para la cabal autonomía universitaria, que la acción que por otro medio realicen los estudiantes, cuya inexperiencia juvenil puede ser explotada por los enemigos del Gobierno, empeñados en obstaculizar la acción reconstructiva de la hora.

Contribución de inteligencia y de virtud es lo que necesito para esa grande obra. Dadme vosotros esa contribución y yo aseguro la estabilidad del Ateneo e instituciones similares; contribuiré a popularizar el buen libro; a que las bellas artes, defensoras de la salud espiritual de la humanidad, eternicen, para gloria y honor de nuestro pueblo, virtudes y heroísmos que están pidiendo monumentos; porque los ritos, hazañas, tradiciones y encantos naturales del país reclaman, con su poder copioso de motivos, la creación de un arte propio que sea la manifestación característica y eterna del alma nacional.

Su concepto del progreso físico como base de los demás aspectos del Progreso.— Reacio a ser entrevistado.

Su concepto del progreso físico como base de los demás aspectos del progreso.

Rasgo personalísimo de Trujillo, reflejado en su personalidad de estadista, es su arraigada convicción de que el progreso material influye de muy marcado modo en el progreso institucional de las naciones; que no puede haber país avanzado en ética política y administrativa sin el correspondiente apoyo de ella en una realidad física constituida por la suma de obras urbanísticas, viales, portuarias, aeroportuarias, agrarias, docentes, asistenciales, hospitalarias y otras similares, cuya suma es el bienestar individual y social. A condiciones rudimentarias de desarrollo material colectivo no pueden responder estados avanzados de civilización y de cultura.

Esta arraigada convicción suya cobró sentido práctico. Para Trujillo el trabajo es la paz, y actividades son posibilidades. Con tan clara noción de

esfuerzo emprendedor hizo el reajuste necesario de vida nueva con todo lo que de la vieja vida pasada quedaba disponible para ser utilizado.

Un buen día de intercambio de opiniones en círculos oficiales, alguien díjole, refiriéndose a políticos de caducos regímenes: “Hay que cancelarlos a todos”, a lo que respondió Trujillo prontamente: “El problema no es de hombres sino de sistemas. Lo que hay que hacer cambiar es el medio para que todos quepan en él”. Y esta verdad ha sido su llave maestra. Con ella ha abierto todas las cerradas posibilidades.

“A esos hombres —añadió luego— lo que hay que cancelarles es su fracaso. Son dominicanos, son nuestros, tienen que convivir con nosotros y no podemos verlos como vencidos sino como equivocados, y más bien como desorientados por lo mal conformados a los fines de su necesidad, que no puede ser otra que la necesidad del País”. Con frases tan breves, pero llenas de gran sentido espiritual, reveló el hombre que así hablaba en 1930, ya en función de mando, lo que podría llegar a ser, con esos puntales de edificación, el gobernante que en él había latente. De tal hombre, tal rector. La razón de ser de las grandes figuras de gobierno hay

que buscarlas en la calidad mental que da de sí la condición humana de las mismas.

Comprendí, desde mis primeros contactos con Trujillo, que su vida era una revelación profunda de lo mucho que se podía esperar de él. La circunstancia de haberme honrado con su confianza designándome su Secretario Particular, me permitió adentrarme en su psicología y recoger muchos de los chispazos de agudeza genial que asoman a sus labios en momentos propicios a su expansión de alma, que son aquéllos en que discurre su vida sobre dos temas fundamentales de su mentalidad de gobernante: la Patria y el Pueblo.

Cierta vez, según una expresión encarecedora de sus méritos, le había tocado “vérselas con un país derrumbado”. La frase le hacía blanco de una flecha gentil, que declinó sutilmente con un golpe maestro: “No derrumbado, por cierto, porque de lo que más ha carecido el País es de rumbos, y todo se reduce a dárselos. Esa es mi misión”.

Acaso no recuerde el Generalísimo esta valiente frase. Los grandes personajes no recuerdan, sino por excepción, lo que dejan escapar con valor anecdótico. Son instantáneas psicológicas. Las capta el observador interesado en el conocimiento ínti-

mo de ellos. De quien comenzó su Era con ese criterio de lucha tenía que esperarse mucho. El error de los que en el exterior han juzgado a Trujillo pintándolo tan distinto de como es, ha consistido en verlo como empeñado en anular hombres, en deshacerse de conciudadanos, en establecer un divorcio entre lo anterior a 1930 y lo de 1930 en adelante; en creer que él levantó un muro infranqueable que fué el 1930, y que como consecuencia de lo mismo, personas de las que militaron en partidos políticos anteriores a 1930 viéronse acosadas del País. Los que salieron del País se acosaron ellos mismos.

Exilios no hay en la historia política de Trujillo. El destierro está reñido con su ideología y con su temperamento. Los perseguidos por él no han existido sino en la imaginación de los que han tomado por reales las persecuciones simuladas, víctimas de los deformadores de la realidad por quienes han sido sorprendidos. La indocumentación por una parte, y la pasión por otra, llegaron a crear una leyenda en torno a la personalidad de uno de los más grandes estadistas y extraordinarios patriotas de que justamente puede enorgullecerse el pueblo dominicano; pero esta leyenda va disipándose frente a la realidad como niebla ante la luz.

El archivo del Palacio Nacional contiene diversos documentos epistolares de dominicanos que habiéndole solicitado a Trujillo autorización para reintegrarse a la Patria, ha ordenado decirles sencillamente: “¡Que vengan cuando quieran!”. Pero como le han atacado injustamente y se sienten culpables, han vuelto ellos a escribir para cerciorarse de si les tomará o no cuenta de sus actos, a lo que ha respondido con generosa voz Trujillo: “Pueden regresar seguros de que si he lamentado lo que de mí han dicho, ha sido más por ellos mismos que por mí. Mis hechos son mi mejor defensa, y son mis hechos los que le abren el camino del retorno. Que vengan cuando quieran; pero que vengan como pacíficos y como trabajadores, que aquí encontrarán paz y trabajo”.

Que digan si ha sido así o no los que se han acogido a las palabras que les han llevado la confianza del hombre y las garantías del Jefe, y si se hallan tan arrepentidos de la actitud pasada como satisfechos de la presente. A la mayoría de los que han vuelto se les ha proporcionado trabajo sin exigirles nada. De ellos los que se han afiliado al Partido Dominicano, que es el Partido de Trujillo, lo han hecho por espontánea decisión. Tampoco se los ha expiado. En una vida de tan clara visión

como la del actual ambiente políticosocial dominicano, no se necesita tenderles a los reconciliados con la Patria de donde salieron sin motivo, ni cerco de ojos ni alambrada de pesquisas. Pueden moverse sin atisbos fiscalizadores, a plena luz de libre acción, porque, una nota cualquiera fuera del diapasón de la armonía de paz y de trabajo reinantes, se advertiría fácilmente, como un ala de cuervo entre una unidad blanca de palomas.

Trujillo, bien armado materialmente, lo está moralmente también, pero en razón de su mismo desarme de odios y rencores, que dan la fisonomía íntima del armado de buenas intenciones. Y no es deseo de tejer frases literarias en torno a un personaje a quien se pretendiera halagar, sino de rendir tributo a la verdad cuando, en rigor, acerca de este hombre extraordinario lo único a manos del biógrafo es la verdad misma de lo que respecto de él se patentiza sin sondeo, de puro diáfano. Servir a la verdad de un hombre ante ese hombre, sin sumarle ni restarle nada para acrecentar o aminorar la estatura de su personalidad, es lo único importante en el biógrafo. La hermosura de la frase viene a ser en ese caso una prueba de cuanto hay de bello en lo verdadero y de lo fácil que suele ser entusiasmarse en la expresión de lo real.

Reacio a ser entrevistado

No le agrada a Trujillo que sus amigos le consulten lo que deben hacer. Así, periodista que para comentar un suceso político de actualidad en relación con la política de tan ilustre estadista procura interrogarlo antes por temor de equivocarse en sus apreciaciones, para él no es periodista; escritor que para enjuiciar determinado paso dado por aquel gran hombre público necesita cuestionarlo sobre lo que se ha propuesto alcanzar con ese paso, en vez de captar el contenido de esa actitud del gran reformador para enjuiciarla según la impresión que ella le haya producido, para él no es escritor.

Y es que Trujillo entiende que al hombre de acción hay que juzgarlo por el resultado de la acción y no por lo que de él se espera que diga acerca de lo que ha hecho. No concibe que deba tener más importancia para un crítico lo que un autor diga de su obra que lo que la obra misma diga del autor. Y por igual razón considera que cuando la obra es la que constituye el verdadero y auténtico valor del que la produjo, es ella la que debe ser estudiada para llegar hasta el artífice por mediación de la misma. Ya lo dijo Cristo: "Por sus frutos los conoceréis".

Se da demasiada importancia a lo que ha de explicar de la cosa hecha el que la hizo, y a lo que el pensador tenga que informar sobre las circunstancias de su pensamiento. Hay la costumbre de querer saber lo que un gran artista piensa de su propio arte. Pero como el objeto artístico viene a ser la palabra misma del artista, está demás la opinión propia acerca de la propia obra. Tal cosa equivaldría a una autocrítica.

El autor no puede ser el mejor analizador de su obra. Obedece a un procedimiento más intuitivo que científico. El tipo de los grandes sembradores de la historia con lo grande que producen con sentido histórico profundo, actúa casi siempre por la chispa genial creadora que no está sujeta a patrón científico especial ni a una matemática de la acción, y por tanto difícilmente explicable por vía de interrogatorio.

“¿Para qué preguntarme del porqué de cosas que yo hago y de las cuales no me interesa hablar? Que hablen los otros de ellas”. “A mí debe interesarme más saber lo que los otros dicen de las cosas que yo he hecho que a ellos lo que yo pueda decir de dichas cosas”, decía una vez. Por otra parte, ningún gran hombre de acción es grande en la explicación de sus métodos y procedimientos de lucha.

A otros corresponde observar el carácter, perfil y modos de desenvolvimiento de la capacidad creativa y ejecutoria.

Tiene, pues, fundamento, la razón de ser de Trujillo al no querer ser interrogado acerca de lo que ha realizado. Se puede explorar, sí, en la vivisección psicológica de las frases espontáneas de los grandes hombres, el elemento anímico para deducir temperamento y carácter de esos hombres; mas no provocar frases que emanen de preguntas. Hasta cuando el fin es estrictamente biográfico se debe ser mesurado y prudente en preguntar, porque el interrogado no siempre dice lo que verdaderamente siente frente a un analizador de vidas.

Yo no he trabado diálogo con Trujillo para esta biografía. Lo he fotografiado con lente literaria desde ángulos de enfoque disimulado y discreto. Posiblemente no ha pasado para él inadvertido este procedimiento, y lo ha tolerado aparentando ignorarlo.

El concepto de la amistad en relación con su política.

*El concepto de la amistad en
relación con su política*

Otro asunto de capital interés en el estudio de Trujillo es el concepto de la amistad en relación con su política. En este punto se observa una de las modalidades más dignas de aprecio en el gran hombre que ocupa mi atención en el presente estudio crítico de su personalidad.

Los políticos dominicanos anteriores a él, sin exceptuar ninguno, gobernaban con sus amigos. Había para ellos dos clases de amigos: los que lo eran independientemente de la política, por simples relaciones de afecto personal, y los que además de serlo de ese modo, lo eran también por vínculos políticos. En el primer caso, el concepto de amistad no desaparecía por la circunstancia de hallarse en opuestos partidos los ligados por ese sentimiento, y así, un miembro del partido en el Poder podía prestarle determinados servicios, incluso el de poner en libertad a otro de un partido contrario que

fuera encarcelado por circunstancias políticas de tipo subversivo, “sirviéndole de garantía”, como solía decirse entonces.

En el segundo caso, el amigo gozaba de verdadero privilegio para obtener ventajas en perjuicio de sus enemigos políticos, que eran los del partido contrario, o en perjuicio de los intereses públicos. Y se le toleraban faltas contra el orden social, porque no las cometía contra el orden político, de carácter amoroso unas, de carácter general las otras.

Con Trujillo ha surgido un nuevo concepto de la amistad en relación con la política. El también ha gobernado con sus amigos. Pero ¿quiénes son los amigos de Trujillo en política? Son los que como funcionarios públicos o empleados de la Administración prestan servicios oficiales con escrupulosa sujeción a la ley; los que contribuyen por todos los medios posibles al prestigio de su Era de reconstrucción nacional. Y lo son, por igual, los que, sin desempeñar cargos políticos ni administrativos, hacen vida de trabajo y son factores de riqueza.

El amigo sin la fidelidad debida a los intereses del Estado, no es su amigo. El amigo que sólo lo es para sacar provecho material de su amistad, tampoco es su amigo.

Trujillo trabajador como estadista viene de Trujillo trabajador como hombre. La calidad del hombre de Estado se afinca en el estado de esa calidad suya como hombre. Trabajó como simple ciudadano; amó la tierra y la sembró cuando el Poder no se le había manifestado en sueño lisonjero siquiera, y de esa madera de trabajador tenía que salir la gran figura de estadista llamado a triunfar con tan buena base de hombre. Por eso el trabajo es piedra angular de su política, y dentro de esa ideología propia tenía que considerar al hombre de trabajo como su mejor amigo. Tal concepción de la amistad en el orden político es nueva en el País.

El significado de la amistad para con él, así entendida y observada, nace precisamente de la subordinación de su vida a la Patria. La Patria lo es todo para él, y siendo así, un amigo suyo que anteponga el “vivir de la Patria” al “vivir por la Patria o para la Patria”, buscando en una posición oficial el medio práctico de lograrlo, no es patriota, y por consiguiente, no es su amigo. He ahí la razón de su incompatibilidad con el empleismo amoldado a tal conveniencia sin afinidad moral con la conciencia de patria.

Los amigos políticos de ayer, que lo eran de su jefe presidencial por la facilidad que les brindaba

para enriquecerse a costa de la Patria, vivieron su época y pasaron con su época. Ahora hay más facilidades de enriquecimiento que en el funesto ayer de la República, pero no a expensas del patrimonio cívico de las generaciones, ni a costa de la dignidad nacional, sino mediante el trabajo dignificador.

Nadie que sepa historia dominicana puede negar que los sucesivos empréstitos de nuestros gobiernos del pasado servían más para enriquecer al tipo de amigos políticos que vivían de la Patria, que a la Patria misma. El terreno político de entonces era demasiado permeable para las filtraciones, que luego aparecían como los árboles solitarios entre la inmensidad de las yerbas. Los ricos eran contados y los pobres incontables, lo natural en un país tan rico de compromisos económicos como pobre de economía, como fué el nuestro en la amargura de su ayer. Pero no es mi propósito pormenorizar, sino sintetizar. Queden los detalles para fines de documentación y de comprobación. Trujillo se propuso reconstruirlo todo con los propios recursos del medio. Él vió la riqueza de éste dormida, rezagada, y comprendió que todo se reducía al cambio de sistema y de métodos con la adopción de una política de trabajo mediante la cual se laborara la riqueza

del País, se le independizara del capital exótico, con el restablecimiento de su independencia financiera mermada por el control extraño en un amplio sector de sus ingresos, se cancelara su deuda externa e interna, se creara moneda propia, organización bancaria y similares actividades del ramo, y se revolucionara la vida nacional del modo en que hoy aparece con asombro de los que no esperaban dentro del País y fuera de él una transformación tan sorprendente de orden político, económico, intelectual y social.

Trujillo y el trabajo

Trujillo y el trabajo

En su vivo afán de emplear el mayor tiempo posible en el trabajo para adelantar en la gran obra que se propuso realizar en la medida en que ésta era reclamada por la capacidad de acción proporcional a la magnitud de cuanto había que hacer para recuperar en buena parte el largo tiempo perdido anteriormente por el desgobierno y el revolucionismo constantes en que se vivía, consideró Trujillo necesario reducir todo lo más que se pudiera el número de los días festivos anuales, y así se hizo.

A muchos nacidos y formados en el ambiente religioso que consagró el respeto a los días de guardar, érales bien duro romper con la tradicional costumbre de no quebrantar los días de precepto mantenidos rigurosamente por la fe católica de nuestro pueblo; pero Trujillo, nacido y formado también en ese clima de religiosidad, pensó que ante la imperiosa necesidad de trabajar en grado

máximo para salvar la Patria de la penosa condición económica en que se hallaba, y su convencimiento de que los días de fiesta eran generalmente utilizados más en diversiones poco compatibles con la moral católica que en esparcimientos propicios al bienestar físico y moral de los dominicanos, no tuvo la menor duda de la doble conveniencia material y espiritual que para nuestro pueblo tendría dicha reducción a fin de poder trabajar más en armonía con el plan general intensivo trazado por él.

Su mira patriótica era la de hacer de nuestro país una verdadera nación que, aprovechándose de la cuantiosa riqueza latente que ofrecían el suelo y el subsuelo para su debida explotación, se llegase a fomentar la riqueza nativa. Las trabas impuestas por convenciones lesivas de nuestra autonomía financiera, y que tenían al País maniatado al capital exótico, desaparecerían en tiempo relativamente corto con una mejor utilización del tiempo. El acierto de Trujillo en sus elevados puntos de vista como estadista extraordinario con la adopción de tales providencias, se reveló bien pronto cuando aparecieron los primeros resultados.

Había sendos días festivos en honra de los Padres de la Patria, Duarte, Sánchez y Mella, y se refundieron los tres en uno. Los tres días consa-

grados a esa trinidad patriótica eran los de sus correspondientes natalicios, 26 de enero, 9 de marzo y 25 de febrero, respectivamente, y para la conversión de esa trinidad en unidad aniversaria se escogió el 16 de julio, fecha conmemorativa de la fundación de la Sociedad Patriótica Secreta La Trinitaria, establecida el 16 de julio de 1838, y destinada a restaurar nuestra patria, invadida y sometida a poco de creada.

Con tal medida legislativa de refundición de tres fechas históricas en una sola, se lograron dos cosas: celebrar de consuno el nacimiento de La Trinitaria y los nacimientos de los referidos próceres. Tal disposición legal duró desde 1937, por Ley del 13 de abril de dicho año, hasta 1943, en que volvieron a celebrarse los aniversarios de los tres Padres de la Patria en sus correspondientes fechas natalicias por considerarse más propio hacerlo así, pero con el carácter de días conmemorativos, no festivos, y fué en 1948, por Ley del 14 de febrero de dicho año, cuando el Día de Duarte se declaró festivo, por ser Duarte, de los tres, el apóstol de la causa libertadora. Las otras dos fechas quedaron como conmemorativas solamente, aunque celebradas las tres con igual solemnidad, todo en interés de la gran cruzada de trabajo que fué en la mente

de Trujillo un paso trascendente hacia la formación de la riqueza vernácula y el restablecimiento de nuestra independencia financiera.

Otro día despojado de su condición de festivo para caer en la de laborable, fué el 6 de enero, Día de los Reyes Magos. La expresa voluntad de Trujillo a este respecto se tuvo muy en cuenta en la reforma que se hizo a la Ley por medio de la cual se crearon los días de fiestas anuales; pero como la naturaleza de este día sancionado por el derecho consuetudinario universal como colendo ofrecía, al propósito de su exclusión como feriado, la más natural, arraigada y espontánea disposición a la alegría, y la infancia, echada a la calle en la más franca manifestación de cuanto hay en ella de imperioso, que es el colorido esencial de su vida en capullo, hacía el trabajo casi imposible en ese día, el gran reformador aconsejó entonces se excluyera el 6 de enero del rigor de la medida adoptada. Todos somos niños en esa fecha, —pensó Trujillo— y le devolvió a la infancia lo que nada ni nadie puede arrebatarse: el gobierno de este día tradicional del dios niño. La infancia manda más en él que en los demás del salterio cronológico. Es la cuenta mayor y más hermosa en el rosario del año. Trujillo, que tan trascendental importancia ha concedido al niño en su Política de

Trabajo, no sólo se avino a que no se despojara tal día de su característica esencial, sino que inició la ley que señala el 23 de diciembre, víspera de Navidad, como Día del Niño.

Su celo a este respecto, celo de trabajador disciplinado en la utilización del tiempo para la lucha fecunda por la riqueza nacional, fué causa de que no consintiera que su día natalicio y onomástico se declarase festivo y, por tanto, no laborable. Cuando se enteró de que había una moción tendiente a esa finalidad, lista para ser presentada en la primera oportunidad legislativa, apresuróse a manifestar al autor de la misma y a los legisladores que la apoyarían, su disconformidad con ella, su ruego de que no se propusiera y su reconocimiento por tan gentil propósito.

Entonces, el grupo sustentador de la idea, y con él la generalidad parlamentaria, ingeniáronse para deferir a la demanda de súplica sin menoscabo del intento. La moción, aparentemente abandonada, se formuló sin que Trujillo apareciera como el motivo de ella. Interesante es el asunto. Había sido creado, o estaba por crearse, —no lo recuerdo exactamente— el Día de la Bandera, y también el de las Naciones Unidas. No podría dejar de ser festivo dicho día consagrado al símbolo nacional y

a la entidad internacional de referencia, y consistió la moción en reunir ambas finalidades en una misma fecha y que ésta fuera el 24 de octubre de cada año, día en que nació el ilustre dominicano, y también la del santo de su nombre. De ese ingenioso modo se logró que fuera festivo dicho día.

Ya, en grado superior de desarrollo agropecuario, industrial y comercial el País, y en vigencia el Concordato de la República con el Vaticano, han readquirido su carácter festivo todos aquellos días de precepto que no figuraban oficialmente como feriados, y Trujillo ya puede sonreír satisfecho de que su medida de ahorro cronológico no es ya tan necesaria, porque hay ahora riqueza nacional, con el País en gran florecimiento económico y en completa liberación financiera, dueño de una economía propia hecha por sí mismo, al amparo de la singular Política de Trabajo, sin antecedente histórico universal, mediante la cual ha sido posible, en solo veinticinco años, lo que no se había realizado en los ochentiséis anteriores de vida independiente con los dos pequeños eclipses de ella, que sufrimos, de tres años y de ocho, respectivamente.

Toda la Era de Trujillo está tocada de ese aliento de economía. El trabajo en Trujillo es la primera manifestación de Patria, el primer elemen-

to de Derecho, de tal modo visto y sentido como tales por el gran estadista, que cierta vez, desviando modesta e inteligentemente la expresión encarecedora que de Padre de la Patria Nueva se le hizo, respondió con bella y ágil frase: "No, el Padre de esta Nueva Patria es el Trabajo. Sin él no fuera ella libre ni próspera". Fué una evasiva ingeniosa de quien, real y efectivamente, es un nuevo Padre de la Patria, por más empeño que pusiera en no parecerlo.

Demostración inequívoca de su pasión excepcional por el trabajo la ofrece Trujillo en su actividad sin exclusión de domingos y demás días feriados del año, que lo convierten en un laborioso incorregible.

En la Capital de la República su oficina de Palacio no conoce tregua sino cuando él está ausente de la ciudad; pero viene a ser igual, no para su oficina de Palacio, que en realidad descansa, sino para su oficina tomada en sentido general, pues cuando viaja la lleva consigo. Se le ha visto durante la mañana inaugurar una obra pública en determinada provincia y en la tarde estar ya en otra provincia en similar gestión o estudio de alguna explotación de riqueza nacional.

Su energía en ese punto es casi única. En las Navidades de 1954 salió de una fiesta a avanzada hora de la noche, y el amanecer del día siguiente lo sorprendió en su Despacho palaciego.

Se comprende que el afán de lucha es un incentivo de placer, y que de ese modo el placer mismo del trabajo convierte, como por magia de la voluntad superior, en este caso específico de Trujillo, en festivos todos sus días de trabajo. Es una interpretación psicológica de su fiebre de laboriosidad. No es explicable de otro modo esta incurable ansia de ser activo, propia de temperamentos como el suyo en pareja con el nerviosismo brutal del que no pueden redimirse los genios en cualquiera suerte de escalas en que se los mire.

Y lo más curioso del caso de anormalidad del esfuerzo creador en su órbita genial es que en este linaje de sujetos extraordinarios que el mundo no prodiga, lo que se ve como anormal en ellos en su normalidad por excelencia. De ahí lo infatigable de estos seres privilegiados de la vida y de la Historia. Están hechos de una pasta humana a prueba de roces y dificultades, y el obstáculo natural contrapuesto a toda fuerza superior es su mejor espuela de combate.

Pero hay algo todavía más particularmente notable y sugestivo en este espécimen de luchadores nacidos y formados para vérselas con muchedumbres, y es que siendo, como son, los más inquietos personajes del mundo, constantemente en actitud de batalla, con su energía como corcel impetuoso, son los grandes servidores de la paz.

Trujillo y la riqueza.— Trujillo y la dádiva.—
Trujillo y el perdón.

Trujillo y la riqueza

Importa mucho ahora hablar de Trujillo y la riqueza. Trujillo, que es un trabajador y propulsor de riqueza, se ha hecho rico. Era lo natural. Hay quienes lo hayan atacado por serlo. Fatal ideología basada en una escrupulosidad mal entendida es la de que el gobernante debe ser pobre. Un Trujillo con esa mentalidad no habría hecho de un país de escaso desarrollo como era el nuestro antes de 1930, un país de considerable desarrollo como es hoy. El presupuesto nacional, que apenas llegó hasta entonces a unos siete millones, se ha elevado, por obra de la política de Trujillo, a más de cien millones.

En un país donde casi todo estaba por hacerse, con una economía rudimentaria, una explotación de sus recursos naturales de vida poco menos que nula, y el industrialismo en pañales, el llamado a sacarlo de ese miserable estado de pobreza y simplicismo de medios de acción en que se hallaba, no

podía ser un hombre con mentalidad estrecha de trabajo y reacio a tener riqueza propia por temor de aparecer como quien se sirviera del Poder en beneficio de sus particulares intereses. No podía ser ese hombre un desentendido de su bienestar, que mal puede interesarse, con esos melindres, en el bienestar de su pueblo y de su patria. Tenía que ser un amante de la prosperidad del todo sin excluirse él como parte; un consagrado a servirle a la Nación, pero sin sacrificio de sí mismo para los efectos de ese servicio; que empezara por lo económico, base de lo político, lo intelectual y lo social.

El que no ha ensayado economía partiendo de sí mismo, no puede ser buen economista de la Nación desde el Poder. Renunciar a tener, por orgullo tonto de pobreza, es tan perjudicial al que lo observa como la avaricia, que es esclavizante. En uno u otro extremo el gobernante es incapaz de hacer la prosperidad de un Estado porque no podría ser un estadista, por pobreza de oficio o por avaricia profesional.

El objetivo de Trujillo, claro está, fué el País y no él en su ideario de prosperidad como hombre de Estado; pero no por eso era razonable su castración económica, que le hubiera matado la virilidad necesaria para ser un progenitor de riqueza patria.

Fué al Poder con capital propio, y como no dejó de trabajar como creador de riqueza propia mientras fomentaba la riqueza pública, su riqueza no podía quedarse estacionada y se acrecentó en beneficio de la economía nacional.

Pero Trujillo no ha buscado riqueza con sentido de capitalismo hecho a costa de la miseria explotada por ambición de lucro. Recientemente desprendióse de más de un millón de tareas de tierra propia para que otros la tuviesen. Las cedía en forma increíble para quien no haya sido testigo ocular de esta verdad o no conozca su psicología. Sin más garantía que el propósito de trabajar esas tierras traspasadas a ellos, los nuevos propietarios recibieronlas de manos de Trujillo, que se las entregó con los títulos de propiedad correspondientes, en rasgo de ejemplar desprendimiento. Y no sólo tierras, sino también equipos de labranza, animales de servicio y forma de pago inmensamente ventajosa. Tenía empeño marcadísimo de multiplicar propietarios hasta el punto en que los que trabajen en suelo ajeno como peones, lo hagan con la esperanza de llegar a propietarios de tierras también dentro de un estado de amplitud de títulos de propiedad al que yo llamé —enjuiciando la política de Trujillo— comunidad sin comunismo.

Y esta elevada condición de querer riqueza dividida, diseminada y generalizada entre el mayor número posible de personas, para que responda a un alto fin social, es uno de los más grandes fines del hombre extraordinario que he enfocado a doble lente de biografía y de historia.

Trujillo y la dádiva

Otra característica personalísima de Trujillo es adelantarse, por propia decisión espontánea, a la petición; sorprender con la ayuda no solicitada y con el socorro no pedido. Le encanta ser oportuno en el favor a la necesidad temerosa del reclamo, porque evidentemente que el que da sin que el necesitado se allane a lo triste de toda petición, hace un doble bien con la dádiva. La ayuda que se ofrece respondiendo a una demanda es noble, y como noble, bella; pero la ayuda que se ofrece sin necesidad de demanda es sublime, porque además de ser ayuda, es premio al silencio virtuoso de la necesidad. Algunos llaman orgullo a este silencio, pero no lo es. A menudo se confunde el orgullo con la dignidad. Tampoco es censurable que el necesitado de un favor por circunstancia imperativa, lo pida.

El mayor placer de Trujillo es dar, y da mejor por impulso propio, según lo hemos apuntado, que

mediante solicitud. Como consecuencia de esta característica personal, los obreros dominicanos obtuvieron barrios de mejoramiento social con dispensarios, hospitales, escuelas, clubes, guarderías infantiles, teatros, campos de deportes y otras necesidades similares, sin que ellos tuvieran que reclamarlos en periódicos, mítines y demás formas de campañas sociales. La mujer dominicana tampoco tuvo, como las sufragistas de diversos países, que echarse a la calle en lucha franca en favor de sus derechos. Trujillo la sorprendió con la reforma constitucional que hizo posible su igualdad política con el hombre y casi su igualdad civil también, para no citar más que dos casos de los muchos en que él se ha adelantado a su pueblo en lo que el pueblo generalmente reclama de los gobiernos en no pocas naciones.

En Trujillo hay, entre otros signos propios y característicos de la hombría, el de no querer hombrarse con nadie, que es, bien mirada, la verdadera y única razón de la personalidad. No copia de nadie: no le interesa parecerse a nadie. En todo lo de él hay que verlo a él, porque él y sólo él se manifiesta y brilla en todas sus acciones, en todos sus modos de sentir y de pensar. Por consiguiente, no toma de ninguno de los grandes de la vida y de la

historia posturas que adoptar ni normas que imitar. Y como en todo sigue las directrices de su temperamento e idiosincracia, y le sale todo a la medida de su inteligencia, voluntad y carácter, ofrece al campo del humano estudio un valor personal tan grande y tan suyo, que difícilmente aparecen en Trujillo trazas de ningún otro ente superior que no sea Trujillo mismo en presencia y en esencia.

Yo lo he comprobado sin esfuerzo en el examen de su estructura anímica. Desde 1930, en que se inició en la vida pública, hasta el presente año de 1955, en que ha dado a su país una trascendental obra política, no ha cambiado de procedimientos. Lo que dijo ayer está vibrando hoy en toda su perdurable integridad. Por su ayer habla su hoy. Es el mismo de siempre. No ha necesitado, como algunos hombres colocados en circunstancias especiales de vida frente a su patria y al mundo, ser rehecho, porque el factor hombre, en él invariable, ha dado un estadista que en nada ha necesitado ser corregido y mejorado, ya que desde el principio de su carrera de hombre público todo ha seguido desenvolviéndose con sujeción a un perfil original definitivo.

La prueba más concluyente de la unidad de sentido moral de todos sus actos como hombre su-

perior, y de todas sus obras como político excepcional, es el hecho de que cuando se produce algún suceso de la clase de los que él haya condenado o reprobado muchos años antes como gobernante, en vez de escribir de nuevo sobre el caso, recurre a la reproducción de lo que tenía escrito y publicado acerca de lo mismo. Muchas han sido las veces que, en presencia de acontecimientos censurados en los primeros tiempos de la Era que lleva su ilustre apellido, ha ordenado reinsertar lo que hizo público en la prensa en la primera ocasión de haber lanzado frases condenatorias del mal que de nuevo se presenta con asombro de su espíritu.

Es que Trujillo es del tipo de hombre de más seguras líneas generales de desenvolvimiento político y social. Por lo común enmienda detalles de sus disposiciones anteriores —no las disposiciones mismas— dictadas con tan profundo conocimiento del medio ambiente y de la psicología de su pueblo, que difícilmente se equivoca en trazar normas de gobierno o en recomendar que sean trazadas.

Trujillo y el perdón

Si hay un hombre desarmado de rencor en la vida y hecho a perdonar agravios, es Trujillo. No sé

de nadie que le aventaje en el olvido de la ofensa y en la aptitud para el perdón.

El fundamento de tan fina disposición a la indulgencia está en su inmenso amor patrio, que es parte importantísima de su grande amor a América, el cual es a su vez porción de un más amplio amor de jurisdicción universal.

¡Y, claro! quién como él se debe más a ese amor reflejado en su pueblo, fraterno del que profesa a América y sobrepasa las fronteras americanas hasta abarcar el mundo, no puede estimarse a sí mismo más que a lo fundamental a que se halla íntegramente consagrado. Obsérvese que semejante cualidad propia de su temperamento aparece conciliada con la poderosa energía y celeridad con que cae implacablemente sobre sus enemigos conjurados para destruirlo. Es el hombre fuerte que, en el momento de defender la paz, el orden y todo cuanto constituye el patrimonio moral de las generaciones, que es la Patria, actúa con toda la fuerza que la custodia de esos atributos requiere y el deber y la responsabilidad de esa misma custodia reclama. Mas, una vez logrado el éxito de la defensa y restablecido el equilibrio constitucional, reaparece en él su disposición a perdonar a los vencidos, presto

a tenderles puente de salvación sobre el abismo que de él los separa.

Y es que Trujillo no conoce el odio, como tampoco el miedo. De haber albergado el odio no se hubiera allanado tantas veces al perdón; y de haber sentido miedo en circunstancias embarazosas, no hubiera concertado entrevistas con sus contrarios en la villa de Valverde, completamente solo, ni en una zona rural de la provincia de Santiago, solo también frente a un aguerrido hombre de armas.

Valiente y generoso al mismo tiempo, ninguno más enérgico y resuelto en los instantes de peligro en que se juega la vida con pasmo del adversario. Indulgencia y valentía han hecho par en la vida. De la misma parentela psicológica una y otra, en todo ser inclinado a perdonar hay un valor acrisolado a toda prueba. El odio es generalmente tímido. De timidez y de debilidad están saturados muchos crímenes. El odio no es piadoso, hecho más para la curva y el repliegue que para la recta en campo abierto.

El político medroso y receloso no perdona a su enemigo. Se lo quita de en medio repitiendo la sentencia vulgar "se acabó el perro, se acabó la rabia". Pero el fuerte de espíritu y de naturaleza, el confiado en sí mismo a toda hora, no cree indis-

pensable sacrificar al contrario, al que no quita la vida ni la libertad. Entiende que —según bien conocida filosofía popular— “el traidor se traiciona a sí mismo” preso en las redes que su obstinada mala fe le ha tendido.

Su inclinación formal hacia el perdón como hombre de gobierno le viene de sus sentimientos cristianos. Bebió sentido cristiano en el seno materno y vió liberalidad de corazón en su tronco paterno. Estas primeras luces hallaron su tierna alma dispuesta a ser indulgente. Su afición a perdonar, cualidad resaltante de su temperamento, es especialmente de orden atávico. Su abuelo paterno, don José Trujillo y Monagas, Segundo Jefe de la Policía de Gobierno de La Habana, enviado a Cuba en 1866 para frenar la delincuencia que llegó a ser alarmante, era un español de gran energía, pero hecho a perdonar, como lo atestigua el libro “Los Criminales de Cuba”, del que tomé datos comprobatorios.

¡Y con cuánto regocijo practicaba Trujillo desde su niñez esta condición temperamental, gemela de su afición al perdón: su cuidado de personas y de animales! Cerdo mal amarrado a punto de ser ahorcado por la cuerda; ave enredada en la maraña o niño a punto de ahogarse, tenían en él un salvador. No vacilaba en el riesgo que corría

evitando el que otros solían correr. Ese amor a la defensa de los demás sin apego a la propia defensa; de subordinación de su individualidad a la colectividad, fueron, en Trujillo niño, un puntal en firme de Trujillo hombre, y en éste, a su vez, el puntal del gran revolucionario y constructor que respira atmósfera pública, que vale un pueblo-hombre a fuerza de ser hombre consagrado al bien y a la felicidad de su pueblo, y por extensión, al bien y a la felicidad de otros pueblos.

He ahí por qué le mueve a liberalidad la necesidad ajena, por qué trata de remediar sufrimientos sin darle valor de hazaña a su condición de desprendido, sino de simple imperativo de deber.

El deber no es heroico ni glorioso, sino obligatorio. El bien hecho por deber de bondad no humilla al que lo recibe. “El Estado no es institución de beneficencia pública, sino de asistencia pública” —ha dicho muchas veces Trujillo— y de ahí la altura a que han venido a parar los ramos de salud y de asistencia pública en el País. No da limosnas el Estado, sino cumple la obligación moral de impedir que haya pordioseros; evita la caridad profesionalizada y la mendicidad de oficio; le interesa la riqueza individual con misión de colaboración social

y la riqueza general que da salud y vida a una nación productora de lo necesario para deberse a sí misma sin tener que buscar fuera de sus límites lo que puede y debe procurarse dentro de ellos: una nación apta para el intercambio de producción y de valores, respetada por la personalidad nacional que se ha creado y admitida universalmente por su posición ejemplar en la vida internacional.

**Política de puertas abiertas y de tierra acogedora
para los sin patrias y los acosados de las suyas.**

*Política de puertas abiertas y de tierra acogedora
para los sin patrias y los acosados de las suyas*

La tierra dominicana se da maternalmente a los propios, como suyos que son, y a los extraños a quienes prohija porque a ella vienen acosados de otras tierras. Y esta tierra nuestra que no es su tierra nativa, allánase a ser su tierra adoptiva.

Siempre fué así la tierra dominicana, pero nunca como cuando, resumiendo en uno de sus hijos toda la fuerza de su hospitalidad, se ha proverbializado su nombre unido al de esa virtud, y así se dice: "La hospitalaria tierra dominicana".

La segunda guerra mundial echó fuera de los límites geográficos germanos a gran número de hebreos. Erradicados de la tierra teutona, duro peregrinaje fué el de ellos en una amarga sucesión de llegadas a diversos países, y otra sucesión más amarga aún, de puertas cerradas frente a ellos.

Ante el éxodo obligado por rutas marítimas y el cordónaje separatorio inflexible en casi todos los

puertos, los Estados Unidos convocaron a la histórica Conferencia de Evian, Francia, para afrontar la grave situación. Era un llamado a la hospitalidad internacional, mientras aguardaban impacientes millones de seres de aquella raza despatriada, arrojada a los vientos de las vicisitudes en nombre de una pretendida superioridad étnica, raza perseguida no sólo por tan feroz prejuicio, sino por la jauría lobezna del hambre y por todas las rapiñas de la miseria.

Sometida a la consideración de las naciones representadas en aquella Conferencia el problema de la necesidad de refugio para los que llegaron a pensar que se les negaba el derecho de pertenecer, no ya a una porción determinada del mundo, sino al mundo todo, una voz firme, serena y responsable se dejó oír en aquel ambiente. Era la voz de un pequeño país de la América insular. "Podemos recibir hasta 100,000 personas en calidad de refugiados, con buena tierra donde trabajar y los recursos necesarios para radicarse en ella". Era la voz de la República Dominicana, presidida a la sazón por el Generalísimo Trujillo. Esta voz fué la única que vibró en aquel ambiente donde se hallaban reunidos los representantes de treinta y dos naciones.

Ante munificencia tan espontánea fué posible crear el Comité Intergubernamental para Refugiados, la presidencia del cual asumió el Conde Winter-ton, de la Gran Bretaña, y su secretaria, Stephanus Van Cortlandt Morris, de Norteamérica. La Refugee Economic Corporation de Nueva York hizo posible, previo estudio de las condiciones requeridas para viabilizar la inmigración a tierra dominicana, el arribo a dicha tierra de buena parte de estos hebreos de aficiones agrarias que bajo la dirección técnica de expertos norteamericanos en la materia, que proveyó el Gobierno de los Estados Unidos, constituyen la Colonia de Refugiados de Sosúa. Es tal colonia dechado de organizaciones de su clase y exponente magnífico de una política expansionista de proyecciones mundiales, según la cual la República Dominicana no sólo existe en provecho exclusivo de los nacidos en su suelo, amparados por el derecho de ciudadanía, sino también para brindar, por principio de humanidad, oportunidades de vivir en ella y de prosperar al favor de sus leyes garantizadoras de vidas e intereses, a los que, sin esa providencia de puerta franca para las víctimas de prejuicios raciales, hubieran perecido a consecuencia de las más duras privaciones. Si antes que Trujillo no eran propias del nativo ambiente la

xenofobia ni las prevenciones de raza, lengua y religión, menos lo son desde que él, con amplio sentimiento cristiano, antepone la conveniencia general a su particular conveniencia, y el patrio interés a sus particulares intereses. Así, el sello peculiar de país hospitalario con que el nuestro se distingue, se ha hecho más resaltante en su línea gracias a tan singular modo de ser del hombre que ha abrazado el poder público con espíritu abierto a todas las necesidades comunes y ansias colectivas que hacen del proceder político sólida columna sobre la que descansa el bienestar social.

Consecuente con esta condición privativa de su temperamento, puede asegurarse de Trujillo que ningún otro gozo le procura satisfacciones más íntimas y efusivas que el remedio del ajeno mal, el alivio de toda extraña angustia, con mayor interés moral en devolver el íntimo sosiego a los necesitados de recobrarlo en las circunstancias en que, por secreto temor de ponerlo al desnudo para mover a compasión, se le soporta en silencio y se le sufre con decoro.

La generalidad sabe de esta mina de sentimiento y de delicadeza virtuosa cuando el oro desprendido de ella se manifiesta por revelación del punto mismo a donde ha ido a parar y no del punto

inicial en la cantera. Lo que se cuele hacia la publicidad se produce de esta guisa o como cuando, por la magnitud del bien ofrecido, lo advierte el ojo cazador de las noticias de que se alimenta a diario el periódico. Hay considerable cantidad de auxilios que Trujillo hace llegar a los que no se atreven a demandárselos. La necesidad callada, resignada, estoica, le excita a su satisfacción. Si acalla menesteres confesados, con más esmero aún los inconfesos. Esa timidez de reclamo, ese ahorro de palabras en solicitudes ahogadas en la dignidad de su silencio, le seducen. Desde niño era así. Gustábale adivinar sufrimientos para improvisar resarcimientos. A menudo su infancia intimidó con orfandades prematuras en que su tierna mano fué elástica de bondad con infelices muchachos de su pueblo. La piedad apuntada en sus primeros años lo llevó en ritmo ascendente hasta la filantropía.

No creo que nadie con una alta misión humana que cumplir en la dirección de los destinos públicos puede aventajarle en la elevada tarea que se ha impuesto al frente de su pueblo para salvarle de la larga crisis en que vivía, y en la no menos alta de extender su mira y dilatar su acción a más amplia esfera de lucha con una vocación de servidor de todas las causas que propenden al bien universal.

De pies en ese empeño generoso sin fronteras limitativas le he visto siempre, dotado de un sentido de mundo en ningún momento rebajado de su categoría superior. Por eso pudo proferir, con sinceridad de convicción acerca del problema de seres sin patrias o acosados de las suyas, estas palabras inmortales: “En 1938, cuando el mundo corría el riesgo de caer bajo la férula de Hitler, presenté el peligro que representaba el nazismo, origen del ofrecimiento que hice entonces, a nombre de la República Dominicana, de abrir las puertas de este país a las personas que lograron escapar de las garras de los nazis. Movidó por el mismo propósito, mi país brindó refugio el año pasado a los alemanes que pudieron atravesar la Cortina de Hierro”.

“Hoy en día, los prisioneros de guerra de la Corea del Norte que repudian al comunismo necesitan asilo. Una vez más tócame el privilegio de abrirles nuestras puertas a nombre de la República Dominicana”.

“¿Qué piensa hacer la Organización de las Naciones Unidas? ¿Cuáles son los planes de las naciones del Hemisferio Occidental? Nuestro Mundo Occidental está poco poblado. Los buenos ciudadanos son la mayor riqueza de una nación, mejor

que el oro, que el hierro o el petróleo. La política dominicana de puertas abiertas ha producido frutos. Los refugiados que encontraron amparo aquí son ahora ciudadanos de esta república. Han contribuído a la fortaleza de nuestro país. ¡Que el Mundo Occidental tome nota de esto!"

Estas conmovedoras palabras, la emoción de las cuales las da el hondo sentimiento de que están animadas y la realidad de fe y de amor que ellas encierran, responden, como todas las suyas en este punto culminante de su política creadora, al carácter universalista de la misma. Trujillo es, en la actualidad dramática que vivimos, el tipo de hombre acaso con mayor dosis de interés colectivo puesto en acción. Pruébalo, entre otros hechos, el de haberse interesado —a raíz del triunfo de la revolución guatemalteca encabezada por el Coronel Castillo Armas, que derrocó al régimen de estructura comunista de Jacobo Arbenz, en que muchedumbre de exilados ocupaba embajadas y legaciones de la capital de Guatemala— en ofrecer refugio en tierra dominicana a cuantos de ellos quisieran acogerse a nuestro amparo. El texto del cable dirigido al entonces jefe de la Junta Militar, por el Generalísimo desde alta mar a bordo de su yate Presidente Trujillo, reza: "El Gobierno Dominicano, deseoso

de cooperar con el de Vuestra Excelencia para la solución del problema de los asilados, ofrece hospitalidad a las personas que deseen venir a la República Dominicana, sin tomar en consideración su credo político. Cualquier comunista aquí abandonaría esa doctrina disolvente de la sociedad y la familia después de contemplar el ejemplo de un gobierno formado al calor de la unidad nacional reñido con doctrinas que, como la del comunismo, disgregan la familia y el espíritu cristiano tradicional de nuestros pueblos. Estoy en alta mar, de regreso a mi país. Formulo mis mejores votos por la seguridad de vuestro gobierno y por la prosperidad del noble pueblo guatemalteco”.

Se recordará que los gobiernos de Juan José Arévalo y del referido Jacobo Arbenz Guzmán, de hechura roja y en conexión con la política de Moscú, patrocinaron movimientos subversivos contra el Gobierno del Presidente Trujillo, y que el primero de ellos financió la expedición armada organizada en Guatemala para invadir a la República Dominicana, y de la cual fué parte la pequeña fuerza aérea que sorpresivamente penetró por la villa norteña de Luperón, donde fué apresada por fuerzas del Ejército Nacional, y juzgados por los tribunales competentes los invasores, dominicanos descarria-

dos unos y extranjeros otros, que el propio Trujillo indultó y devolvió a sus respectivos países extranjeros, previa ley de amnistía que hizo posible la concesión de tan piadosa gracia.

**La viva fe en su pueblo y el símbolo
de la cruz.**

La viva fe en su pueblo y el símbolo de la cruz.

Trujillo es un hombre de fe. Tiene la doble fe que le da energía y perseverancia: la divina, con que confía en Dios, y la humana, con que cree en sí mismo y en el destino de los pueblos.

Toda obra de bien en cualquiera de los órdenes que ella abarca, ha de tener una base divina ya que Dios es la esencia misma de todo bien. Con Dios como base surgió nuestro país. El símbolo cristiano, la cruz, presidió el Descubrimiento de América. Lo primero sembrado en la virgen tierra americana fué la cruz. Con ella se formó nuestro lábaro distintivo de nación. Con ella se abrieron los primeros colegios. Ella apadrinó la ciencia y el arte, señaló rutas, fortaleció peregrinaciones, y con ella surgió nuestro pueblo y se formaron los demás pueblos americanos. En su ideología, Trujillo cree en la necesidad de que todos los pueblos de esta porción hemisférica occidental conserven la característica con que nacieron y se formaron, en vez de apartarse

de ella suponiéndola propia del llamado viejo mundo en contraposición al nuevo, aplicado a América. Y cree en esa necesidad porque, no sólo comprende que no deben desentenderse nuestros pueblos de lo que constituyó la base de su vida, sino que es un error muy generalizado considerar que todo lo llamado del viejo mundo como propio y peculiar de él, es, en rigor, privativo de aquella porción de humanidad y no de toda la humanidad.

Los partidarios de que desde el punto de vista mental debemos los del vecindario americano independizarnos totalmente del resto del mundo en un rabioso afán de ser, como si tal vecindario no fuera parte de un todo universal, sino otro todo con relación a lo que más allá de América existe, propugnan una doctrina de independencia incompatible con la realidad.

Lo que América necesita es no subordinarse ciega y servilmente a determinados patrones de vida que otros medios no americanos se han dado conforme a sus condiciones ambientales, sino a su situación política respecto de la de otros países; a sus propios problemas e intereses, que reclaman determinadas normas de lucha, y a otras circunstancias de particular índole biológica.

Pero pensar que es privativo del viejo mundo lo que hay de general y de común a todos los pueblos, transmitido de unos a otros, y que no interesa conservar lo recibido como patrimonio o herencia, es una apreciación errónea que no se compadece con la razón.

La religión católica y apostólica romana con que nació nuestro pueblo y que influyó tanto en el amor a la libertad con que este país se hizo nación y se organizó en Estado, es algo intrínseco con la patria dominicana, que importa conservar como atributo de ella, y por eso Trujillo, sin mengua del precepto constitucional de la libertad de cultos, recomendó e hizo posible, frente al comunismo, ese retorno de los principios cristianos al seno de la escuela nacional.

La Patria nativa tuvo, puede decirse, como cimiento materno, a la Iglesia. En brazos de Cristo vino ella al mundo, y fiel a su lazo espiritual indisoluble con el Redentor del género humano, la cruz de este “primer mártir del pensamiento libre”, como con justa denominación se le ha llamado, la hizo prenda heráldica de la República, llevándola a su bandera y al escudo de armas, así como a este último en el libro de los Evangelios. Finalmente a tono con todas estas figuras emblemáticas de

sentido cristiano, esplende la palabra Dios presidiendo el lema nacional seguida de las otras dos voces Patria y Libertad.

No es sino razonable que Trujillo quisiera y tratara de hacerlo, como en efecto lo ha logrado, fortalecer la vida nacional con los recursos de todo aquello que fué perdiendo y no se ha recuperado sino en parte por el poco tiempo de establecimiento de lo mismo que hasta ahora lleva de iniciada la tarea renacentista. El servicio cívico religioso de nuestra zona aldeaña con Haití, que es parte importantísima de la colonización fronteriza ponderada como verdadera obra cumbre del genio constructivo del gran estadista dominicano, es otro señalado factor de vivificación espiritual.

Todos estos pasos dados con firmeza de convicción acerca de su utilidad como elementos de preservación social, no han sido sólo dispuestos por la recia voluntad de Trujillo como medidas de exclusivo provecho patrio. Se extienden ellas a más vasto panorama. Son providencias de valor continental, destinadas, como se hallan, a contribuir a lo que debe ser preocupación constante de la gran familia de pueblos americanos: armarse contra el comunismo como enemigo común de todo el occidente democrático. Hoy en día es, tan funesto mal

encarado al mundo entero, y en especial a nuestra América, el mayor problema que confronta la vida panamericana. Ningún otro le supera en urgencias de solución y, sin embargo, no parece que se esté haciendo todo lo necesario para conjurar lo que constituye el más grave peligro existente contra el mundo libre.

Trujillo es, sin duda, el que con mayor claridad de visión y persistente voluntad en detener los vientos del materialismo histórico que ya soplan sobre América, ha dado la consigna de defensa.

La necesidad de armarse contra el comunismo internacional no es sólo de explosivos, únicamente aplicables cuando ruja la tormenta de fuego. Las armas de mayor utilidad del momento han de ser las que sirvan de poderoso fortalecimiento espiritual contra la amenaza imperativa. Hay que robustecer la fe religiosa, la conciencia de los valores cristianos en ese lamentable estado de cosas que supone la existencia de un régimen americano desviado de los principios de la solidaridad panamericana. El comunismo ha llegado a asegurarse ambiente de aclimatación en América y semejante caso constituye un serio problema para el Nuevo Mundo. Trujillo fué el primero en lanzar la advertencia del peligro y también el primero en tomar

en su patria las providencias necesarias, de que se habla en otro capítulo de esta obra. Recomendó que Estados Unidos convocara a una conferencia de cancilleres americanos, precursora de otra de jefes de Estado en la cual se adoptaran acuerdos contra la interferencia moscovita en un sector de nuestro continente, mientras por elevada inspiración suya al Gobierno dominicano presidido por el General Héctor B. Trujillo Molina, se adoptaban las ya referidas disposiciones de dar, como en otro tiempo, sitio de amor al catolicismo en los centros educativos.

Trujillo y la democracia

Trujillo y la Democracia

El sentido de la democracia no hay que buscarlo en la teoría adornada de oratoria que no pasa de un lujo verbal, sino en la verdad, desnuda pero expresiva en su misma desnudez. Trujillo tiene en su favor, como político, una de las condiciones que mejor lo perfilan como estadista: su adaptación a la realidad histórica. Realidad de ese tipo es, en América, la convergencia de todas las sangres étnicamente puras hacia una amalgama racial. Desde el Descubrimiento hasta nuestros días, todo ha ido caminando por un imperativo biológico en derecha de las desintegraciones de tipos fijos y estables obedientes a un llamado de fusión.

Aquí vino Europa con su blanca contribución racial; Asia con la suya de sangre amarilla; Africa con su aporte de raza negra; Oceanía con el suyo de tinte aceitunado, y América aportó también el de sus conjuntos étnicos de las tierras ignoradas y halladas por providencial circunstancia. En Améri-

ca debía hacerse la gran mezcla niveladora. La re-torta estaba en ella. Este fenómeno lo ha tenido muy en cuenta Trujillo en su política social. Ya dijo él que gobernaría con todos los dominicanos, sin distinciones raciales, y donde advierte la menor tendencia a desviarse de esta pauta democrática, recurre al necesario correctivo.

La raza blanca se avino al cruzamiento, a pesar de la montaña de escrúpulos sociales que pugnarón por mantener las fronteras separatorias. El celo pigmentario, el de ángulo facial y similares diferenciaciones étnicas montaron guardia de escrúpulos frente a la tentación del cruce, que la Naturaleza, más sagaz y prudente que la Sociedad, ofrecía a las estiradas defensas respectivas de las razas, fundadas tales defensas en razones de preocupación con su secuela de fanatismos. Pero por más rigor de celo que hubo de oponerse al incentivo de las mezclas raciales, el muro de contención empezó a resquebrajarse y la corriente se filtró por sus grietas.

Así, sangre caucásica y sangre de los diversos tipos etnográficos buscáronse, pese a la obediencia de las rígidas normas, y fué apareciendo, no a la sombra del pecado, sino a la luz de él, la providencia revolucionaria que dió el grito de comprensión en

el palacio y en el bosque. Desde entonces "la suerte estaba echada" y América debía ser lo que hasta ahora, que no es el todo sino parte del mismo, pero que alcanzará su plenitud a medida que vaya tomando mayor cuerpo la revolución salvadora que ha de hacer del hemisferio occidental lo que su destino le demanda imperativamente para sí en particular, y en general para su convivencia, con su personalidad propia, con el resto del mundo.

El avance de la vida sin las rémoras apuntadas, tropieza todavía con los escollos propios del ciego empeño mantenido en la conservación del prejuicio de raza. Hasta en pueblos como el nuestro, donde menos preocupación de esta naturaleza existe, el color, la humildad de posición social y la pobreza, no han dejado de surtir sus efectos en muchos casos, sembrando de dificultades no pocos caminos hacia el éxito individual o de grupos. Contra la existencia de esas dificultades enderezó su política el Generalísimo Trujillo apenas iniciado en el poder. Había palpado el fenómeno observando cómo en el orden político prevalecían verdaderas castas privilegiadas que tenían acceso a determinadas posiciones oficiales, no de un modo absoluto, sino preferencial, y se dispuso a romper con las vallas.

Así como las razas puras se inclinan a la mezcla para poder sobrevivir, las ideas liberales puras requieren mezcla también para su subsistencia. Si el tipo blanco se conserva en las tierras altas y frías, y el negro en las bajas y calientes, y se requiere que todos vivan en todas partes, la mezcla garantizará esa necesidad. El ojo azul buscará al ojo pardo semiescondido en la cuenca obligado por los pómulos salientes del inferiorismo racial, para caer en amorosa comprensión rayana en búsqueda gustosa.

Poesía y periodismo en Trujillo.

Trujillo y el poeta

Trujillo es un poeta que no ha querido manifestarse. Vive la poesía y le ha dado forma lírica a algunas de sus idealidades, pero sin incentivo de publicidad. La carrera militar que desde muy joven abrazó ha podido parecerle, cuando no incompatible con la exteriorización del sentimiento poético, poco armonizable, al menos, con ésta, por la gravedad misma de ella comparada con la delicadeza de tal género de arte. Y la Primera Magistratura de la Nación, el ejercicio de la cual ha podido también parecerle menos afín aún con el cultivo de la poesía que la milicia, no habrá dejado de ser parte en esa determinación. De ahí que se ignore comúnmente su vocación poética. Con todo y no poemizar, el fervor poético le brota en padrinazgos de auxilio a quienes los necesitan para salvar abismos de pobreza entre ellos y la meta acariciada.

La generosidad de este nivelador de obstáculos a tantos jóvenes talentos que sin esa providencia

no vencerían espinosidades de senderos, es la manera elegante de ser útil a los que, careciendo de lo necesario, padecen el dolor más amargo de la vida: el de la necesidad insatisfecha.

Para dar sin humillar, proteger con olvido de la protección y ofrecer sonrisa de gracia en alivio de desgracias, se requiere honda sensibilidad de poeta, y en él se da este caso de sentido poético extendido a su mano dadivosa a la vez que orgullosa del secreto de la dádiva. Parecerá que no es así, pero lo es. El verdadero poeta, no el que por tal se tenga tan sólo porque versifique, lleva su emotividad hasta allí donde ella puede desdoblarse en liberalidades, como agua gozosa de su bondad mitigadora.

Un día de esos que persisten tenazmente en la memoria, fuí llamado por Trujillo. El timbre de llamada de un gran jefe sabe a apremio. Salí presuroso hacia el Despacho superior y el Generalísimo extendióme un libro de versos que había estado leyendo. Era el de un iniciado en los secretos de la poesía. Estaba en los albores juveniles y pertenecía a la villa montañosa de Ocoa. Le había enviado el primer ejemplar de su tomo de versos al Generalísimo, que me hizo notar lo que tenía por lo mejor del conjunto. Aquella apreciación era exacta.

Entonces me ordenó escribirle en su nombre al joven ocoense.

Hacer un alto en sus continuas ocupaciones para enterarse de lo que la mocedad en formación labra por imperativo de deber vocacional, y complacerse en la lectura de cuanto brota de las almas templadas en el crisol de la nueva escuela dominicana, es modo particular muy de la índole de Trujillo, necesitado de estos vallejuelos de descanso entre los riscos de los diarios problemas por donde ascienden a pie firme las sabias soluciones con que él les va poniendo término.

Tan sugestiva cualidad apunta en el poeta silencioso que hay en él. Con la misma espontaneidad con que disponía, cuando era Presidente de la República, la construcción de una obra material, amparaba una obra de arte favoreciéndola con su mecenato. Pero esto ha seguido haciéndolo invariablemente.

Feliz iniciativa suya fué la creación, en la Ciudad Benemérita de San Cristóbal, del "Instituto de la Poesía Osvaldo Bazil", así bautizado en honra del poeta de ese nombre, que en el parnaso dominicano distinguióse por su erotismo de original pincelada romántica. Hasta ahora es la única institución conocida en su género, en la cual se celebran

actos especiales de divulgación poética, y se reciben, mediante conferencias y cursillos, conocimientos literarios, especialmente los poéticos.

Un renombrado poeta dirige el instituto. Poetas son muchas de las personas a quienes Trujillo ha distinguido con representaciones diplomáticas y otras investiduras relevantes, todo lo cual confirma el sello atávico con que vino al mundo, por vía de su abuelo paterno Don José Trujillo y Monagas, autor de magníficos sonetos de acrisolado fondo ético, compuestos en Cuba mientras desempeñaba la elevada investidura policial a que me referí en uno de los capítulos anteriores.

Se puede, naturalmente, iniciar y crear instituciones de carácter artístico con vivo empeño en dotar de ellas al medio nativo cuya dirección política y administrativa se tiene, pero no en el grado de amor y de fervor que se siente cuando lo que se crea se vive en ardor íntimo, cuando la obra de belleza que mueve a su realización la inspira un sentimiento puro, y se mezclan, en el sueño que se cumple, el ansia de cultivo y la de culto. Trujillo es un poseso de estas ansias. En su remanso solariego, de recogimiento espiritual, lee con honda fruición prosa y verso de bien calificados autores, y el deleite provocado por esa lectura compensa, en

parte, las desazones que no puede menos de sentir, propias de todos los grandes creadores de obras y conductores de pueblos.

Esta fuerza, esta fiebre de crear lo útil y lo bello, cuanto en escala de matices va desde el interés escuderil al quijotismo interesante, sólo puede sentirla en el grado en que Trujillo la lleva como bandera de su espíritu, quien sea, como él es, un poeta en el sentido más alto de la sensibilidad creadora.

En el despacho de este gran líder popular dominicano se alza, frente a su elegante mesa de trabajo, gran número de libros en solidaridad de rimeros selectos. Alternan en tan seductora montaña de ideas, el volumen de Economía, el de Historia, el de Derecho y otros tantos correspondientes a diversas ramas de los conocimientos humanos, y no pocos de literatos y poetas. No podían faltar estos últimos en aquel conjunto de obras que no constituyen biblioteca. Esta la posee en su casa y en su yate el Generalísimo dominicano. En su despacho aquel rimeros de libros es el fluir constante de las obras que a diario van llegando a manos del gran hombre, que las recibe como huéspedes gratos que, conforme va conociendo en los momentos que sus ocupaciones primordiales le dejan libres para vér-

selas con esta clase de visitantes, los va acogiendo en dignos anaqueles.

En aquella hospitalidad transitoria de los libros que le llegan a Palacio, el hombre de ciencia, el de letras y el de arte enderezan hacia él sendos primerizos ejemplares, en prenda de gratitud unos, al Mecenas que hizo posible la edición; en homenaje de simpatía y de respeto otros, al creador de la Ciudad Universitaria y alfabetizador sin paralelo, que ha llevado la ignorancia a sus últimos reductos; al protector insigne de los estudiantes unos cuantos favorecidos suyos bajo la égida económica; y otros por amor y devoción al que no se ha limitado a usar larguezas con sus ciudadanos, sino que las ha extendido a los ciudadanos de otras patrias cuando circunstancias especiales lo han requerido y el deber de no ser indiferente a justos reclamos venidos de otras tierras lo ha inspirado.

El libro criollo y el extranjero, la pluma del medio nativo y la del medio exótico, han tenido siempre en Trujillo un padrino de luces y devociones hacia el bien, y no es extraño que quien ha sido, para estos valores del espíritu, providencia desinteresada, vea llegar a su Despacho estos huéspedes deseados, queridos, que no abusan de la hospitali-

dad que más tarde puede alcanzar rango de familiaridad al favor de una estantería noble y elegante.

Y es que Trujillo es un poeta que gasta lujoso uniforme y etiqueta civil, un poeta reducido por sí mismo a cárcel de silencio, de la que sale no líricamente, pero que sale, al fin, poetizando en grandes cosas bellas de resonancia universal, dignas de su nombre esclarecido.

Trujillo, periodista

En realidad no me he adentrado en la psicología de Trujillo con la intención de conocer si él tiene conciencia clara o no de que es periodista. No se me había ocurrido en tiempo más oportuno que el de los últimos momentos de entregar a la linotipo los originales de la presente biografía suya, este sondeo interesante; pero baste que se sepa que es periodista de perfiles más o menos definidos. Esto es de mayor interés al bocado de curiosidad con que el buen lector se sienta a la mesa de una biografía de tipo moderno.

Trujillo es periodista porque no sólo busca en el periódico diario ese otro pan de la noticia y del comentario con que satisface la mente su hambre cotidiana de sucesos y revelaciones como platos que

le llevan el bocado de mundo indispensable a la vida civilizada, sino porque observa en la prensa la disposición de asuntos según su carácter e importancia, y el modo de opinar y de enjuiciar de los periódicos en sus columnas editoriales, interesado en apreciar la capacidad crítica que tienen, y otras particularidades de los mismos.

De sus dotes vocacionales periodísticas da testimonio el interesante artículo que le inspiró la figura política de Ramón A. Marcelino (Jimaquén), trabajo en el que se entrelazan con acierto las cualidades del periodista, del escritor y del poeta y el cual fué hecho en San Cristóbal el 3 de enero de 1913, publicado en el Listín Diario y reproducido por el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi en su "Cronología de Trujillo".

Cierta vez sentenció rápidamente, respondiendo a la pregunta que le fué hecha acerca del concepto que la Prensa le merecía: "Por la calidad de la Prensa se colige la del medio social que la tiene".

Lo primero que hace Trujillo diariamente es entregarse por entero a los periódicos, que lee metódicamente desde la primera página hasta la última, abarcándolos en lectura total, incluso el material infantil de los domingos, que se permite comentarlo

con los nietos, con derecho legítimo a una porción del tiempo, aunque escaso, del estadista, para tantos asuntos diversos como los que absorben su obligada atención. Pero no podía faltar en el noble reparto cronológico del gran hombre el destino de hora para los chicos de la familia. Ellos entran también en balanza y en programa en lo que tiene de peso y de turno el triple esfuerzo de inteligencia, voluntad y sensibilidad de la política de su ilustre abuelo. Y no sólo ellos, sino el gran niño socarnado que fluye como regato diamantino entre la madurez vital hecha latente en aquella singular figura humana.

Otra condición de relieve en Trujillo dentro de su ideología y culto periodísticos es el haber hecho posible la fundación de los dos grandes diarios dominicanos "La Nación" y "El Caribe", sin cuyo patrocinio y amparo no hubieran aparecido en el escenario del diarismo moderno.

A esta condición importante únese la de haberse instituido por su iniciativa el 1º de febrero de cada año el Día del Periodista, y de haberse dispuesto que los servidores de la Prensa como institución denominada honoríficamente Cuarto Poder del Estado, se intercambien saluciones y votos fraternos mediante mensajes sujetos a franquicia especial en ese fausto día, en el cual Trujillo ofrece

le llevan el bocado de mundo indispensable a la vida civilizada, sino porque observa en la prensa la disposición de asuntos según su carácter e importancia, y el modo de opinar y de enjuiciar de los periódicos en sus columnas editoriales, interesado en apreciar la capacidad crítica que tienen, y otras particularidades de los mismos.

De sus dotes vocacionales periodísticas da testimonio el interesante artículo que le inspiró la figura política de Ramón A. Marcelino (Jimaquén), trabajo en el que se entrelazan con acierto las cualidades del periodista, del escritor y del poeta y el cual fué hecho en San Cristóbal el 3 de enero de 1913, publicado en el Listín Diario y reproducido por el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi en su "Cronología de Trujillo".

Cierta vez sentenció rápidamente, respondiendo a la pregunta que le fué hecha acerca del concepto que la Prensa le merecía: "Por la calidad de la Prensa se colige la del medio social que la tiene".

Lo primero que hace Trujillo diariamente es entregarse por entero a los periódicos, que lee metódicamente desde la primera página hasta la última, abarcándolos en lectura total, incluso el material infantil de los domingos, que se permite comentarlo

con los nietos, con derecho legítimo a una porción del tiempo, aunque escaso, del estadista, para tantos asuntos diversos como los que absorben su obligada atención. Pero no podía faltar en el noble reparto cronológico del gran hombre el destino de hora para los chicos de la familia. Ellos entran también en balanza y en programa en lo que tiene de peso y de turno el triple esfuerzo de inteligencia, voluntad y sensibilidad de la política de su ilustre abuelo. Y no sólo ellos, sino el gran niño socarnado que fluye como regato diamantino entre la madurez vital hecha latente en aquella singular figura humana.

Otra condición de relieve en Trujillo dentro de su ideología y culto periodísticos es el haber hecho posible la fundación de los dos grandes diarios dominicanos "La Nación" y "El Caribe", sin cuyo patrocinio y amparo no hubieran aparecido en el escenario del diarismo moderno.

A esta condición importante únese la de haberse instituído por su iniciativa el 1º de febrero de cada año el Día del Periodista, y de haberse dispuesto que los servidores de la Prensa como institución denominada honoríficamente Cuarto Poder del Estado, se intercambien saluciones y votos fraternos mediante mensajes sujetos a franquicia especial en ese fausto día, en el cual Trujillo ofrece

regularmente, por intermedio de la Junta Central Directiva del Partido Dominicano fundado y dirigido por él, un agasajo a la clase periodística del País.

Quien hace todo esto, con amplitud de espíritu devoto a la Prensa por cuanto ella se da a todos y es lo más universal que se conoce; quien mira y reconoce esa característica esencial de la Prensa, lo substantivo de la cual es la verdad, por cuya razón es ella la mejor despensa de la Historia, no podía menos de decir, como elocuentemente dijo, que “por la calidad de la Prensa se puede colegir la del medio social que la tiene”, y ser por eso digno de que dicha clase periodística le haya proclamado en noble y justa loa, “Primer Periodista Dominicano”, así como también que ella se haya dirigido al Partido político por él creado en un mensaje suscrito por todos los componentes de la misma en el sentido de proponer que dicha entidad partidística lo designe como candidato a la Presidencia de la República en los próximos sufragios generales para el período constitucional 1957-1961.

Se sabe, por haber trascendido al público, que durante su primera administración y mientras se celebraba un Consejo de Gobierno presidido por él, Trujillo preguntó al Subsecretario de Estado de lo Interior y Policía en funciones si se había ente-

rado de cierto hecho cuyo conocimiento le competía para su remedio a cargo del Departamento que representaba, y como el interrogado respondiera que lo desconocía, le espetó seguidamente: “¿Pero es que usted no lee la Prensa? ¡Yo lo he sabido por ella!” A otro funcionario, y en otro Consejo de Gobierno, le reprochó lo mismo por ignorancia supina hija de su indiferencia a la fuente de conocimientos propia del periodismo, reprobación que le hizo en admirables frases que reproduzco como dignas de ser recordadas: “Hay personas indiferentes con la Prensa, pero no hay Prensa indiferente con ninguna clase de personas y eso prueba su grandeza”.

Dominicanismo.— Política de acercamiento
internacional.— Restablecimiento del lazo roto
entre el Hogar y la Escuela dominicanos.

Su dominicanismo

El amor de Trujillo al País lo hace celoso mantenedor de cuanto éste tiene de propio, original y pintoresco, siempre que no desentone con el progreso y la cultura y pueda ser, por tanto, armónico con ellos. Entiende él que lo que cada país tiene de particular y privativo en costumbres, tradiciones, hábitos y similares características, debe conservarlo como haber precioso por serle peculiar y autóctono, y por lo que interesa a los extranjeros hallar en los países que visitan lo que puedan admirar como distinto en particularidades de belleza, encanto o novedad a lo que ellos miran en los suyos como bello, encantador o novedoso, punto de vista desde el cual se contrapone al interés patriótico al dejar perder lo típico y tradicional a trueque de lo extraño, por snobismo o prurito de imitación.

Así, nuestra coreografía vernácula, que venía desdibujándose en quiebra de emoción, recibió de él un soplo renaciente. Salvó la *yuca*, nuestro único

baile de figuras, de procedencia indígena, del olvido que ya empezaba a cubrirla, y con la *yuca*, la *mangulina*, el *merengue* y otros más; pero de todo nuestro conjunto folklórico danzante es en el merengue, el mejor y más auténtico exponente de nuestro costumbrismo musical, donde él ha puesto mayor fervor dominicanista.

Se nos iba también este baile y él le inyectó nueva vida; abrió concursos del género entre compositores y justas entre bailadores; influyó en su estilización y lo baila él mismo como ejemplo de su gran amor patrio. Y es que el merengue fué originalmente patriótico según la tradición. Lo fué y sigue siéndolo y en él se mezclan canto, danza y episodios de historia contemporánea nativa, como en el titulado *La invasión*, cuyo tema es el fracaso de las dos frustradas invasiones a nuestro territorio conocidas con los nombres de Cayo Confites y Luperón. Y por igual muchos hechos notables de Trujillo palpitan en merengues destinados a su celebración.

Como la coreografía vernácula, la mesa criolla ha recibido también la influencia dominicanista de Trujillo al elevarse desde su aspecto popular al de naturaleza social. Con los más ricos y variados platos de fama internacional que llenan lujosas

mesas en nuestras recepciones oficiales y en otras de particular distinción, fraternizan platos típicos dominicanos, la elaboración de los cuales es parte del programa de las escuelas de Economía Doméstica creadas por él.

Política de acercamiento internacional

Comenzó Trujillo su obra por la paz mundial asegurando la de su propio país. En él hay que ponderar, como razón y esencia de su política, el sentido de visión total con que actúa, jamás encerrado en criterio de estrechez localista, por lo cual la Patria en él es vista, si bien como un todo dentro del concepto de unidad nacional, como parte de otro todo más amplio en la suma de unidades de patrias constitutivas de una sociedad internacional dentro del sentir universal de su obra.

Recomendó la fundación de una sociedad americana de naciones a raíz del fracaso de la anterior sociedad internacional de Ginebra, que no pudo evitar la primera gran guerra ni imponer las sanciones establecidas a los Estados miembros agresores, iniciativa con la cual ejercitaba Trujillo su capacidad de previsión interamericana contra el comunismo internacional, cuyo desdoblamiento hacia América

presentía considerando necesario evitar su trasplante hacia este lado del Atlántico.

Su noble gestión sobre el arreglo pacífico del viejo litigio fronterizo con Haití, de grado a grado, como el medio más adecuado de solución después de los fracasos anteriores por vía de arbitraje —gestión aquélla que culminó con el Tratado Fronterizo de 1936— es otro capital asunto que representa en favor de Trujillo un verdadero triunfo de su política internacional.

A ese tratado estuvo a punto de agregarse, por iniciativa también de Trujillo, un convenio bilateral entre las dos Repúblicas, sobre la formación de un “frente unido” dominicohaitiano contra el movimiento rojo de infiltración americana, convenio todavía en proyecto por causas independientes de su voluntad y con el cual habría entrado en un principio de ejecución la Convención Multilateral suscrita en La Habana en febrero de 1928 en relación con los mismos fines de un frente común anti-comunista en América.

*El restablecimiento del lazo roto entre
el Hogar y la Escuela dominicanos*

El celo vigilante del Generalísimo Trujillo en su misión defensiva contra la penetración comu-

nista en América, y la convicción que tiene de que ninguna barrera espiritual contra esa penetración es de mayor eficacia que la moral católica —como lo consigné de paso en capítulo anterior— hízole recomendar la enseñanza de la misma en nuestras escuelas. Tal providencia ha tenido general aceptación como lo atestiguan las manifestaciones de aplauso público en todo el País, ponderativas de la noble gestión que culminó en la ley por cuyo medio adquiere ambiente oficial dicha enseñanza. En esas manifestaciones se ha traslucido el reconocimiento al promotor insigne de la idea y al introductor ilustre de la misma al Congreso por acierto de medida tan armónica con la oposición al comunismo por ser doctrina atea y, por tanto, de extremismo peligroso, enderezada a la sovietización universal.

De quien lactó, puede decirse, la religión de nuestros mayores, transmitida por tan grande figura cristiana como es su excelsa madre, y concede papel tan eminente al cristianismo en la génesis de nuestra nacionalidad, no podía menos de esperarse una actitud como esa, reflejadora del espíritu levantado con que reconoce la imposibilidad de verdadera paz universal y de la existencia de un mundo mejor, libre de las asechanzas del actual,

sin el Cristo como la fuerza misma de la cohesión de las almas para la armonía del género humano.

Comprender eso y ponerlo por obra en la forma en que él lo ha hecho, pese al empeño de los partidarios de la enseñanza laica, es proceder honroso para quien ha sabido reconocerle al cristianismo la influencia poderosa que ha tenido en la estructuración de nuestra patria.

Volver por los fueros de la religión en cuyos nobles brazos nació la República, devolviéndole a la escuela nacional el dulce aliento que le fué quitado por el positivismo, es lo que Trujillo se propone viendo cómo la idealidad y el sentimiento, aromas de la cruz, batiéronse en retirada de las aulas para recogerse en los hogares que, sin la ayuda escolar de otro tiempo, perdieron parte de su fuerza moral para enfrentarse al problema más grave que confronta el Occidente democrático.

El divino lazo entre el hogar y la escuela lo desató el laicismo de la reforma heterodoxa de la antigua ley de enseñanza, que sustituyó la que el hogar dominicano llamó entonces "escuela sin Dios", y el mal proveniente de esa vinculación ha venido a notarse cuando el comunismo, caballo de batalla de Rusia, deja sentir sus huellas en tierra americana.

Esta consigna de Trujillo, de la ley que prohíbe al comunismo, primero, y de la que ahora restablece el viejo lazo divino entre la escuela y el hogar, es la llave maestra del cierrapuertas de rigor a la mala simiente revolucionaria que viene de detrás de la Cortina de Hierro como avanzada de lo que puede venir después como rasante sobre nuestras desprevenidas defensas espirituales, porque es bueno rearmarse, como se viene haciendo, con poderosas máquinas de guerra, pero sin descuidar los reductos defensivos de las ideas que hay que oponer a la estrategia del pensamiento enemigo que se filtra en América.

Esta consigna dominicana de Trujillo es la mejor contribución de su política exterior a la defensa del mundo americano, y en general de todo el mundo libre. Nadie como él ha visto con más claridad de sentido preservador de tipo moral y religioso el peligro que para las libres naciones del Nuevo Mundo, así como para todas las del bloque democrático, tiene el haber sido acosada de los centros oficiales de enseñanza, y de la mayor parte de los particulares, la ética cristiana que en ese otro mar que el alma humana recorre para su comunicación con lo infinito, es faro que la libró de los graves

escollos que ahora no puede esquivar con solo la ciencia racionalista prevaleciente en las escuelas.

Este gran dominicano, este gran americano, este gran ciudadano del mundo, inspirará cada día mayor deseo de penetrar en su vida y ahondar en ella, ya que el contenido de su obra no es sólo patrio, con serlo en grado tan intenso, sino panamericano, y en mayor elasticidad, mundial.

La obra del creciente desarrollo y de la cada vez más firme paz de su país, así como la de la evolutiva alza de nivel de vida y de cultura de su pueblo, como también del crecimiento del mismo país en los demás órdenes, es un alto servicio prestado no sólo a su Patria sino a la gran porción más cercana de mundo a que esa patria pertenece, y en mayor órbita geográfica, al orbe.

El concepto de individualidad de sentido estrecho y aislacionista aplicado a una patria, conforme al cual no interesan al gobernante los problemas de las patrias vecinas, ni mucho menos los de las más distantes, no es propio de su mente. Por el contrario, la mutua ayuda, la oportuna protección prestada en el mayor grado de eficacia posible a otros países en circunstancias adversas, como también cuanto concierne a la práctica social del inter-

cambio de valores representativos de la ciencia y el arte —previsiones éstas en su mayor parte de amplio sentido panamericanista— han sido siempre normas de su política exterior. De ahí el gran número de naciones y de instituciones tanto extranjeras como del País que le han condecorado con sus más altas insignias, (1) las que, unidas a las

-
- (1) *Argentina*: Collar de la Orden de San Martín; *Bélgica*: Gran Cordón Militar de Leopoldo; *Bolivia*: Gran Cruz de la Orden Nacional del Cóndor de los Andes; *Brasil*: Gran Cruz de la Orden Nacional de la Cruz del Sur; Medalla de la Orden Honorífica de la Estrella de Honor al Mérito Rural; *Colombia*: Gran Cruz Extraordinaria de la Orden de Boyacá; Medalla Conmemorativa General Francisco de Paula Santander; *Cuba*: Gran Cruz de la Orden Carlos Manuel de Céspedes; Gran Cruz de la Orden de Honor y Mérito Cruz Roja Cubana; Orden al Mérito Naval Primera Clase; Medalla Conmemorativa del Vuelo Panamericano Pro Faro de Colón; *Chile*: Collar de la Orden al Mérito; *China*: Gran Cordón Rojo con Bordes Blancos de la Orden del Brillante Jade; Gran Cordón Especial de la Orden de las Nubes Propicias; *Ecuador*: Gran Cruz de la Orden del Mérito con Banda de Tres Borlas; Gran Cruz de la Orden Nacional al Mérito; Estrella Abdón Calderón; *España*: Gran Collar de la Orden Isabel la Católica; Banda de la Orden de la República Española; Gran Cruz de la Orden Carlos III; Gran Placa de Honor y Mérito de la Cruz Roja Española; *Francia*: Gran Cruz de la Legión de Honor; Cruz de Guerra con Palmas; Gran Cruz del Mérito de la Caridad de la Orden de la Cruz de Sangre; *Haití*: Gran Cruz de la Orden de Honor y Mérito; *Holanda*: Gran Cruz del León Neerlandés; *Honduras*: Gran Cruz de la Orden de Mo-

grandes simpatías con que suele ser visto en casi todas partes, le valen renombre internacional. Su

razán; *Italia*: Comendador de la Orden de la Corona de Italia; Caballero de Gran Cruz condecorado con el Cordón de la Orden "Al Mérito de la República Italiana"; *Líbano*: Gran Cruz de Mérito Extraordinario; Grado Extraordinario de la Orden del Mérito Libanés; *México*: Collar de la Orden del Aguila Azteca; Palmas de Oro de la Democracia (Legión Panamericana); Orden del Mérito Militar; *Marruecos*: Gran Cruz de Medhula; *Nicaragua*: Gran Collar de la Orden de Rubén Darío; *Panamá*: Gran Cruz de la Orden de Vasco Núñez de Balboa; Gran Collar de la Orden de Manuel Amador Guerrero; *Paraguay*: Gran Cruz al Mérito Paraguayo; *Perú*: Gran Cruz de Brillantes de la Orden del Sol; *Santa Sede*: Gran Cruz de la Orden de San Gregorio Magno; Orden Piana, Gran Cruz; *Venezuela*: Gran Collar de la Orden del Libertador. Ostenta también las condecoraciones *Dominicanas* mencionadas a continuación: Collar de la Orden del Mérito de Juan Pablo Duarte; Collar de la Orden Heráldica Cristóbal Colón; Collar de la Orden de Trujillo; Collar del Valor y Gran Collar de la Paz; y Gran Collar de la Patria.

Otras condecoraciones: Gran Cruz de la Orden Gerosolimitana del Santo Sepulcro; Medalla de Oro de la Sociedad Panamericana de New York; Baylio Gran Cruz de Honor y Devoción de la Soberana Militar Orden de Malta; Gran Cruz del Honor Académico de la Academia Internacional Americana de Washington; Condecoración de la Gran Orden Soberana y Continental de Mérito y Honor de la Unión Democrática Interamericana; Orden de San Pedro y San Pablo (Gran Cruz); Medalla de Oro de la Universidad Internacional de los Estudios Sociales, de Roma.

Además, ha sido objeto de las siguientes distinciones: Miembro Honorario de la Academia Interna-

obra, como queda ya apuntado, es de relevante sentido universalista y por eso muchas de sus previsiones y actividades rebasan los límites geográficos nativos.

cional Americana de Washington (Estados Unidos de América); Socio de Honor de la Asociación Cooperadora de Concordia Americana de Buenos Aires (República Argentina); Socio de Honor de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País (España); Miembro Protector de la Academia Hispanoamericana de Cádiz (España); Socio de Honor de la Sociedad de Beneficencia Ibero-Americana de Barcelona (España); Socio de Honor del Instituto Genealógico Brasileño; (de Sao Paulo); Presidente Honorario del Comité Internacional de Cristóbal Colón (Venezuela); Presidente Honorario de la Anglo-Latin American Club de Miami (Estados Unidos de América); Miembro Protector y de Mérito del Ateneo Dominicano; Presidente de Honor e Individuo de Número de la Academia Dominicana de la Lengua, correspondiente de la Española; Presidente de Honor y Miembro Fundador de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de la República Dominicana. Es Ciudadano Honorífico de las ciudades de Jacksonville, Miami y New Orleans.

El 17 de octubre de 1934 le fué otorgado al Presidente Trujillo el título de Doctor *Honoris Causa* de la Universidad de Santo Domingo. Y, también el día 17 de agosto de 1942, fué investido con el grado honorario de Doctor en Leyes de la Universidad de Pittsbugh.

La personalidad política y civil de la mujer
dominicana.— La Academia de Ciencias Morales
y Políticas.

*La personalidad política y civil
de la mujer dominicana*

El 10 de enero de 1942 representa un paso trascendental de la mujer dominicana en política y civilidad. En esa fecha, histórica en los anales de la democracia nacional correspondientes a la Era de Trujillo, surgió la iniciativa del Generalísimo Trujillo como Presidente de la República que era a la sazón, de propiciar la reforma constitucional indispensable para que le fuese otorgado a la mujer el derecho a la ciudadanía junto con otras concesiones de orden civil, tendentes a la paridad de ella y del hombre en la vida pública y privada de la Nación.

El punto de partida de esta evolución democrática de tipo femenino arranca del 14 de mayo de 1932, fecha en que desde la tribuna del Ateneo Dominicano puso él de relieve tan marcado interés en favor de la compañera del hombre, que no debía serlo sólo en el círculo doméstico, como hija, como

consorte y como madre, así como en las ciencias y las artes, sino también en la arena de las luchas sociales y políticas. En esa memorable ocasión se expresó el ilustre estadista en términos conmovedores. “Nuestras mujeres en las luchas del Municipio y en los negocios del Estado —dijo— pondrán al servicio del pueblo ideas y sentimientos que ahora no aportan, pero que aportarían cuando tuvieran personalidad política y civil. Sirvan estas declaraciones que por primera vez ocupan en el País la mente de un hombre de Estado, como una prueba más de mi profunda devoción al ejercicio de la libertad humana”.

Estas palabras tuyas, tan sinceramente dichas, las recibieron nuestras mujeres con más simpatía que fe. No acertaban a comprender cómo sin haber habido tradición feminista en nuestro medio, caracterizada por una recia campaña por la conquista de derechos que les corresponden como inherentes a la personalidad humana, pudiera de buenas a primeras venirles, sin que nada hubiesen hecho para alcanzarlos, el logro de los mismos. Parecíales la promesa de Trujillo un tanto fuera de las prácticas usuales en los países avanzados donde tales adquisiciones se habían obtenido como resultado de grandes esfuerzos durante largo tiempo, y no sen-

tían la emoción que, de no haber tenido esos prejuicios, hubieran experimentado.

Por eso, cuando, el 14 de julio de 1933, invitó Trujillo a distinguidas damas seibanas desde la casa que ocupaba en la misma ciudad de Santa Cruz del Seibo, ciudad adonde había ido en visita oficial, para asegurarles que muy pronto tendrían lo que él consideraba el más caro ideal acariciado por ellas, que es el derecho de ciudadanía, capté yo, con aguda mirada periodística, que apenas podían ellas acertar con la respuesta a lo que acababan de escuchar salido de los propios labios de quien honraba su pueblo con aquella visita. No esperaban tal promesa porque nada habían hecho para merecerla. No habían gritado en plazas públicas este anhelo, porque vivían sin él; pero la oferta era liberal y hermosa; venía de autorizados labios de hombre público y se imponía el agradecimiento. Aquel hombre no era el gobernante que da lo que se le ha pedido, sino el que adelanta la dádiva a la petición que no le ha sido hecha pero que la brinda a conciencia de que una necesidad pública o privada debe ser satisfecha por quien está dotado de capacidad o de poder para satisfacerla. Adelantarse a suministrar lo que se requiere y por delicadeza o timidez no se demanda, es más digno de loa que aguardar la voz de la

necesidad para entonces remediarla. Toda necesidad insatisfecha es mal que amerita remediarse; pero aunque el que lo sufre sin conciencia clara de su sufrimiento no haga nada para deshacerse de él, es de un ánimo superior y de una voluntad sabia y generosa no esperar el reclamo para ofrecer la providencia.

Trujillo tiene en su abono de gobernante singular esa característica propia del que sale al encuentro de las necesidades por deber de hacerse necesario. La filosofía de la protección invocada como base para hacerse efectiva no resiste un análisis. Se desploma si se le aplica examen rígido para determinar su valor. La previsión que da deja muy en pequeño a toda otra forma de dar. Es la Escuela la que debe salir en busca de la ignorancia. El maestro y la biblioteca ambulantes por terrenos de muy baja nivelación cultural, están impregnados de este sentido superior de vida más preocupada de las ajenas vidas angustiosas que de sí misma como apta para el bien pero que no lo realiza sino cuando este bien ha sido reclamado.

Aquellas buenas mujeres seibanas, como la mayoría de nuestras mujeres, no daban a las nobles y muy levantadas frases de Trujillo todo el ex-

traordinario valor que en aquel momento tenían y continuaban teniendo.

Por otra parte, aunque con once años de Era de Trujillo, como los que hacía en aquel tiempo, se tenía viva fe en sus promesas, al revés de lo que antes acontecía, que lo habitual en el País no era el cumplimiento de las promesas de los hombres públicos, sino su incumplimiento, se mostraban poco entusiasmadas con lo que oían, sobre todo cuando frecuentemente habían escuchado expresiones como la siguiente: “Es poco tiempo todavía de política constructiva llamada a resolver los problemas del masculinismo para que se quiera resolver los del feminismo”.

Y a propósito de esta típica frase recogida al azar de labios callejeros, rememoro otra, sazónada de buen humor, con que uno de nuestros jóvenes periodistas, ya fallecido, respondió a Trujillo en tono festivo cuando en hora propicia para tolerárselo, sin consentirlo expresamente, le preguntó si él era feminista. “No, señor Presidente, lo que yo soy es mujeriego; pero si usted lo quiere, puedo ser las dos cosas”. Aquel joven periodista era Tomás Hernández Franco, el más inquieto trotavida de la generación a que pertenecía, de mente e ima-

ginación agilísimas, que poetizaba y hacía labor de prensa con ingenio.

Finalmente, la reforma del Estatuto Fundamental se hizo, y se llevó al terreno constitucional el derecho de ciudadanía de la mujer, previo ensayo electoral que con carácter de "voto simbólico" practicaron ellas en los sufragios generales del año 1938.

Las elecciones del año 1942 marcan en el País el primer ejercicio del derecho de voto de la mujer, adquirido desde la vigencia de las reformas constitucionales correspondientes al mismo año. He ahí a breves trazos la historia de la incorporación de la mujer dominicana a la vida institucional de la República.

La academia creada por Trujillo con mira a la formación de un tipo de académico que levante más el prestigio de las academias.

Un título académico es más derecho de aptitud para crear y luego difundir lo creado, que capacidad floreciente. Por lo general se va del título a la acción y al éxito de ella. Es lo ordinario. Pero hay los excepcionales que no han empezado por el crédito oficial de superioridad para el ejercicio de la facultad de pensar y de transformar en obras lo pensado, y éstos, al dar de sí los grandes logros que los hacen

sobresalir y merecer la consagración común en reconocimiento de sus méritos, van desde sus mismas obras eminentes al título de autoridad intelectual a que ellas dan derecho.

Tal es el caso de Trujillo. Sin doctorado adquirido en el cursamiento de disciplinas determinantes de una ilustración sistematizada, realizaciones trascendentales cuyas valiéronle el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Santo Domingo, la más antigua de América, y el Doctorado Honoris Causa de la de Pittsburgh. Conocimientos de los hombres y de la vida, aplicados a la estructuración de una nueva entidad nacional dominicana en reemplazo de la anterior en plena crisis de vida institucional por los errores que la mantuvieron en rezago, sin paz, sin crédito internacional, sin verdadera cultura y sin seguridad, le valen el primer puesto en la escala de los valores positivos de la inteligencia.

Con intuición maravillosa, sentido práctico profundo, patriotismo ejemplar y cabal estudio del medio y sus necesidades, lo ha construído todo en el tiempo correspondiente a una generación. Acción depurada y ética política sin precedentes en el País fueron los cimientos de la obra que, con ser ya extraordinaria, sigue en proceso de superación.

De ahí el haber Trujillo inaugurado recientemente la Academia de Ciencias Morales y Políticas con magistral discurso en el que puntualizó, entre otras acertadísimas verdades, la siguiente vertida en áureo párrafo académico: “Una Academia de Ciencias Morales y Políticas, para ser leal a los reclamos del presente momento histórico, no puede concretar sus actividades a la infecunda discusión bizantina de abstracciones. Debe estar atenta a los latidos del corazón del mundo, debe ponerse frente a los problemas reales de la hora, debe contribuir con eficacia a la superación moral, política y económica del dominicano, cooperando en ese sentido con las probadas tendencias de progreso y de justicia del Gobierno nacional. Para justificar su existencia en los años que vivimos, una Academia no puede ser un organismo estático, apergaminado, retardatario, olvidado de las angustias y esperanzas de la humanidad. Debe ser, por el contrario, una institución viva, progresista, dinámica, eficaz. Cuando así sea, cuando así proceda y actúe, sus labores y sus frutos serán positivamente beneficiosos a la colectividad y nunca hará blanco en sus blasones la afilada flecha del verso pesimista y libérrimo de Rubén Darío: “De las Academias, líbranos, Señor”. Trujillo es, además de fundador de

esa institución cultural, Presidente de Honor y miembro de número de ella.

Revelan tan macizas ideas el poder intelectual del que no ha ido a otra universidad que a la de la vida, que si no ha cursado disciplinas con rigor académico, se las ha asimilado con conocimiento práctico de mundo, con sondeo de la realidad mediante propios métodos personales en las cosas, gracias a su autodidactismo sin émulo conocido.

Pertenece Trujillo, de ese modo, a la categoría especial de hombres que, sin título de sabios, todo lo hacen sabiamente.

to the ... of the ...
the ... of the ...

**Su condición de Padre de la Patria Nueva y su
decisión en honra de Francisco J. Peynado.**

La República Dominicana tiene tres períodos en que aparece dividida y que la historia debe consignarlos con sus propias características determinantes. El primero se extiende desde su fundación en 1844 hasta 1861, año de su anexión a España; el segundo desde 1865, en que terminó la Guerra de la Restauración Nacional, hasta 1916, en que fué ocupada militarmente por fuerzas de los Estados Unidos de América; y el tercero, que se inició en 1930 y comprende la Era de Trujillo, que en el presente año de 1955 cumple cinco lustros de existencia.

Aunque la desocupación militar norteamericana fué en 1924, año en que se inició el Gobierno presidido por Horacio Vásquez, no cesó en dicho año el viejo sistema reaccionario a que debió el País tantas vicisitudes emanadas de los errores políticos que hicieron un verdadero caos de su administración y que además sirvieron de pretexto a la ocupación militar que se nos impuso en 1916, con la agra-

vante de que dicho gobierno continuó, al amparo de la nueva convención dominicoamericana celebrada en 1924, contratando empréstitos lesivos de nuestra soberanía, por la intervención del país acreedor en nuestra recaudación aduanera mediante control financiero impuesto en virtud de los mismos términos de ese instrumento internacional.

Por tales razones y las muchas que implicaron malversación de fondos y similares entorpecimientos en la aplicación de las rentas fiscales a las diversas necesidades del servicio público, no fué sino en 1930, en que se inició la justamente bien llamada Era de Trujillo, cuando comenzó el período histórico dominicano llamado generalmente Tercera República. Con ese nombre —jurídicamente impropio por cuanto la República no desapareció con la conocida Ocupación militar norteamericana, o con el muy ajustado y propio de Patria Nueva, que le corresponde legalmente— dicho tercer período histórico es el que da firmeza, seguridad y permanente evidencia de patria a la nuestra, por su notable desarrollo económico y estabilidad financiera, correspondiente a dicho tercer período histórico, que hizo posible la cabal autonomía que se originó con el Tratado Trujillo-Hull el 24 de septiembre de 1940, y terminó con la formal entrega el 17 de julio

de 1947, del cheque por valor de RD\$9,721,855.55, que el mismo Generalísimo Trujillo, como Presidente de la República, depositó en manos de Oliver P. Newman, Representante de los Tenedores de Bonos de la Deuda Externa de 1922 y 1926, para la total cancelación de la misma.

Este hecho trascendente de nuestra historia constituye, por sí solo, el punto culminante de la Patria Nueva. A él se suman las demás conquistas que son otros tantos puntales de cimentación y afianzamiento de ella, tales como el tratado de límites, la dominicanización fronteriza, la organización bancaria, la moneda propia, la vialidad moderna, la irrigación en grande, la industrialización intensiva, la campaña de alfabetización total, la defensa nacional y el auge y brillo de la educación y la cultura en proporciones sobresalientes desde los primeros grados de la labor estudiantil hasta la Universidad con magnífica Ciudad Universitaria en paralela importancia con los servicios sociales de Previsión, Asistencia y Salud Pública.

Es esta gran obra propia y característica de la Era de Trujillo, la que dá perfil determinante a la bien llamada Patria Nueva, y es Trujillo, creador de la misma, quien con justicia ha merecido el más grande título de la Nación, implicativo del reconoci-

miento de la paternidad de esa nueva Patria, y el gran Collar como expresión y emblema de ese título, el Congreso le impuso en el histórico monumento denominado Altar de la Patria, el 16 de agosto de este mismo año de 1955 a él consagrado por ser el de sus Bodas de Plata con su Era gloriosa.

En cuanto a la actitud reparadora de Trujillo para con la personalidad del ilustre dominicano Francisco J. Peynado, juzgado por él como digno de que a su cuerpo inánime se le diese sepultura en la Capilla de los Inmortales de nuestra Catedral Primada, en contraposición al parecer apasionado de los que le negaban a Peynado ejecutorias para tales honores, cumple señalar, a fin de poner la verdad en su punto ya que la opinión ha andado vacilante respecto de aquella figura de nuestra historia, que lo que Trujillo hizo fué un acto de reparación necesaria al interés supremo de purgar de rigideces y vehemencias contra ellos, a no pocos próceres dominicanos.

Peynado merecía que se honrara de ese modo su memoria y no fué llevado su cadáver a la magna Capilla como por obra de quien resucitó una república que dejó de ser y creó en su lugar otra nueva. No había hecho ni una cosa ni la otra. Hubo sólo la obra de un puente de facilidades a título de con-

veniencias recíprocas para que el ocupante del territorio dominicano sin derecho para ello saliese del País, y nuestro pueblo recuperase su derecho propio. Pero como el haber llegado hasta ahí cuando el nacionalismo de "Pura y Simple" oponíase a este puente y no había otro medio práctico de retirada, constituía una necesidad imprescindible y a esto se llegó por fuerza de las circunstancias, la acción de Peynado fué obra de un patriota valiente y responsable, y eso le premiaba la República a Peynado mediante el instrumento justiciero de ella encarnado en Trujillo como el verdadero héroe por excelencia del tercer período histórico de la República Dominicana, que sería en realidad denominado la "Tercera República", de que se viene hablando, si así pudiera jurídicamente ser llamado. Este período glorioso de nuestra historia no comienza en 1924, año de la referida desocupación militar y mediante el Plan Hughes-Peynado, sino en 1930, que fué cuando con Trujillo se inició la PATRIA NUEVA.

La presión moral ejercida por la digna conducta cívica dominicana, en forma protestativa de repercusión mundial, sin vocería ni arrogancia ridícula, sino de justo reclamo del derecho usurpado, inclinaron al Gobierno de Estados Unidos a considerar la necesidad imperiosa en que se hallaba, de

retirar sus fuerzas militares de nuestro territorio. Eran dos necesidades respectivas: la dominicana, por el restablecimiento de su independencia arrebatada, y la norteamericana, de inspirar en la América Latina la fe que ésta llegó a tener en Estados Unidos antes de la serie de ocupaciones que realizó en países antillanos y centroamericanos y que dieron lugar a que se interpretara la Doctrina de Monroe como “América para los norteamericanos”.

Tal recapacitación por parte de Estados Unidos significó formal empeño de rehabilitación de confianza, sin la cual no era posible ninguna tentativa hacia la formación de una conciencia panamericana.

En esa posibilidad de solución del caso nuestro, Peynado enderezó a tal fin gestiones más afines con los medios de llegar a poner término a nuestra situación de país intervenido que las que por parte suya había hecho a nombre del pueblo dominicano al Departamento de Estado norteamericano, la Misión Nacionalista Dominicana por vía de su presidente el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal; pero era indispensable transigir en un punto, sin lo cual no habría forma de desocupación posible para el Gobierno de Estados Unidos, cual era “la ratificación de las Ordenes y Resoluciones Ejecutivas pro-

mulgadas por el Gobierno Militar y publicadas en la Gaceta Oficial, que hayan establecido rentas, ordenado erogaciones o creado intereses en favor de terceros, y de los reglamentos administrativos dictados y publicados, así como de los contratos celebrados en virtud de tales órdenes o de alguna ley de la República". Esto no implicaba para los dominicanos asentimiento del intervencionismo consumado, sino validación de las disposiciones que habían creado efectos indestructibles como hechos realizados al amparo de ellas y cuya imposibilidad de anulación dábales carácter de cosa equivalente a realidad jurídica.

La "Pura y simple" de los nacionalistas era fórmula según la cual debían irse las fuerzas norteamericanas de ocupación sin que para ello mediara acuerdo alguno. "Preferible es que se queden, a entrar en transacción para que se vayan", era la interpretación "Pura y simple", y Peynado, patriota incorruptible, pero realista, práctico, efectivo, como ajustado a las circunstancias imperiosas de los hechos cumplidos y a la necesidad de nuestra libertad e independencia, que no podíamos restablecerlas con las armas, aceptó la responsabilidad de situarse en el plano en que las circunstancias le colocaron para las negociaciones celebradas entre

el Gobierno de Estados Unidos y él por la República Dominicana, y suscribir a nombre de ella el Plan de Evacuación que lleva su nombre y el del entonces Secretario de Estado norteamericano de Relaciones Exteriores Charles Evans Hughes, por haber sido elaborado por ellos, y que adquirió al ser ratificado por nuestras Cámaras Legislativas el 12 de julio de 1924, el carácter de Tratado de Evacuación.

La conducta de nuestro país, de protesta ante el mundo, no por falta de apoyo en la Fuerza menos carente de valor y eficacia, ya que tenía el otro apoyo emanado de las fuerzas morales, que tarde o temprano se cumplen, tuvo mucho que ver con la cordura con que sirvió Trujillo a la Patria en esos graves momentos de eclipse, en que impidió, con su cívica entereza en el puesto de guardián del orden público que le tocó asumir, aquellos desmanes del gavillerismo que supo reprimir evitándole al País no sólo la situación gravísima en que la población cuerda y pacífica se hubiera visto envuelta al confundírsela con los autores de vandálicos hechos, sino la desventaja misma que tal estado de cosas le habría traído al medio social dominicano en la dignidad de su protesta por la ocupación militar de que era víctima.

De ahí la levantada actitud de Trujillo como Presidente de la República en hacer que el cadáver de Peynado fuera inhumado, el 23 de febrero de 1933, en la Capilla de Inmortales, y dijera de aquel gran hombre estas conmovedoras expresiones que traslado, como piedras de subido quilate elocutivo, a esta biografía: “Desde que en 1911 el Gobierno Nacional le confía nuestra plenipotencia en Washington, su voz se hace escuchar interesantemente en los acontecimientos de nuestra política exterior, pero su figura se agiganta, en proporciones magníficas, cuando para resolver el caso de la ocupación militar del País sobrevenida en 1916, emulando a los grandes patriotas de la historia, con gesto cívico digno de nuestras viejas tradiciones, conviene con la cancillería norteamericana asumiendo la más grave responsabilidad de su vida, un plan de desocupación por el cual nos fué reintegrada nuestra plena soberanía, en las mismas condiciones en que la había encontrado la dolorosa contingencia de 1916”.

“Sin duda —continuó diciendo Trujillo— no es suya solamente la gloria en nuestra segunda lucha restauradora. El pueblo dominicano luchó por su propia causa con unánime decisión. Pero la proceridad de Peynado consiste en haber se-

guido con absoluta lealtad, y con la independencia característica de los grandes hombres, las pulsaciones del corazón nacional. "...Sabe también que las armas que han de esgrimirse para defender la nacionalidad deben ser escogidas conforme a circunstancias que están a veces por encima del designio de los hombres y del destino de las naciones".

Consecuencias trascendentales de esta determinación propia del carácter de Trujillo en relación con los conceptos de crítica infundada prevalente en el medio acerca de nuestros próceres.

Tan justa determinación de Trujillo para con la figura procerca de Peynado fué, en 1933, el comienzo de una bella acción reparadora en favor de considerable número de patriotas que no pecaron de infidelidad a la causa independentista a que sirvieron, sino que pensaron asegurar mejor su caro suelo y cuanto en él colmaba sus ansias de felicidad uniendo su destino al de la tierra de donde habían venido los primeros troncos y seguían viniendo otros semejantes. Consideró no sólo injusto sino negativo el juicio erigido en norma de admisión o de desplazamiento, según los casos, de los próceres dominicanos. Por el hecho de haber actuado como lo hizo en el caso de la desocupación militar norteamericana de nuestro territorio —como reza en el capítulo anterior— allanándose a condescender, sin mengua del decoro patrio, en lo que no era posible lograr de otra manera para el restablecimiento de la libertad e independencia del País, a Peynado se le negó proceridad. Fué blanco de

ataques, por la calidad, censurable para muchos, del Plan bautizado con su nombre, y de lo menos grave que se le dijo por la prensa es aquella frase de don Federico Henríquez y Carvajal: "El plan Peynado no es malévolo, pero es malo".

Trujillo viene pesando hechos, circunstancias y condiciones de vida de no pocos de nuestros grandes hombres de otros tiempos cuyos méritos como patriotas les han sido escatimados. A su sereno estudio de nuestra realidad histórica pasada se deben reivindicaciones de hombres y acontecimientos. Con sus nombres devueltos a la consideración y respeto públicos han sido designados lugares, obras e instituciones.

Desde sus primeros años de gobierno se interesó Trujillo en analizar con reposado criterio lo que para los héroes de nuestra Independencia significó España, vista como la Patria Madre, a la que por el hecho mismo de serlo no creyeron significados héroes de nuestra guerra de separación de Haití que traicionaban a la República cuando, ante la perspectiva de una nueva invasión haitiana de considerables proporciones en momentos impropicios para contenerla por el estado de desorganización interna en que se hallaba el País, optaron porque

éste se convirtiera en parte integrante de la nación española.

Y no lo creyeron recordando que en la Guerra de la Reconquista en 1808 y 1809, presidida por Juan Sánchez Ramírez, no fué indigno de los dominicanos volver a pertenecer a España, como lo lograron dando su sangre en guerra contra las armas francesas, en vez de hacerlo para constituirse en estado libre e independiente. No lo creyeron, tampoco, recordando que cuando el País se independizó de España en 1821, poniendo bajo la bandera de la Gran Colombia la repuesta colonia española de esta Isla, no pensaron los dominicanos que incurrían en indignidad al no constituir bandera propia y ampararse en una extraña.

Pensaron aquellos hombres de 1861 que España no venía como ama sino como madre; que no podía mancillarles sus presillas y denigrar su condición humana y su conducta cívica el hecho de que se unieran familiarmente ambos países.

Y no podrían pensar aquellos nobles hombres, en semejante circunstancia, que incurrían en faltas susceptibles de pérdida del prestigio que habían alcanzado sus armas en aras de la libertad de su pueblo. Ninguno lo creyó. Ninguno lo pensó siquiera.

**La anexión a España y la Política de reparación
histórica.**

Al disponerse Trujillo a que se honrara la memoria de Santana vinculando su nombre a una obra pública y a una orden militar, hizolo convenido de la grandeza de aquel hombre que en ningún momento de su vida traicionó a su país, sino que, persuadido de que la existencia del mismo era vacilante por estar con frecuencia amenazado, y especialmente cuando se desataron las pasiones partidistas antes de que se consolidara como república, buscó en la Anexión a España un medio de impedir que aquélla volviese a caer en otra esclavitud.

Pero contrariamente a la acción que significó para Santana la solución de un problema de seguridad vital del pueblo dominicano, surgió la reacción apoyada en el precedente duartista de una patria sin respaldo de ninguna nación, edificada sobre cimientos de cultura cívica y que sólo se debiera a sí misma, reacción que se manifestó en forma de protesta armada contra el tutelaje español. Y se vió entonces lo que no parecía que pudiese

llegar a ser cumplida realidad: la renovación victoriosa de la voluntad pública por la independencia cabal sin arrimo a nación alguna, ni de Europa, ni de América ni de ningún otro continente: el triunfo de la contraanexión.

Peña Batlle apunta a este respecto, en su ensayo biográfico a manera de prólogo a la obra "Emiliano Tejera", lo siguiente: "Los dominicanos que no tuvieron fe en la independencia absoluta en razón de la consistencia de la amenaza haitiana, trataron de asegurar la conquista cultural que envolvió la separación de Haití mediante el contacto efectivo de nuestra cultura con la de otra nación europea, preferentemente España, a fin de salvar los peligros que necesariamente implicaba para el hecho social y cultural dominicano la fusión con Haití. Juan Sánchez Ramírez, Gaspar Hernández y Pedro Santana son los tres grandes representativos de esta posición. Es necesario al opinar sobre esos tres personajes hacerlo con mucha serenidad y con mucho dominio de la situación en que vivieron".

"Sobre la memoria de don Pedro Santana y Familia se ha acumulado mucha injusticia. Generación tras generación los dominicanos hemos mantenido sobre aquella figura un juicio peyorativo que no se compecede con la función que cumplió en el

drama de la independencia. A esto han contribuido visiblemente las opiniones de sus enemigos, como la del General La Gándara, cuyo libro sobre Santo Domingo es parcial y muy enjuto de criterio. Hasta ahora no se ha hecho un estudio psicológico de Santana ni se han enfocado con sentido objetivo su vida y su obra. Da miedo penetrar en el examen de la literatura antisantanista. Toda ella está plagada de retórica, lugares comunes y sutilezas. Su contenido es puramente declamatorio”.

“Cuando Santana hizo la anexión a España tenía 61 años y hacía 17 que alternaba en el poder luchando al mismo tiempo contra los haitianos. Conocía como nadie las condiciones de estabilidad de la República. Político y guerrero de primer orden, en mi concepto mejor político que guerrero, o para hablar con más propiedad, guerrero en función de político, no pudo dar un paso como el de la anexión sino por vía intuitiva, presionado por circunstancias vitales y sin sujeción a ningún principio abstracto preestablecido; el de la independencia absoluta no había adquirido todavía carácter definitivo en la realidad dominicana. No hay duda posible de que Santana hizo la anexión con gran repugnancia personal. Es error gravísimo atribuirle a aquel hombre miras de conveniencia personal

en el acto de la anexión. A los 61 años de su edad y a los 17 de su influencia política no es posible que se decidiera él a realizar la experiencia de un cambio tan radical en la configuración de su propia vida. Tampoco nos está permitido pensar que lo hiciera para granjear ventajas económicas cuando siempre vivió pobre y fué la honradez virtud esencial de su carácter. Santana se comprometió con España en acto sustancialmente político e imbuído por razones políticas. Algunos escritores eminentes llegan hasta el extremo de afirmar que Santana engañó y sorprendió a España con sus ardides zorrunas al inducir la por la anexión. Esto raya en candidez. España supo muy bien lo que hizo al volver a Santo Domingo en momentos en que el destino todo de la política mundial se debatía en la Guerra de Secesión”.

“Si Lincoln hubiera perdido esa guerra se dividían los Estados Unidos bajo la influencia de Inglaterra y lo más probable es que España no se hubiera retirado de Santo Domingo tan rápidamente como lo hizo. La doctrina de Monroe, con la derrota de Lincoln, perdía sentido y eficacia. La influencia de Europa en América se perdió en los campos de la Guerra Civil. Contra los que piensan que Santana engañó a España, creo yo que fueron

los políticos españoles quienes se valieron de la genuina e intuitiva postura hispánica de Santana para realizar en 1861 —momento oportuno— el acto de la reincorporación que desde 1844 diligenciaba el caudillo sin que el Gabinete de Madrid die-
ra oído a sus instancias”.

“La anexión no fué un acto esporádico realizado por Santana contra un sentimiento unánime de la conciencia pública dominicana. Esta, unánime solamente frente a la unión con Haití, estaba dividida —profundamente dividida— en cuanto a la viabilidad de la independencia absoluta. Santana no mantuvo en ningún momento de su vida esta última disyuntiva ni la mantuvo tampoco una gran parte del pueblo. No hay que hablar de traición puesto que el político dominicano no ocultó su disposición al entendido con una potencia europea. Gobernó el país bajo la premisa de aquel entendido, al que jamás desposeyó de las posibilidades de anexión”.

“Si se coloca el fondo de la independencia dominicana en su justo sentido social de reconquista contra la influencia de Haití y de regreso a la valoración hispánica de nuestra nacionalidad, necesariamente se llegará a la conclusión de que el caudillo no sólo no traicionó a su país sino que trató de

consolidar sus cimientos sociales con la anexión a España”.

“Lo cierto es que contra la actitud de los anexionistas se levantó el pendón de la independencia pura. Sin la influencia intelectual de Duarte no se explica el triunfo de los que se aliaron a sus ideas políticas. Por eso creo que fué él quien descubrió y fundó la conciencia nacional dominicana. Contra toda consideración de tipo objetivo, el Apóstol mantuvo el principio intangible de la soberanía total. No admitió una sola limitación en este punto. Con gran limpidez expuso él mismo, en carta dirigida el 7 de marzo del 1865 al Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de la Revolución dominicana, su ideario nacionalista. Los últimos párrafos de esa carta son concluyentes: “Visto el sesgo que por una parte toma la política franco-española, y por otra la importancia que en sí posee nuestra Isla para el desarrollo de los planes ulteriores de todas cuatro Potencias, no deberemos extrañar que un día se vean en ella fuerzas de cada una de ellas peleando por lo que no es suyo. Entonces podrá haber necios que, por imprevisión o cobardía, ambición o perversidad, correrán a ocultar su ignominia a la sombra de esta o aquella extraña bandera; y como llegado el caso no habrá un solo dominicano

que pueda decir: yo soy neutral, sino tendrá cada uno que pronunciarse contra o por la Patria, es bien que yo os diga desde ahora, más que sea repitiéndome, que por desesperada que sea la causa de mi Patria, siempre será la causa del honor, y que siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre”.

No parecía posible que así resultara —apunto ahora yo— porque la Anexión no fué obra aislada, carente de apoyo en el medio social. El asidero necesario lo hubo, y los que se allanaron, a falta de plebiscito, a dar sus firmas en favor de nuestra fusión con España, no lo hicieron, según parece, por medios compulsivos. Santana pudo haber intentado el plebiscito; pero con un enemigo en acecho de oportunidades, como el haitiano en aquel entonces, arriesgado era hacerlo. Por otra parte, tratándose de España y del sentido hispánico que había mantenido la unidad de toda la familia dominicana a través de sus vicisitudes históricas, no consideró aquel caudillo que fuera indispensable recurrir como acto primo al recurso plebiscitario, dando por segura de antemano la aquiescencia general.

Pero en su designio no previó que pudiera, sin él, haber un movimiento general capaz de devolverle al País su perdida condición de dueño

absoluto de su destino adquirida diecisiete años antes. Los cálculos de Santana erraron en ese punto. El factor íntimo de la integridad patria tenía arraigo suficiente para lograr nuevo impulso, y a comunicárselo con tendencia a convertirlo en acto, concurrió un factor cultural en función de conciencia cívica de procedencia duartisea, al que concede gran importancia el referido historiador Peña Batlle, y ese otro factor de influjo divino, favorable a la causa dominicana de todos los tiempos y al que Joaquín Balaguer atribuye considerable trascendencia en su reciente ensayo de ingreso en la Academia Dominicana de la Historia. Conforme a este último factor conviene señalar aquí el hecho de haber participado en la acción del 6 de septiembre de 1863, que redujo a escombros la ciudad de Santiago de los Caballeros, grupos de las inmediaciones a la misma ciudad que, por escasez de armas, improvisaron lanzas de madera de corazón con las cuales se batieron heroicamente.

También es cosa cierta la circunstancia de que muchas de las personas que al principio no fueron desafectas a nuestra fusión con España, al surgir la guerra contra la Anexión y en la alternativa de tomar partido en la lucha, no vacilaron en unirse a los restauradores. De aquí también la tragedia ín-

tima entre mozas dominicanas y militares españoles, separados en la felicidad pero unidos en el dolor.

El destino entre Madre y Primogénita estaba de parte de la Independencia de esta última, que ya había sido bautizada con sangre y sobrevino su confirmación; pero con el destino separatorio implicativo de que la primera nación hija de España podía vivir por sí misma como entidad política propia contra todo peligro de desaparecer en su carácter y perfil republicanos, subsistiría a través del tiempo el lazo indisoluble de la hispanidad. La realidad presente lo atestigua, cual si una voluntad superior guiadora y salvadora preservara la virtud de dicho lazo como recurso vital común, no sólo entre España y su primera hija en América, la República Dominicana, sino también entre España y las demás hijas de ella que junto con su esencia originaria han desarrollado sus poderes de lucha y responden a una filiación de libres pueblos ligados por una fuerza íntima innegable que no puede ser otra que el espíritu de esa misma hispanidad.

Vió eso Trujillo con intuición poderosa y evidentemente genial; lo capitalizó en valores espirituales y morales dentro de su política interior y exterior, y apoyado en razones de necesidad y de

justicia internacional propuso en la Organización de las Naciones Unidas, como representante especial de la República Dominicana ante dicho organismo y a nombre de ella, la revocación de la Resolución de 1946, por medio de la cual los Estados miembros de la ONU retirarían de Madrid sus embajadores y se impediría que dicha nación participara en los organismos especializados de esa entidad internacional. El ver eso Trujillo y promover con éxito la reparación consiguiente, pone de manifiesto el alto empeño suyo en la conservación de ese lazo común de pueblos con miras de supervivencia de los mismos frente a los peligros de opuestas tendencias ideológicas con respaldo de grandes fuerzas que los amenazan.

Y volviendo a los hombres de la Anexión, aleccionados por la Restauración de nuestra Independencia, se equivocaron, pero no traicionaron. Conciencia luminosa fraguada en el estudio, no la tenían. Santana, primera espada de nuestras guerras de Independencia, nació en Hincha, humilde pueblo fronterizo, y residía en un hato cuando se necesitó de un general improvisado que se enfrentara al empuje de las huestes invasoras de Occidente, superiores a las nuestras en preparación,

número y armamentos. De predios ganaderos y agrícolas salieron muchos de nuestros bravos capitanes. Ninguno procedía de academias militares, en las que ni siquiera se soñaba. Así y con todos los defectos de su medio, pero también con todas sus virtudes, considerablemente mayores que sus defectos, se hicieron heroicos. Negarles méritos y regatearles honores, como se ha venido haciendo con ellos, no responde a un sentido de equidad ajustado a esa ideología circunstancial de lo nuestro con relación a lo español, prevaleciente en el ánimo de no pocos jefes militares que incurrieron en equivocación, pero no en traición, y cuando se fijara este criterio histórico como definitivo acerca de tan debatida cuestión, se ofrecería a la Escuela dominicana el punto de vista desde el cual pueda ella formar conciencia estudiantil sobre lo que ha venido siendo punto oscuro en un aspecto de nuestra realidad histórica.

La política de Trujillo a este respecto es pauta orientadora escolar. En educación cívica no se debe andar a tuestas ni a medias. Tampoco puede la Escuela dominicana carecer de criterio fijo acerca de los próceres de nuestra Independencia relacionados con la Anexión de la República a España. Es este

caso un serio problema de historia patria para la solución del cual conviene el parecer de la Academia Dominicana de la Historia.

Prueba del confusionismo reinante que existía relativamente a si eran dignos o no de los honores de la posteridad Santana y los demás próceres independentistas que hicieron la Anexión a España, la ofrece lo ocurrido en la Cámara de Diputados en la sesión extraordinaria del 10 de abril de 1934. Conocióse en esta sesión el proyecto de ley presentado por el diputado Agustín Malagón hijo con el apoyo de catorce miembros de dicho cuerpo legislativo y destinado a denominar VALERIO a la común de San José de las Matas por haber nacido en ella Fernando Valerio, héroe de nuestras guerras de Independencia, que se cubrió de gloria en la célebre Batalla de Santiago el 30 de marzo de 1844 contra el ejército invasor haitiano al mando del General Pierrot.

Pero como Valerio fué uno de los jefes militares participantes en dicha Anexión, y su nombre hallábase dentro del estado de incertidumbre en que habían caído todos ellos por lo difícil de coordinar, sin mengua de su proceridad, sus anteriores hechos de gloria con los siguientes inglorios, sus-

citáronse opiniones encontradas en torno a aquella figura que se trataba de exaltar, sin que se llegase a otro acuerdo que al aplazamiento del proyecto de ley, que descansa en los archivos parlamentarios al peso abrumador de veintiún años de silencio.

Quedaban sujetas, por consiguiente, aquellas figuras del pasado, al juicio definitivo que sobre ellas habría de pronunciarse fuera de la época a que pertenecieron cuando, estudiadas con sereno análisis las circunstancias inseparables de sus actos, se depurara su conducta y se les reconociera su puesto de honor en nuestra historia.

Esa misión reparadora es parte importantísima de la política de Trujillo, y como tal había que darle en esta biografía el valor extraordinario que tiene por las mismas consideraciones ya puntualizadas y por las finales del presente capítulo.

Una de las arremetidas ideológicas contra mucha documentación erigida en substancia capital de historia, que Trujillo ha venido combatiendo con conocimiento de causa, de realidad y de escenario de tiempo y circunstancias ambientales, es su esclarecimiento del pasado glorioso a que pertenecen todos esos héroes nuestros, discutidos, culpados o negados. Con ese sentido claro, enérgico y preciso, de seres y de cosas, que le es propio, y

el de su responsabilidad de lucha por la senda que se abre a fuerza de estudio y convicción profunda de la realidad, nada le retratan mejor en este aspecto de su fisonomía política y moral que los siguientes párrafos de su notable discurso de inauguración de los puentes sobre los ríos Chavón y Sanate, con los nombres respectivos de Juan Sánchez Ramírez y General Santana.

“Consecuente con esa norma de nacionalismo que es divisa en mis afanes, procuro siempre rodear de majestad y de respeto cada sitio que sintetice un capítulo de nuestra Historia; reverencio con amor y evoco con unción el recuerdo de nuestras glorias y consagro obras como las que hoy se inauguran con los nombres de nuestros héroes. Por eso se llaman estos puentes, uno, “Juan Sánchez Ramírez” y otro, “General Santana”.

“Del primero, paladín de la Reconquista, vencedor de las águilas imperiales en la ruta inmortal de Palo Hincado, nada tengo que agregar de merecido elogio de su fama que ya no lo haya consignado la Historia. Pero he mencionado a Pedro Santana, y toda la fuerza de mi nacionalismo se empeña ahora en rescatar su memoria de la injusticia y del olvido, para ofrecerla a mejor aprecio de las generaciones presentes y de la posteridad”.

“Con el ánimo sereno, despojado de pasiones ancestrales, la conciencia puesta en Dios y mis pensamientos en la Patria, tengo la convicción de que si la República pudo caminar a pie firme por sendas de Libertad, fué porque el General Santana le abrió con su machete vencedor trochas de gloria en los campos del “19 de Marzo” y “Las Carreras”.

“Pedro Santana es el más grande guerrero de nuestras primeras luchas libertadoras. Sin la reciedumbre de su espada, nuestra incipiente nacionalidad hubiera perecido. Sin su indomable coraje, sin su férrea energía y sin el aporte triunfal de su brazo y de sus recursos personales, inútiles hubieran sido los sacrificios realizados, las penalidades experimentadas, los dolores del patriotismo sufridos en el silencio de los hogares en duelo; y sin su valor intrépido, el ideal trinitario hubiera caído abatido en los campos de batalla como pájaro con las alas rotas!”.

La glorificación parcial de Santana va en camino de su glorificación total, y con la de él, la de todos los que le siguieron en ruta de ver a España y a su primogénita como inseparables, sin que implicara deshonor para la última su unión a la primera en una compenetración de raíz y tronco o de rama y vástago bajo una concepción de árbol hispánico. Fué una equivocación de buena fe, repito,

y nada más. Quien no vea eso dentro de la lógica de la verdad o de la filosofía de la historia, cae en miopía de visión acerca de aquella realidad de 1861.

Trujillo representa, a estas horas de proceso histórico dominicano, un sentido justiciero profundo, de restitución de nuestro pasado heroico a su verdadera condición moral dentro del heroísmo que la caracterizó. En vez de penetrar en aquella época, como rebuscador entre papeles viejos, para denostar cuanto de responsabilidad y de culpas tuvo ella, y ser un anatematizador más de los hombres que con todas las imperfecciones hijas de su tiempo, de que adolecían, supieron ser próceres y mártires, Trujillo ha querido que la historia de la presente hora dominicana comience por hacerle justicia a la otra, librándola del confusionismo de haber en ella próceres de nuestra Independencia que dejaran de serlo por el presunto pecado de haber recurrido a España ante un nuevo peligro de invasión occidental.

Para solucionar un caso típico de nuestra historia visto como problema de índole patriótica necesitado de pronta solución que fuera a modo de concepto definitivo acerca de la verdadera situación moral de los próceres de nuestra Independencia que habían incurrido en aquel error, Trujillo le

dió el frente al problema. Era patriótico encararlo y no vaciló en hacerlo. Había que romper primero una barrera de prejuicios anulatorios de dignidad patricia para los libertadores equivocados de buena fe, y él estaba dispuesto a ir contra esa barrera. Mucha tinta se había empleado en artículos de apasionada crítica contra ellos, y él asumiría la responsabilidad y el valor intelectual necesarios para que se corrigiese el error de una injusticia contra un error no proveniente de conducta criminal contra la Patria, sino de supuesta providencia defensiva de ella ante la posibilidad de una nueva invasión occidental.

De ahí la designación con el nombre de Pedro Santana de un puente sobre un río del Este, y la nueva ley en virtud de la cual fué creada la “Orden Militar del Heroísmo Capitán General Santana”, para recompensar con ella, “de modo especial —como reza el Art. 1º de dicha ley— actos o hechos heroicos, de arrojo y valor extraordinarios, excepcionalmente meritorios, prestados por miembros del Ejército, la Marina y la Aviación”, para ser concedida “a los Generales, Oficiales, Cadetes y Alis-
tados, del Ejército Nacional, de la Marina y la Aviación”.

En robustecimiento de esa política de reparación moral e histórica, de Trujillo, el Presidente Trujillo Molina dirigió al Congreso, por vía del Presidente del Senado, el proyecto de ley convertido ya en ley de la Nación, que instituyó la referida Orden Militar. Y tan noblemente edificado y altamente significativo es el texto de remisión con que el Jefe del Estado recomendara al Congreso el consabido proyecto, que lo reproduzco a continuación para cerrar con él este capítulo de la obra.

“Pocas ocasiones he tenido —exclama el señor Presidente— más dignas y elevadas en el ejercicio de las funciones a mi cargo que la de reconocer el mérito de los grandes hombres a quienes debemos la independencia de nuestro país. En todas esas oportunidades no ha escatimado el Gobierno inspirado por el ilustre Benefactor de la Patria, el Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, medio de enaltecer o solicitar que se enaltezca la memoria de aquellos insignes varones que todo lo sacrificaron por legarnos una patria libre”.

“Vengo hoy, pues, con la satisfacción y el orgullo que produce ser intérprete de los sentimientos del pueblo dominicano, a ofrecer un justiciero reconocimiento a la más grande espada de nuestra inde-

pendencia: el Capitán General Pedro Santana, héroe máximo de nuestras luchas redentoras”.

“El insigne paladín que en las más graves situaciones del período independentista ofrendó su vida, su prestigio y su nombre en defensa del suelo patrio, demostró su genio militar extraordinario y su valor inigualable en las ocasiones que le reservó el destino para que viniera a ser la más grande figura militar de nuestras luchas libertadoras”.

“Fueron de tal consideración los méritos del ilustre Libertador, que la España gloriosa de todos los tiempos lo hizo objeto de la más grande distinción militar. En vez de considerarse un baldón para el esclarecido patriota Pedro Santana haber recibido de la Madre Patria el grado de Capitán General, constituye, por el contrario, un elevado y preponderante honor no tan sólo para un dominicano sino para los propios españoles a quienes se les haya conferido, por sus extraordinarios méritos, tan señalada distinción. Bien merecido lo tuvo el Capitán General Santana; fué él, sin duda, el más destacado defensor de la hispanidad del pueblo dominicano, gracias a la cual ha mantenido éste las sanas tradiciones hispánicas de que hoy se enorgullece”.

“Justo es también que el pueblo dominicano a cuya independencia dieron nacimiento su espada

y su valor, otorgue estos reconocimientos dignos de la proceridad ilustre del héroe de “Las Carreras”.

Al considerar tan elevadas y patrióticas finalidades, espero que el Congreso Nacional impartirá su aprobación al anexo proyecto de ley por el cual se crea la Orden Militar del Heroísmo “Capitán General Santana”, para ser conferida a los militares que se distinguen por su heroísmo”.

La Frontera

Nuestra frontera con Haití, fatal herencia, para Santo Domingo, de las cruentas luchas tradicionales de pasados siglos entre España y Francia, ocupó la atención de Trujillo como asunto primo dominicano; pero no en un afán de fortificación, espoleado por el recuerdo de lo que hirió su oído en las clases de Historia Patria, que llevaron a su incipiente mocedad el conocimiento de cuanto en sucesivas calamidades provenientes de la porción occidental de nuestra Isla venía hacia esta otra parte insular. Pensaba el valiente mozo en aquella situación de su Patria expuesta, como se hallaba de continuo, a larga serie de invasiones que podían repetirse en el correr de los tiempos con el descuido en que se hallaban las regiones limítrofes por incuria de pasados gobiernos.

En esos años juveniles solía Trujillo visitar el histórico sitio de Las Carreras con su espina dorsal de cerros bordeados por el río Ocoa, que no lograron vadear las huestes de Soulouque batidas por Santana el 22 de abril de 1849. Aquellos cerros,

mudos para tantos ojos habituados a verlos, no eran silenciosos para él, que con intuición poética y de militar en ciernes podía leer en ellos, lejos de pensar que con los años y por obra de su genio y de su patriotismo, se alzaría sobre el Ocoa en ese mismo sitio el más extenso puente del País, al que la gratitud nacional bautizaría, por órgano del Congreso, con el nombre de su ilustre madre Julia Molina; y lejos de pensar también que él mismo celebraría con inusitada pompa militar, el 22 de abril de 1949, el centenario de tan célebre batalla, librada sobre aquellos cerros y conocida en nuestra historia con el nombre de Batalla de las Carreras.

Pero Trujillo, en estas evocaciones de lo que por la frontera nos vino, cuando asumió el Poder Público no ideó, en su proyecto de dominicanización fronteriza, levantar grandes fortificaciones a lo largo de la zona limítrofe, sino poblar abundantemente aquella zona, como se halla hoy, cruzada por carreteras y canales de riego, dotada de escuelas, centros sociales, parques y jardines, con limitados fuertes, que no podían faltar en un plan de esa naturaleza, y con extensos campos cultivados. Así, la nota cultural y social, que acerca en vez de alejar y desunir, brilla en todas las inmediaciones a dicha línea del lado acá de ella, avanzada de

patriotismo, ciertamente, pero a la vez de conveniencia recíproca de hacer que los dos países que forman esta Isla de Santo Domingo, den un alto ejemplo de convivencia y de amor a la paz, según el cual las fronteras, en vez de ser expresión de deslinde y de amargo recuerdo de pasadas diferencias y enojosas dificultades entre los dos pueblos limítrofes, sean, por el contrario, límites divisorios naturalmente, como han de serlo, pero fraternos.

Mejorar y poblar las zonas fronterizas dentro de esos nobles fines humaniza más aún las relaciones ya en pie de solidaridad efectiva. Trujillo no abraza designios que no sean esos mismos de perfilamiento amistoso. Así lo ha exteriorizado con palabras corroboradas por los hechos. Los dos pueblos se han de salvar juntos por el amor que pongan en lograrlo pacíficamente y no desunidos y recelosos con el odio como acicate de desgracias.

Lo peor del largo drama de esta Isla, que se extendió por centurias abarcando parte de la segunda mitad de la presente, recayó sobre su porción oriental isleña, o sea de la española y ahora dominicana. Los dos pueblos limítrofes fueron colocados por el destino sobre una sola ínsula, sin espacio suficiente para una división geográfica y para una separación política. La unidad de clima, de flora,

de fauna y de configuración de su suelo indivisible por ley natural, contrasta con la existencia en ella de dos razas distintas, de dos tendencias encontradas y de dos características sociales antagónicas. Ni siquiera entre esta antilla y sus hermanas del archipiélago se advierte diferenciación apreciable. El mismo Océano Atlántico y Mar Caribe circundantes son como las dos extremidades de un estrecho abrazo generoso.

Y no obstante esa peculiaridad unitiva de naturaleza terrenal y marítima, la isla fué seccionada, dividida, y surgió en ella el único arduo problema político que confronta la parte insular del mundo americano, verdadera tragedia histórica con edad de siglos: la frontera territorial, vivisección isleña que tanta amargura espiritual como física ha abonado a su historia como resultado de las cruentas luchas habidas entre Francia y España, cuyas consecuencias dolorosas recogió ella a modo de fatal herencia que no puede dejar de ser considerada y tenida como influjo directo de vicisitudes incontables de que ha sido objeto a lo largo de su existencia colonial y en todo el curso de su proceso biológico.

Mas no pretende Trujillo que se haga un estudio crítico profundo de directrices filosóficas en torno al caso típico especial de esta ínsula, que esta-

blccería, como resultado de pesquisas y sondeos en la porción de la sociología americana referente a nuestra frontera y sus espinosidades históricas, la responsabilidad original del fenómeno en que me ocupo, tronco de donde partieron las demás responsabilidades en el drama insular dominico-haitiano durante más de una centuria. Determinaría el estudio sereno de dicho fenómeno, consideraciones estimativas de los esfuerzos levantados que hombres superiores hayan hecho dentro del drama en cuestión para reconocer esos esfuerzos en honra de la verdad y valorizarlos con criterio de justicia.

Lo que le interesa a Trujillo, y en eso viene poniendo un interés de altura, es la humanización de la frontera, que es un aspecto trascendente de la colonización de la misma, de un valor político profundo. De ahí que, fracasado el propósito de darle solución al problema por la vía arbitral, con el Sumo Pontífice por árbitro, que iba a serlo Su Santidad León XIII y que circunstancias adversas impidieronlo, empeñóse Trujillo en que pudieran avenirse ambos países a solucionar de grado a grado el viejo litigio fronterizo, a lo que se llegó satisfactoriamente; pero luego sobrevino lamentable fricción entre sendos grupos armados de este lado de la delimitación, que motivaron nuevo arreglo, no ya de

consecuencias jurídicas por violación del tratado, que en rigor no la hubo, sino por irrupción de habitantes de aquella otra parte en prácticas de merodeo en perjuicio de agricultores y ganaderos dominicanos, nuevo arreglo en el que se hicieron compensaciones de ambas partes proporcionales a la medida en que se produjeron los perjuicios personales y de otros daños originados por la fricción de referencia. Pero en honor a la verdad, después de aquel incidente doloroso, todo ha seguido dentro del orden internacional prevaleciente entre los dos Estados vecinos.

La ideología de tipo expedicionario conquistador haitiano, causa de frecuentes invasiones a territorio dominicano, de la que se originan extensos períodos históricos de naturaleza guerrera, parece haber cesado ya, y como el ideario dominicano es antiexpansionista por arraigada convicción y práctica de sujeción a los propios límites nacionales, el ambiente de la Isla no puede ser mejor.

Como la paz dominicana se ha cimentado sobre base de organización y de trabajo, y el pueblo, satisfecho, no piensa en revueltas que turben su sosiego y comprometan su estabilidad a la manera de pasados tiempos, de triste memoria, no será tampoco la frontera, como lo fué durante dilatado

período, cómplice de nuevos atentados al orden interno de los respectivos países, por donde se filtraba comúnmente hacia este lado de ella material bélico con destino al campamento de jefes revolucionarios en cuyos planes sediciosos no faltaba la filtración de equipo de combate por aquella línea separatoria.

Tampoco favorecerá la Frontera, como antes, el contrabando frecuente, ya que la misma obra colonizadora en todo el curso de la zona limítrofe, provista de abundante red vial, servicio policial eficiente y otras saludables previsiones de orden público, evitarán igualmente uno de esos males propios de tales barreras de separación entre países vecinos, perjudiciales al Fisco y al mismo comercio ejercido técnicamente y con sujeción a la ética profesional.

Y todo ese plan fué pensado y madurado con sentido claro y sistemático de lo que debe ser una verdadera obra de colonización fronteriza. Una de las previsiones fundamentales de la acción gubernativa de Trujillo aplicada a fines políticos de acercamiento de los dos países que se dividen el dominio de la Isla, fué, desde los comienzos de su régimen en 1930, realizar dicha obra, acerca de la cual no dejó de especular con malicia el comunismo inter-

nacional con su asidero vandálico en el sitio que ha creído más propicio a sus maquinaciones, que es la América Insular, por ser esta más adecuada que la Septentrional, la Central y la Meridional, por su proximidad estratégica al Canal de Panamá y el aspecto de trampolín que tiene para caer por vía de salto a tierra firme en su oportunidad.

La colonización fronteriza está ligada con sentido previsor a la necesidad de resguardo contra el comunismo. Es uno de sus móviles. Hay que sanear las fronteras de toda posible vulneración de procedencia roja. Es por ellas por donde se cuele mejor la amarga doctrina que envuelve el peor movimiento organizado por los liberticidas de la hora contra la independencia de los pueblos.

Comprendiéndolo así, la acción política de estructura evangélica desarrollada en todo el País por tan avisado estadista, es más intensa y regular en la zona delimitadora. En ella comenzó a perfilarse a raíz de la instauración del régimen, y en ella ha cobrado mayor fuerza anímica de resultados positivos gracias a la gran labor llevada a cabo por las Misiones Católicas Fronterizas. Catolicismo contra comunismo es el contenido espiritual de la vasta campaña de orientación social que allí se realiza. Y esto pone de relieve la calidad moral y cívica de

esa lucha destinada a la dominicanidad de aquel sector territorial, a la vez que confraternidad dominicohaitiana y acción previsoramente constante contra la influencia comunista en América.

En síntesis, Trujillo ha afrontado el problema fronterizo como un medio eminentemente provechoso de hacer frontera que una en vez de separar, y que por lo mismo vale, por su trascendencia moral y espiritual, un modo de evitarla y de suprimirla por vía de amor y de concordia.

La razón de haber hecho de la República Dominicana una pequeña potencia militar.

Trujillo es pacifista no sólo de estructura local sino general. En materia de paz su objetivo no es de limitación geográfica. Trasciende a mundo. Pero aunque parezca paradójico, su pacifismo está muy bien armado. En tiempo de amenazas, agresividades y atropellos a la libertad, como es la presente hora universal, no se concibe un sector de mundo libre dispuesto a sostener la paz sin los elementos defensivos necesarios para hacer frente a la violencia. Inutilidad de rebaños sin respaldo de perros y escopetas sería la de pueblos pacíficos sin organizaciones militares eficientes con que responder a las brutalidades del asalto. Trujillo ama la paz y lucha por ella con tesón difícilmente superado; pero aleccionado por las realidades tanto del vecindario geográfico como de las de fuera de los límites americanos, puede responder, cuando las circunstancias lo requieran, a la fuerza con la fuerza.

País agredido ininidad de veces y desangrado otras tantas para echar de su suelo a los agresores, necesitaba, para su defensa, poseer armas suficien-

tes con que luchar por su conservación, y al serle obstaculizada su compra en los medios americanos productores de armamentos, cuando la llamada Legión del Caribe fraguaba intervenciones a territorio dominicano desde Cuba, Guatemala y Costa Rica, como las de Cayo Confites y Luperón, frustradas estando ya en vías de ejecución, tuvo que hacer grandes inversiones en la adquisición de una industria bélica de elaboración europea con los fondos especiales para otras finalidades de la Administración Pública, y la fábrica fué montada. Fortificáronse plazas, redobláronse defensas, y hoy en día el potencial bélico dominicano hace de este país una pequeña potencia militar, previsión y sentido práctico admirables de Trujillo, que le valen a la República Dominicana el ser considerada, en relación a su capacidad y tamaño, como potencia militar de las Antillas.

El mundo libre devoto de la paz, y en consecuencia edificado en saludable empeño fraternal, no puede alentar un sentido de concordia contra la guerra sin la consiguiente preparación bélica aplicable a casos de agresión con fines de despojo y de exterminio.

Nada interpreta mejor la realidad de la presente hora mundial como estas dos expresiones carac-

terísticas de su loca existencia: “guerra fría” y “ofensivas de paz”. Ambas paradójicas, confusas, trágicas, como estas otras dos incongruentes, formadas de elementos poéticos y términos brutales: “nido de ametralladoras” y “cortina de hierro”. Y tales fórmulas de cosas irreconciliables dejan traslucir que no es ese el camino conducente a la satisfacción de la necesidad de un cambio de rumbo salvador. Tal crudeza de verdad no es la expresión de un espectáculo dentro del cual ha de iniciarse un esfuerzo susceptible de hacer cambiar la faz adusta de la hora.

Trujillo, armado en firme, pero animado en mayor grado de firmeza por la solución de tan agudo problema, no ha visto otro medio aplicable a este caso que el del poder espiritual hecho símbolo en la cruz. Cristo es la única fórmula de solución posible y a eso ha enderezado Trujillo su voluntad de luchador, punto sobre el cual he hablado en el capítulo correspondiente de este ensayo biográfico. No hay otra.

La ciencia parece no tener nada que aportar en favor del equilibrio humano. Ella da la impresión de haber fracasado en ese empeño. La conciencia es la que tiene que asumir papel preponderante en tan críticas circunstancias. Trujillo, persuadido

a fondo de que en ese orden espiritual está el posible remedio, toma nuevas providencias caracterizadas por la restitución, a la escuela dominicana, del elemento espiritual de sentido religioso de que se descentendió la escuela oficial influida por el racionalismo que la revolucionó de modo adverso a través de doctrinas que tanto tienen que ver con el actual estado de cosas de que se resiente el mundo moral en estos últimos tiempos, punto ya tratado anteriormente por afinidad con otros y por exigencias de tema y de caso.

Pesan sobre el mundo dos grandes guerras desquiciadoras con trágico balance, y una tercera en gestación, de consecuencias destructoras incalculables si llegara a desencadenarse con armamentos de inmensa potencialidad aniquiladora como los que están a prueba de exterminio de grandes masas de población, de los que no pueden prescindir los pueblos devotos de la paz mientras sus contrarios respalden con ellos sus doctrinas extremistas.

Queda dicho que el Concordato, comentado anteriormente, lo sustenta esa misma visión de bien espiritual de Trujillo canalizado por el derrotero de la cruz, símbolo por excelencia de las libertades humanas y de verdadera cohesión social. Pero bien armado y todo para cuando la guerra fuera inevita-

ble, ahonda más en su creciente empeño de oponer barreras espirituales profundas al comunismo mediante su política basada en seguridad de albergue, subsistencia y educación intelectual, física, moral y religiosa.

Por esa notable fábrica de armas y el sistema de organización provisora de fuerzas de tierra, aire y mar que fueron necesarios y que ahora son patente realidad, hubo críticas destinadas a excitar la suspicacia contra Trujillo, a lo que éste ha respondido con obras llenas de sentido pacifista y humano, y haciendo de universal conocimiento la injusta negativa que hubo de parte de funcionarios norteamericanos a venderle armas a la República Dominicana, para su defensa ante las pruebas evidentes suministradas por el Gobierno dominicano al Departamento de Estado norteamericano sobre la verdad de las conjuras exóticas contra la paz y la seguridad de ella.

Y nada más natural y razonable que, si en el País se han honrado nombres de personajes norteamericanos ilustres, tales como George Washington, Cordell Hull y otros, por amor a la verdad y a la justicia, y como elemento necesario de enseñanza ética y de devoción a los legítimos valores de otros pueblos dentro de la más fraterna política interna-

cional, se ponga en evidencia histórica al que apartándose de las mismas pautas elevadas de los mencionados próceres norteamericanos, actuó de modo muy diverso contra un país amigo y digno de mejor trato y consideración.

Cuanto Trujillo ha hecho en este punto obedece a un genuino sentimiento de justicia, de que no ha estado muy firme nuestra América, y de ahí las dificultades en tomar en tiempo más oportuno providencias de orden defensivo contra prácticas de orden ofensivo del muy listo y avisado comunismo con su mayor enfoque en el mundo americano, y muy especialmente en Estados Unidos como potencia singular que hay que destruir antes que todo para privar al mundo libre de su más poderoso defensor, que es dicho gran país.

Todo esto lo ha previsto, entrevisto y sondeado Trujillo, el más radical y vigilante político del Nuevo Mundo opuesto a la lenidad con que ha venido siendo observado y tolerado el comunismo en nombre de la libertad que quiere destruir asistido de su mejor servidor: el colaboracionismo de tipo americano.

El viaje a España.

Desde mucho antes de que Trujillo lo intentara, en España era general anhelo público, y también oficial, verlo sobre suelo español. La hidalguía hispánica quería manifestarse en un tributo de reconocimiento al hombre de gobierno que de la defensa de España hizo causa ante la Organización de las Naciones Unidas para que se enmendase un error cometido contra ella en hora de lamentable olvido de lo que es y ha sido siempre ella como Madre por excelencia de pueblos esparcidos por el mundo y nutridos con todos los elementos de civilización y de cultura que ha sabido ofrecer sin reservas de carácter racial ni prejuicio alguno, multiplicándose en liberalidades y virtudes muy superiores a lo que se filtró junto con ellas, como abrojos entre lirios, hacia sus posesiones de ultramar.

Ni para derramarla en los casos inevitables de lucha inherentes a casi toda empresa colonizadora, ni para inyectarla en las débiles razas que hubo de incorporar a mejor vida y superiores desig-

nios humanos, fué ella avara de su sangre. Al hacer coloniaje, enseñó también a liberarse de él, haciendo luz de ciencia y de conciencia, y esa proyección generosa a través de siglos de acción y de transformación que han sido los cauces vitales por donde fluyó largamente la corriente humanística de sentido cristiano esparcida por el mundo, no puede menos de refluir en nuevos siglos de reintegración a la fuente originaria, en un esfuerzo de encontrarse tras la separación inevitable, España y los pueblos de ella nacidos para fortalecimiento de su causa común de convivencia histórica.

Penetrado de esta consigna de reciprocidad de búsquedas y encuentros, de recomposición de lazos dentro de las características propias de cada entidad hispánica por camino de reintegración, Trujillo ha encarnado esa necesidad de nuestro tiempo y decidió su ida a España, acogiendo la invitación especial que le fué hecha por el Gobierno del Generalísimo Franco.

Su llegada a la Madre Patria marca un doble acontecimiento de historia contemporánea dominicoespañola y de proyección hispanoamericana. Es así como hay que ver y enjuiciar tal acontecimiento. En efecto, no fué sólo una comitiva oficial, ceremo-

niosa, noble y caballeresca, la que halló Trujillo a su arribo a España y en su recorrido por ella. Fué un pueblo febril, compacto, el que se lanzó a recibirlo y lo siguió en un desbordamiento humano hasta el límite de su marcha en Barcelona, donde a bordo de lujosa nave española dirigióse a Roma.

Fué hasta España con su prestante familia, Doña María de los Angeles Martínez de Trujillo, Primera Dama de la República, y el menor de sus hijos, Leonidas Rhadamés, a quienes se unieron días después la señorita María de los Angeles del Corazón de Jesús, segundo fruto de tan ilustre unión, que ya había estado en España, donde fué objeto de distinción especial, y el primogénito de la familia, doctor Rafael Leonidas Trujillo hijo, Mayor General y Jefe de Estado Mayor de la Aviación Militar Dominicana acompañado de su señora esposa, doña Octavia Ricart de Trujillo, con sus tres primeros vástagos María Altagracia, Ramfis Rafael y Aida.

En sus correspondientes fastos nacionales España y la República Dominicana destacarán tan memorable circunstancia de intercambio de condecoraciones de Jefes de Estado y de Primeras Damas respectivas, como las que hubo en ratificación de

sentimientos amistosos y en prenda de hispanismo como fuerza espiritual y moral de cohesión llamada a mantener la necesaria unidad histórica de la gran familia de pueblos formada por España y los diversos países de su origen y habla, y que, en tan memorable ocasión, cobrara nuevo aliento.

De esta verdad supo darse exacta cuenta toda la comunidad española por donde fué Trujillo en recorrido jubiloso recibiendo claras y patentes muestras de simpatía no común a lo largo de aquel inmenso territorio. No fué sólo hidalguía por reconocimiento de nobles servicios al ilustre tronco ibero, sino eso en paridad con el otro estímulo de concordia interhispanica, que brilló en el abrazo fraterno entre los dos Generalísimos Franco y Trujillo, y con el cual sellaron ambos jefes lo que requería avivamiento en la presente hora de cristianismo contra comunismo, de amor a la libertad contra menosprecio de ella, y de democracia de obras contra democracia de palabras frente al enemigo de Dios y de las Patrias constituídas bajo el lábaro divino de la fe.

Tales circunstancias hicieron de rosas el camino de Trujillo hacia España y sobre España. El espíritu social y religioso de aquella egregia nación, sensible al paso del ilustre huésped, fué allí como

un mensaje vivo dominicano en territorio español. No hubo quien no se sintiera acometido de entusiasmo. Por las tierras recorridas la mirada observadora del egregio visitante iba leyendo lo que sólo es traducible al espíritu en hora psicológica propicia. Al abuelo paterno de Trujillo, oriundo de Las Palmas, y a la esposa de este último, descendiente de madre española nacida en Chiclana de la Frontera, se les rindieron honores dando sus nombres a sendas calles de sus ciudades respectivas. Se honraba, en la presente descendencia, a la ascendencia ya dormida en el tiempo.

Después, reintegrado a la Patria, Trujillo dió los pasos requeridos para que el Gobierno dominicano concertara la venida al País de extensa inmigración española. Agricultores, ganaderos, industriales, profesionales en varias ramas de las ciencias, profesores, artistas y otros valores similares, han llegado unos y están llegando otros. Un trasatlántico dominicano, bautizado con el nombre "España", se ha destinado al transporte de inmigrantes. Importantes zonas orientales de labranza, con casas recién construídas y provistas de agua y luz eléctrica, han sido dispuestas para ellos. Otras zonas, vírgenes de cultivos, pasarán a poder de nuevos grupos de inmigrantes, todos en condi-

ciones de acogida privilegiada y de derecho a su reintegración a España cuando así lo quisieran y dentro del tiempo razonable señalado para el reclamo.

Esto es practicismo de convivencia, realidad de mutua ayuda prometedora de grandes beneficios recíprocos y de provechosa reciprocidad dominico-española.

Síntesis

El concepto de lo que debe ser la democracia para que ella pueda subsistir, y con ella los países que la han adoptado como bandera de principios y norma de vida, es punto resaltante de la política de Trujillo.

La tenaz y sistemática lucha que en el presente siglo se opera entre el Oriente Totalitario y el Occidente Democrático, ofrece determinado aspecto crítico para este último conglomerado de países y es la naturaleza misma de la ideología democrática, según la cual ante la hostilidad manifiesta que de modo peligroso para ella presentan determinadas doctrinas o tendencias opositoras, procede como si se desentendiese de su conocimiento al no preverse ni guardarse de las mismas, por ser contrario a sus principios que se coarten en lo más mínimo para no colidir con el precepto de la libre emisión del pensamiento.

De esa condición propia de la democracia aprovéchense los países de extrema izquierda interesados en socavar los cimientos de la estructura

moral de sus contrarios. El comunismo tiene por ese medio, como colaboradora indirecta muy eficaz, a la democracia, cuya misma escrupulosidad de no interferencia en el libre desenvolvimiento de todas las ideas, es camino llano y terso para la penetración de aquél en los países organizados democráticamente.

La primera inconsistencia de la forma pura de la libertad frente a los enemigos de ella es la falta de instinto de preservación, que supone la manera radical de concebirla y sustentarla. Y siendo la libertad, así entendida y observada, el alma de la democracia, la vida de ésta corre el riesgo de toda existencia sin medios defensivos propios.

Y lo que es peor aún: saben las naciones democráticas que las comunistas, totalitarias o como quiera llamárselas, pugnan por destruirlas. Saben que son ellas blanco de hostilidad que empieza por los maestros de la doctrina roja, continúa por los agitadores que vienen después de los maestros, y acaba por los soldados que siguen a los agitadores. Todo eso lo saben las naciones democráticas y siguen dejando hacer porque la libertad lo requiere a fuer de pura, y quebrantar la pureza doctrinal de ella equivale a negar la doctrina. Hay mucho de sentimental y quijotesco en una postura de tanto

miramiento cuyo celo refinado parece beneficiar más al bloque oriental de detrás de la Cortina de Hierro que al sin cortinaje de preservación fiado en su poderío bélico para casos de agresión.

Trujillo propugna una democracia pacífica pero no pasiva; previsoras más que prevenidas; democracia que no espere a que se produzca el duro golpe del agresor para devolverlo con mayor dureza quizás, ni que inicie ella tampoco la ofensiva, pero sí la que se adelante a impedir tal vez, con medidas de higiene política y social, un violento choque dentro de su mismo ámbito de vida. Este género de defensa con prudentes disposiciones semejantes a las del cordón sanitario empleado en evitar a los pueblos por vía profiláctica un azote epidémico, es el que Trujillo ha implantado en su medio. Dentro de ese concepto de defensa preventiva en favor de la libertad amenazada por países de doctrinas extremistas reconocidos como agresores, está la previsión constitucional dominicana, inspirada por él, de hacer más práctica, más real y más cónsona con la necesidad de prevenir —superior a la de remediar— el exceso de reacción en el remedio, que conspira también contra la vida misma descuidada y confiada en sus medios ulteriores de defensa, que son los únicos de que dispone la democracia.

Trujillo es la representación más radical del justo medio. En la presente hora del orbe, de pesimismo simulado más que de optimismo sincero, en que el equilibrio representado por la paz parece que se busca más en el medio común por el armamentismo nuclear recíproco que en un amor común representado por un sano deseo de condescender y convivir, Trujillo es, sin disputa, el que ha visto y enfocado mejor el problema crítico de la hora mundial. Lo ha enfocado en Cristo. Ha visto, sentido y puntualizado con verbo claro, sin retórica, la necesidad de que en las Naciones Unidas sean admitidas España e Italia, las dos fuentes históricas de donde le vinieron al mundo, en tiempo inolvidable, humanismo y humanitarismo preciosos con mucho de sal todavía contra lo que viene corrompiéndose.

Ha señalado Trujillo esa necesidad y otras tantas dentro de la mejor democracia posible, que no es la que existe con más pretensión de pureza que de pureza misma. Esas naciones no deben estar fuera de la Organización Internacional, a la que aportarían una contribución de conciencia y de experiencia muy apreciable en favor de la paz. Sus conceptos hacia una mejor unidad sobre principios de igualdad para los acuerdos de ese gran organismo, han colocado a Trujillo en plano opuesto a la

existencia del veto, que lesiona la igualdad y obstaculiza el equilibrio necesario de los Estados Miembros para toda acción en que haya de impartirse justicia.

En síntesis, Trujillo es pacifista consumado aunque haya tenido necesidad de armarse cuando en verdad su filosofía está más cerca del desarme, y él sería acaso el primero en acogerse a él si las condiciones existentes fueran otras y no las de amenaza constante en que se vive. Él comprende que la guerra es la demostración más evidente del distanciamiento a que se halla de Dios el mundo civilizado, porque sólo Dios es la paz.

Basta hacer un recuento de todas sus características individuales conforme al plan que me tracé en este estudio del hombre y de su vida, para comprender que el gran político y estadista biografiado responde, con eficacia de pensamiento y de acción, a esas naturales condiciones de su temperamento y de su carácter.

Su generosidad, que le ha llevado al perdón de sus probados enemigos políticos, demuestra que no actúa por cálculo o conveniencia personal cuando perdona; ni por determinado interés cuando dona tierra o capital propios para satisfacer necesidades extrañas; ni sólo por conveniencia recíproca

entre su patria y las patrias de donde proceden los que gracias a él han venido al País como inmigrantes, sino también por innato sentimiento de hospitalidad en una tierra tradicionalmente hospitalaria.

El poeta y el periodista que hay en él no son postizos sino auténticos y reales, porque la verdad y la belleza que con virtud de raudales extendidos para todos resaltan en cuanto ha hecho y sigue haciendo por su país dentro del patriotismo, y por América y el mundo dentro de su política internacional, muestran a las claras la sinceridad de ese doble amor suyo a la verdad y la belleza en función de apostolado.

No es pasión, ni nada que desdiga de la dignidad de la pluma ocupada en el trazo fiel de la humana figura que presenta sin mengua ni resta de su personalidad, lo ofrecido como estudio en esta pintura psicológica que yo hubiera querido hacer con mayor tiempo y reposo de los que he empleado en escribirla. Así habría utilizado mejor los elementos de juicio de que dispongo para dejar sentado, como cumple a la expresión realista de cualidades, hechos y circunstancias, que Trujillo es más que un patriota y un político noblemente inspirado y decidido a seguir luchando por la paz y el bienestar de su pueblo y de los otros pueblos del Conti-

nente americano, y en general de los demás pueblos de la tierra. Es una auténtica figura de apóstol a la que no han quitado ni un ápice de su estatura moral cuantas incomprensiones, injusticias y mendacidades se han enderezado contra él.

Lo que dijo de Ramón A. Marcelino, (Jimaquén) en el artículo que acerca de él publicó en 1913 en el Listín Diario, juzgándolo a través de sus luchas en la política del País, a las que fué con el mismo puro sentimiento con que abrazó de mozo la causa de la Restauración Nacional, muestran la calidad de hombre que había ya en el joven Trujillo, quien a la sazón frisaba en los veintidós años. A tan temprana edad pudo inspirarse en la integridad cívica de aquel compatriota suyo, y proferir, guiado por sus naturales inclinaciones, que “como político de principios y como amigo leal”, Jimaquén había dado siempre “altas notas de entereza colocándose por encima del nivel común de los mero-deadores palaciegos”, y que estaba seguro de que “no se moldeará jamás a servir otros intereses que no sean los sagrados intereses de la Patria”. Estos conceptos vertidos en la prensa a los veintidós años de edad, son los mismos que en punto a dignidad patriótica representan cuarenta y dos años más de constante evolución sobre los primeros en el pre-

sente año de 1955, demostración inequívoca de que la persistencia de tales ideas y sentimientos en la vida de Trujillo constituye sello característico de su psicología y del abrazamiento de la causa de paz y confraternidad internacionales en que viene sobresaliendo por efecto de su ideario y de su acción constante y generosa.

Su pasión al trabajo, y con ella a la economía, ponía en su voluntad el elemento indispensable y seguro de lograr la primera liberación que necesitaba su patria: la de la pobreza. La condición de país pobre, por lo poco desarrollado, del nuestro, lo hacía depender del capital extraño, al que se hallaba sometido por la cadena de una convención larga en eslabones de empréstitos y de obligaciones financieras. La deuda misma se había erigido en agente de cobro y de administración, como un grillete del acreedor a su deudor, y para restaurar ese aspecto de la libertad requeríase trabajo, política intensa de trabajo que fué haciendo riqueza y al mismo tiempo libertad. El sudor de millares de frentes inclinadas a tierra fué demostrando que la revolución contra la esclavitud económica y financiera tenía su campamento en el mismo suelo, y que a fuerza de voluntad elástica de resoluciones, de esfuerzos y de brazos aguerridos en este linaje

de batalla, las cadenas iban perdiendo en consistencia opresora, hasta que por fin advino el Tratado Trujillo-Hull, que anuló el grillete del control financiero y era ya media liberación; y años después, la desaparición total que devolvía al País la independencia plena. De ahí los lugares respectivos dados en este libro al trabajo y a la economía, que ocupan alta posición moral y social en la política liberadora y liberal de Trujillo.

Su amor a la riqueza no nace del anhelo de tenerla a su favor para gozarla mientras otros sufren su falta amargamente, sino del noble interés en su dilatación según queda apuntado en el capítulo correspondiente de esta obra, como foco cuyo destino está más en alumbrar que en alumbrarse.

Pero a esa primera liberación de la riqueza sumó Trujillo otra liberación: la consistente en redimir al pueblo dominicano de esa otra esclavitud mental y espiritual en que se hallaba sumido en su mayor parte por insuficiencia considerable de centros de enseñanza destinados unos a la alfabetización de las masas como primer elemento de iniciación en los estudios, y a una mejor orientación intelectual las instituciones de enseñanza con virtud de fuentes de capacitación de cultura para cumplir mejor los verdaderos fines de la vida.

Su robusta fe en sí mismo y la no menos robusta puesta en su pueblo, guían su privilegiada condición de mentor y conductor de voluntades colectivas en marcha, muchas de las cuales sacadas por él del anquilosamiento en que se veían.

De ese modo traza firmemente la estructura ética de la defensa dominicana y ofrece un alto ejemplo de la clase de lucha capaz de salvar al conglomerado de pueblos libres, en especial los de América, del peligro que los amenaza, y da a todos, en general, sincera muestra del esfuerzo necesario, en la presente hora crítica, para la consecución de un mundo nuevo, celoso de su conservación por vía de más amplio derecho a la vida y de mayor devoción a la Justicia.

El examen imparcial de su vida y de su obra frente a las realidades, y no de espaldas a ellas, dirán al lector nacional o extranjero que no lo haya conocido íntegramente, lo que él es, visto desde el ángulo en que deben ser mirados los grandes servidores de la Humanidad, de los cuales es acaso Trujillo el más discutido, y cuyos perfiles irán destacándose mejor en el tiempo como uno de los más grandes hombres de su tiempo.

I N D I C E

	Pág.
P r e f a c i o.....	11
Su grave enfermedad	13
Su autoeducación	15
Su niñez soñadora	18
La tierra como escuela suya	19
El medio físico y su adolescencia	20
Su primer destino público	23
Durante la Ocupación Militar Norteamericana	27
Trujillo desde ahí en adelante	39
La Común de Los Llanos	41
El caso de Cayo Báez	53
Un triunfo de Trujillo	61
Su elección para Presidente de la República	64
Discutido, obstaculizado, injuriado	66
Sus primeros éxitos	67
La dura prueba del Ciclón	72
En la casa	79
En el Palacio	88
En el Cuartel	89
En su Hacienda Fundación	90
En el recinto festivo	95
Su temperamento	99
Su parquedad oral	99
El poder de su atención	102
Trujillo y los problemas	104
Trujillo y la Economía	109
En la inauguración del Ateneo Dominicano el 23 de enero de 1932	111

R. EMILIO JIMÉNEZ

	Pág.
Su concepto del progreso físico como base de los demás aspectos del progreso	121
Reacio a ser entrevistado	127
El concepto de la amistad en relación con su política..	133
Trujillo y el trabajo	141
Trujillo y la riqueza	153
Trujillo y la dádiva	156
Trujillo y el perdón	159
Política de puertas abiertas y de tierra acogedora para los sin patrias y los acosados de las suyas	167
La viva fe en su pueblo y el símbolo de la Cruz	179
Trujillo y la Democracia	187
Trujillo y el poeta	193
Trujillo, periodista	199
Su dominicanismo	207
Política de acercamiento internacional	209
El restablecimiento del lazo roto entre el Hogar y la Escuela dominicanos	210
La personalidad política y civil de la mujer dominicana	221
La Academia creada por Trujillo con mira a la formación de un tipo de académico que levante más el prestigio de las academias	226
Su condición de Padre de la Patria Nueva y su decisión en honra de Francisco J. Peynado	231
Consecuencias trascendentales de esta determinación propia del carácter de Trujillo en relación con los conceptos de crítica infundada prevaleciente en el medio acerca de nuestros próceres	243
La anexión a España y la Política de Reparación histórica	249
La Frontera	271
La razón de haber hecho de la República Dominicana una pequeña potencia militar	283
El viaje a España	291
S í n t e s i s	299

OBRAS DEL AUTOR

Al Amor del Bohío (Folklore) Tomo I — 1926

Al Amor del Bohío (id) Tomo II — 1927

La Patria en la Canción (Canto Coral en 4 series, texto escolar oficial) — 1933.

Del Lenguaje Dominicano (Folklore) Publicación de la Academia Dominicana de la Lengua — 1935.

Espigas Sueltas (Páginas escogidas) — 1938.

Savia Dominicana — (s.a.)

Trujillo y la Paz — 1952.

Biografía de Trujillo — 1955.

**Este libro se terminó de imprimir
en la Editora del Caribe, C. por A.,
Cd. Trujillo, República Dominicana,
el día 10 de noviembre del 1955.
Año del Benefactor de la Patria.**

